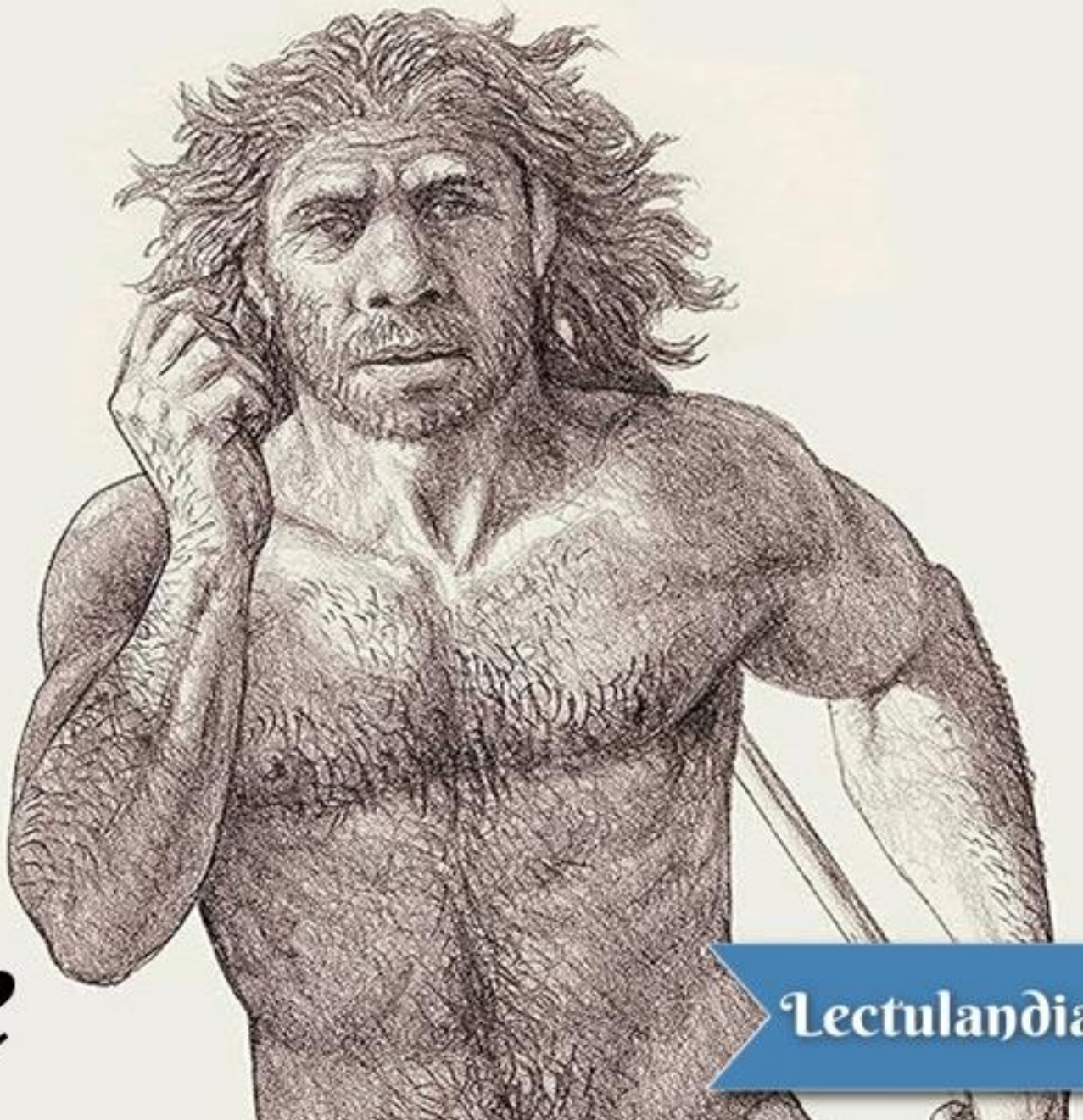
LUDOVIC SLIMAK

# EL NEANDERTAL DESNUDO

## Comprender a la criatura humana



Lectulandia

Durante más de un siglo consideramos a los neandertales inferiores a los *Homo sapiens*, y en los últimos tiempos pensamos que la diferencia estaba en sus lejanas tradiciones culturales. Pero ¿cuál es la verdad? Ludovic Slimak, uno de los mayores especialistas mundiales en el estudio de los neandertales, ha seguido incansablemente la pista de lo que él llama la *criatura*, como si se tratara de un ser misterioso que se atisba a lo lejos, en la bruma.

*El neandertal desnudo* es un riguroso libro de paleoantropología, pero, sobre todo, un cuaderno de viajes que nos sumerge en una apasionante expedición arqueológica desde las extensiones heladas del Círculo Polar Ártico hasta los profundos bosques mediterráneos. También es un fascinante relato de treinta años de investigaciones, búsquedas, excavaciones y trabajo de campo. Cada yacimiento encontrado tiene una historia que contar. Y al encontrarse cara a cara con el hombre neandertal, Slimak descubre a un ser sorprendente cuya verdadera naturaleza parece habérsenos escapado por completo. ¿Tan inconcebible nos resulta una inteligencia divergente de la nuestra?

Slimak vuelca en este libro sus asombrosos descubrimientos y una visión inquietante que cuestiona drásticamente nuestras creencias sobre los neandertales, la forma en que los concebimos y las razones de su asombrosa extinción. Por medio de una imagen renovada de la especie, nos muestra hasta qué punto nuestros prejuicios nos han impedido valorar sus logros, una ceguera que él relaciona convincentemente con las formas modernas de racismo. Nos revela sus descubrimientos con emoción, sentido del humor y gran pulso narrativo, y nos enfrenta de lleno a nuestras fantasías y proyecciones sobre esta humanidad extinguida. Su hallazgo es el neandertal. Pero de esta mirada cruzada a través de los milenios emerge también un inesperado retrato de nosotros mismos.

Ludovic Slimak

# El neandertal desnudo

## Comprender a la criatura humana

**ePub r1.0**
**Titivillus** 28.12.2024

Título original: *Néandertal nu. Comprendre la créature humaine*
Ludovic Slimak, 2022
Traducción: Robert Juan-Cantavella
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

# 1

# NEANDERTAL, EN NUESTRAS ALMAS Y CONCIENCIAS

## OTRA INTELIGENCIA

El 19 de octubre de 2017, el telescopio Pan-STARRS1 de Hawái detecta un objeto de varios cientos de metros en forma de galleta que se aleja a gran velocidad de nuestro sol. De inmediato, en todos los continentes se orientan telescopios hacia el bólido. Hay que darse prisa, el extraño objeto se aleja a más de ochenta y siete kilómetros por segundo. La asombrosa galleta no es nada menos que el primer objeto interestelar jamás observado en nuestro sistema solar. Sin demora, el objeto recibe el nombre de Oumuamua, literalmente «explorador que viene de la lejanía» en lengua hawaiana. Además de su forma asombrosa, el bólido revela una serie de anomalías nunca antes reconocidas en ese tipo de objetos, ya fueran meteoritos o asteroides: una alta reflectividad intermitente, una baja emisión térmica y una sorprendente aceleración después de pasar por las proximidades del Sol. Abraham Loeb —director del Institute for Theory and Computation de la prestigiosa Universidad de Harvard— propone entonces en el muy formal *Astrophysical Journal Letters* que «Oumuamua podría ser nada menos que un fragmento o una sonda plenamente operativa, enviada con toda intención hacia las inmediaciones de la Tierra por una civilización extraterrestre». Si bien es cierto que la hipótesis es ampliamente discutida, quienes la establecen son solventes científicos de una de las mayores instituciones del mundo, lo cual pone en guardia a los medios de comunicación de todos los continentes.

La sola hipótesis, la duda vertiginosa, interestelar, resulta fascinante de inmediato.

El motivo de tal fascinación es la posible existencia de una inteligencia exterior al ser humano. Una inteligencia total, en posesión de una plena consciencia tanto de sí misma como de la inmensa complejidad de nuestras realidades materiales. Pero una inteligencia que no nos pertenecería.

Esta perspectiva interestelar, este llamamiento de las inteligencias lejanas, nos recuerda que ahora mismo los humanos están solos, son huérfanos, representan la única consciencia viva capaz de analizar cada enigma del universo que nos rodea. Existen innumerables formas de inteligencia animal, pero ninguna consciencia con la que intercambiar, con la que compararse, con la que simplemente conversar…

Puede que en la inmensidad del universo —enigma supremo— existan otras inteligencias exteriores a nosotros, lejanas. Pero lo que está claro es que antes ya existieron, en un tiempo que nos parece lejano pero que en realidad está muy cerca.

Ahora bien, esas inteligencias se han ido extinguiendo progresivamente a lo largo de los milenios —un nuevo enigma—, y eso supone un punto de inflexión en la historia de la humanidad, pues marca el último instante en que una consciencia exterior al ser humano —tal como lo concebimos— ha existido, nos ha encontrado, nos ha rozado; una alteridad perdida que sigue rondando nuestras esperanzas y nuestro miedo a la inteligencia artificial, la cual supondría el renacimiento instrumentalizado de una consciencia que no nos pertenece.

En este crisol de nuestra fantasía se articulan las más conmovedoras de nuestras ilusiones y se esboza nuestra concepción de una humanidad ambigua, desaparecida. Sin embargo, hasta la fecha esta consciencia exterior a nosotros mismos, esta inteligencia ya apagada, solo ha sido definida desde la frágil base de la inteligencia humana, tal como nos es perceptible al instante.

El neandertal es una de esas inteligencias a lo lejos. Y de entre todas las inteligencias ya extintas, probablemente sea la más fascinante.

Esta lejana coexistencia de humanidades sincretiza la totalidad de nuestras construcciones intelectuales, desde la cultura pop hasta los diversos campos del pensamiento científico. Pero el neandertal es también el primero de los «últimos salvajes» que cada nueva generación vuelve a descubrir: desde Heródoto hasta Colón, desde Rousseau hasta Bougainville, desde Ishi[1] hasta los «gentle Tasaday», una tribu fantaseada, supuestamente de la «edad de la piedra tallada», que en 1971 ocupó en el imaginario occidental la codiciada posición de los últimos hombres de las cavernas. Generación tras generación, esos salvajes son siempre los últimos, y, por supuesto, todavía siguen ahí. De

vez en cuando reaparecen en los medios de comunicación, y en nuestras construcciones imaginarias representan una y otra vez el último aliento de aquella inmensa prehistoria. Una serie infinita de últimos salvajes que se suceden desde hace milenios para nutrir nuestro anhelo de mundos perdidos: desde el Yeti o el Barmanou hasta las misteriosas geografías de Jules Verne.

Los últimos neandertales nos proyectan hacia un universo desconocido donde cada páramo abandonado acaba siendo acechado por otras consciencias. A pesar de la colonización de cualquier parcela natural, a pesar de la conquista de cada centímetro de nuestro planeta, a pesar de todos nuestros esfuerzos por destruir los espacios naturales, esas inteligencias se niegan a desaparecer, no dejan de acechar a nuestras representaciones de lo real, en sus confines, en los límites del mundo —islotes, valles, continentes, espacios refugio, zonas de matorrales—, en territorios indefinidos, enraizados en una geografía incierta, tambaleándose entre el continente perdido de Mu y el universo intangible de *Las célticas* de Hugo Pratt.

Los lejanos restos de la humanidad neandertal sugieren que nunca fue un nosotros-mismos más. En cuanto a sus estructuras mentales, nunca fue un hermano ni un primo, sino una humanidad *otra*, plena y entera. Acercarse a esa humanidad conllevará ante todo un aprendizaje singular en la confrontación con una consciencia fundamentalmente divergente.

## ENFRENTAR A LA CRIATURA

Durante los últimos veintinueve años, me he pasado la mayor parte del tiempo escarbando sin descanso la tierra de las cuevas. No unas cuevas cualesquiera, no una tierra cualquiera, sino un suelo todavía habitado por la presencia del neandertal. Veintinueve años persiguiendo a la criatura, deslizándome en las estrechuras y las grietas donde vivió, comió, durmió y se cruzó con otros humanos: de los suyos pero también de los otros. Donde a veces murió. Y, sin embargo, después de pasarme veintinueve años con las manos metidas en esa tierra, en el barro de esas cuevas, sigo sin lograr discernir con claridad quién fue el neandertal. He extraído, analizado, tergiversado, creído entender muchas veces —sobre todo al principio—, hasta por fin darme cuenta de que aquello no encajaba. Y sí, así es, sobre todo al principio, porque cuando uno mira a la criatura desde lejos tiene esa engañosa sensación de evidencia, de que es fácil entenderla. El arqueólogo, como el antropólogo, debe esforzarse por ver *de cerca y de lejos*, tal como reza el título de Claude Lévi-Strauss.

Pero ¿es legítimo acercarse al neandertal como antropólogo? Por oposición a quienes niegan que los «salvajes» sean humanos —y eso que no son más que *Homo sapiens* de culturas diferentes—, Rousseau se interrogaba sobre la humanidad de los grandes simios. Las fronteras de la humanidad siempre han sido inciertas, borrosas, y muchas sociedades consideran que los animales estarían al mismo nivel que los humanos, desplazando de este modo el centro de gravedad y situando al hombre como una parte dentro de un todo más amplio. Un todo inmensamente más sutil que el que podríamos percibir armados solo con nuestras construcciones sociales, las cuales sustraen al ser humano de su medio y lo aíslan de forma artificial. En ese laberinto, ¿dónde se sitúa el neandertal? ¿Quién acabará abriéndose paso en nuestro inconsciente: el hombre o la criatura?

Cientos de manuales te informarán de los rasgos evidentes de esta humanidad extinta: carencia de barbilla, frente huidiza, torus supraorbitario sobrevolando sus ojos, capacidad cerebral superior a la nuestra. Pequeño, fornido, robusto, excelente artesano, hace más de cuatrocientos milenios compartió con nosotros un antepasado común. Esos mismos manuales te descubrirán su notable musculatura y la mecánica de sus dedos, que induce un agarre un tanto diferente del nuestro. Te hablarán del inmenso territorio en que se desarrolló, desde las orillas del océano Atlántico hasta las inmediaciones del Altai —las vastas montañas que separan el oeste de Mongolia de las extensiones siberianas—. Y luego aludirán a la extinción más bien repentina de esta humanidad, hace unos cuarenta mil años. En las últimas páginas de esos manuales, te enfrentarás a una serie de conclusiones que a menudo aluden a qué fue en realidad, pues resulta evidente que ni la forma de nuestro cráneo ni la curva de nuestro fémur ni la posición de nuestro pulgar han sido jamás los elementos que nos definen o no como seres humanos. Y cuando se aventuran más allá de la evidencia material de la morfología ósea, los últimos capítulos de los mejores manuales dudan, van a tientas, se enfrentan a la incertidumbre. En cuanto a las obras que se pretenden ajenas a la duda —alegando un conocimiento bien establecido de esa humanidad extinta—, quizá lo más prudente sea cerrarlas y reflexionar con calma.

En realidad, la naturaleza íntima de esa otra humanidad sigue estando por definir. La amplitud de esta duda nos sumerge en la indefinible naturaleza tanto del hombre como de las otras humanidades con las que, durante cierto tiempo, estuvimos compartiendo nuestro planeta.

Imagina que contemplas un vasto paisaje desde la cima de una montaña. De un solo vistazo, tienes la sensación de poder abarcar el territorio que se

extiende ante tus ojos hasta el infinito. Pero desde esa altura, el paisaje no es más que una extensión de relieves lejanos, sublimes o pintorescos, cierto, pero que no te dirán nada de las personas que ocupan esos valles, de las callejuelas de unos pueblos en los que no distingues más que una masa arquitectónica, del sabor del pan de aquella pequeña panadería. Desde lo alto, uno ve hasta muy lejos, pero no se cruza con nadie. ¿Cómo vamos a captar el aroma que desprende aquel restaurante o el grano de la piedra en la pared de aquella iglesia? A medida que nos acercamos, empezamos a distinguir los laberintos de esos pequeños pueblos, las callejuelas por las que cien generaciones arrastraron sus zapatos y sus esperanzas.

Pero el retrato sigue siendo demasiado impresionista, al punto que puede afirmarse que a ese inmenso puzle de trescientos mil años de humanidades le faltan demasiadas piezas como para no suplir con la imaginación todos los vacíos que deja la realidad. Porque las cuentas no salen. La criatura se nos escapa. Decididamente, el neandertal sigue siendo un enigma. Hoy en día hace falta haber metido muy poco las manos en aquellos barros, o haberlo hecho con un entusiasmo demasiado superficial, para estar convencido de lo contrario. Es divertido clasificar a los investigadores que hablan de la criatura en dos grandes categorías: los que están convencidos de saber quién fue, y los que la interrogan desde la duda. A juzgar por los titulares de las mayores publicaciones científicas, donde acaparan la mayor parte de la atención, la primera categoría parece bastante dominante. La segunda categoría es mucho más discreta, pues cuando alguien duda, suele permanecer largo tiempo apartado, en silencio. Por lo general, quienes llevan las uñas sucias de aquel barro son esos investigadores más reservados, pues no dejan de cavar y de interrogar los restos que la criatura dejó tras de sí. Pero ¿quién fue entonces ese tal neandertal?

¿Cómo hablar del neandertal sin haberse extraviado durante el tiempo suficiente en sus guaridas de piedra, sin haber descubierto miles de los objetos que fue abandonando y escondiendo en el filo de los acantilados? Hablar de la criatura sin haberse enfrentado a sus espacios de vida, sin haberla perseguido durante décadas como un cazador persigue a su presa, es hablarle al aire. La extracción directa y durante décadas de esos archivos de las cavernas es condición indispensable para decir algo mínimamente sensato sobre esa humanidad extinguida. Pretender hablar del asunto con cierta pertinencia sin haberse cruzado nunca con ella más que en las vitrinas de los museos, a mi juicio, es un sinsentido. Encerrados entre cuatro paredes blancas, ni sus sílex ni los vestigios óseos de sus presas, ni siquiera los pocos restos de sus

despojos corporales, tienen sentido. Quien pretenda atisbar su significado debe restregarse contra esa materia de las cavernas. Partir en su búsqueda por los mismos caminos invadidos de matorrales que fueron los suyos. Unos pocos meses de excavaciones arqueológicas diletantes posibilitan percibir el gusto, pero no el olor ni la percepción precisa que de ellas se esperaría.

En tierras neandertales no hay visitas diletantes. Lo neandertal no se vive a través de terceros. No es arqueólogo quien espera comprender esa humanidad abriendo los cajones de los museos, como no es etnólogo quien trata de comprender una sociedad mirando antiguos aderezos de plumas detrás de una vitrina de cristal o consultando viejos álbumes de fotos en blanco y negro.

Dicho esto, somos plenamente conscientes de que la criatura no se ajustará a nuestros anhelos y deseos. Es un humanoide tímido: la criatura más inasible con la que podemos enfrentarnos.

Criatura un poco como la de Frankenstein, quien, tratando de crear vida, creó a «la cosa», dotada de su propia consciencia y a la que ya no pudo controlar. Inasible porque acecha en las sombras de los muertos, sin pensamiento, sin palabras que le sean propias.

Cuarenta y dos milenios después de su desaparición del reino de los vivos, investigadores, estudiosos y aprendices de brujo intentan hacer hablar a los vestigios de esta humanidad, reducida al silencio de la extinción biológica. Intentan crear ese conjunto de cadáveres, esa criatura a la que tratan de devolver a la vida. Para algunos, esa investigación se ha convertido en una auténtica búsqueda, en el mismo sentido en que otros buscan el Grial. ¿Acaso podemos pretender que hable una forma de humanidad desaparecida, como si fuésemos espiritistas sin vaso ni alfabeto? Extraño juego macabro de ventriloquía.

Para hacer hablar a esa materia muerta, a esa cosa muda, hay que obligarse a meter las manos en el polvo cavernícola. Cavar la tierra, sacar millones de sílex, de huesos, de carbones. Pero esas pruebas de su existencia pasada no se dirigen a nosotros sino a través de una alquimia entre razón e imaginación, a través de los alambiques de nuestras concepciones y de nuestras representaciones, que son las auténticas probetas de nuestras teorías.

Así es como obtenemos a la criatura, pendiendo de un hilo como un péndulo que se balancea entre hechos y representaciones, entre proximidad y alteridad, entre lo mismo y lo otro: es nosotros, es otro, es nosotros, es otro…

Pobre criatura, títere desarticulado, prisionero de nuestros juegos de consciencia.

¿Quién fue entonces ese tal neandertal?

Para mí se ha convertido en algo así como un viejo compañero de viaje, uno de esos colegas con los que andas pero de los que en realidad no sabes gran cosa. Cuántas veces no he escuchado decir que no es más que nosotros-mismos. Nuestro querido y anciano primo, incluso un hermano, víctima de nuestra mirada un poco racista, un poco xenófoba. Víctima de su maldita cara de cavernícola.

Pero ¿fue realmente lo que nosotros somos? Buena pregunta.

Tengo la inquietante sensación de que, a lo largo de nuestro camino común, en vez de comprenderlo cada vez mejor, que es lo que cabría esperar, en realidad lo estamos moldeando poco a poco a nuestra imagen y semejanza. Es algo más fuerte que nosotros. La sola posibilidad de que una criatura consciente de sí misma haya podido ser esencialmente diferente de nosotros nos causa rechazo, nos repugna, nos subleva. Así que inventamos y reinventamos al neandertal. Y no es que vayamos concretando su imagen, es que lo disfrazamos. Lo disfrazamos de forma narcisista, cierto, pero a fin de cuentas como se viste a un espantapájaros. Su desaparición lo transformó —lo sigue transformando, entre nuestras manos—, en una muñeca, muerta. Victor Frankenstein no fue más que un pionero, un precursor. Como creadores macabros, con nuestras muñecas de los tiempos pasados, nosotros nos hemos convertido en auténticos maestros.

Cierto que resulta impresionante, que a veces, con todos los atavíos que le echamos encima, da miedo. También tú, si has estado un poco atento, debes de haberlo visto: mal vestido por nuestras fantasías, maquillado a la Picapiedra o con traje y corbata, arrastrando a su hembra por el pelo o picando su billete de metro. Mira que era guapo, mi legionario…

Volvamos con quienes «saben» quién era el neandertal. En el seno de la comunidad de los investigadores se libra una guerra larvada y también temible. Por un lado, quienes consideran que el neandertal no es otro que nosotros-mismos. Por el otro, quienes piensan que se trata de una humanidad arcaica con una capacidad intelectual inferior: un sub-hombre, un casi-hombre, o cualquier otro adverbio que podamos colocar antes o después de «hombre», y que en general, salvo en el universo Marvel, no dice gran cosa.

No se trata de una guerra de ideas, sino de una guerra ideológica en la que ninguno de los dos bandos avanza si no es hundiéndose aún más en el barro (no en el barro de las cuevas, por desgracia). Una guerra de trincheras donde los peludos[2] son reemplazados por el peludo: *Homo pilosus*.

Entonces, el neandertal ¿es un hombre entre la naturaleza y la cultura, o un *gentleman* de las cavernas?

## Explorar el alma del neandertal

Dividido a causa de perspectivas partidistas, el retrato que de él podemos hacer hoy en día es o bien demasiado claro, demasiado obvio, demasiado simplista, demasiado limpio para ser tomado en serio, o bien muy confuso. A fuerza de ensamblar las partes de diferentes cadáveres, la criatura se nos ha acabado escapando. No tanto como realidad histórica o científica, sino más bien como un egregor que posee su propia vida, que vaga por nuestras fantasías; la de cualquiera, pero también la de los investigadores, que no se quedan al margen. Y así, estos últimos años, al ritmo de los descubrimientos arqueológicos, se ha descrito al neandertal con adornos de conchas y garras de águila, ataviado con plumas de rapaces, tocando la flauta, pintando las paredes de las cuevas, inventando todas las grandes innovaciones propias del espíritu humano, como guerrero armado, como rey del norte que igualaría o incluso superaría a nuestros antepasados biológicos, aún confinados en los acogedores territorios asiáticos y africanos.

El neandertal artista se enfrenta decididamente a su egregor especular —igual de poderoso— de prehombre de los bosques, de trol de los viejos tiempos: hombre de piedras y musgos. Me vienen a la memoria dos anécdotas. En 2006, estando yo en un posgrado en la Universidad de Stanford, un reputado profesor de antropología nos dio un seminario sobre el neandertal. Su análisis vinculaba la capacidad cognitiva de los neandertales con los caracteres arcaicos de su anatomía. Al pasar una diapositiva que mostraba un cráneo neandertal, hizo este comentario: «No sé vosotros, pero yo, si me subo al avión y veo que el piloto tiene esta cabeza, me bajaría enseguida». Risas en la sala: había soltado el comentario jocoso en el momento adecuado para cautivar al público. Pero no hay nota humorística que no revele la estructura de un pensamiento, y ese no era un pensamiento de segundo grado. Concretemos un poco más. Unos años más tarde, en Rusia, conversando con una eminencia de la Academia de Ciencias que no dejaba de decirme «son diferentes», animé a mi interlocutor a que desarrollara en qué consistía esa diferencia. La discusión se prolongó hasta bien entrada la noche: «Ludovic, *they have no soul*» (‘no tienen alma’)…

Nunca le agradeceré bastante a aquel investigador que acabase diciendo esas palabras, pues iluminan con una luz diáfana cuanto se dice sin llegar a decirse: los presupuestos inconscientes que estructuran secciones completas de nuestra comprensión de esa humanidad.

Resulta instintivamente evidente que esas dos concepciones no son compatibles, que habrá que decidir cuál de los dos es una quimera: el neandertal artista pintor o el neandertal de los bosques. Entre estas miradas antagónicas no existe la menor posibilidad de confluencia.

Entonces, el neandertal ¿es una criatura de los bajos fondos o un genio de las profundidades?

La criatura acecha en nuestro subconsciente. Llegados a este punto, hay que decir que no es ni una cosa ni la otra. El neandertal no es ni un hermano ni un primo. Es un tema de estudio. De todos modos, en un universo donde la diferencia, la alteridad, la clasificación, se han convertido más que nunca en temas tabú, el neandertal no encaja con nada de lo que nos resulta familiar: la criatura no puede ser sino subversiva. Y esa subversión es un desafío a nuestra inteligencia. ¿De verdad estamos preparados para afrontar este asunto?

## EL LOBO ES UN LOBO PARA EL HOMBRE…

En Occidente, como en toda sociedad tradicional, quien rompe un tabú es violentamente rechazado, marginado de su grupo.

Aceptar que el neandertal es una humanidad diferente de la nuestra —humano sin ser humano— nos obligaría a transgredir los más profundos tabúes de nuestra sociedad. Así pues, ¿hay que medirse con los límites morales de nuestros valores, o acaso hay que mantener bajo control nuestros pensamientos y mantenernos limpios en relación con nuestros valores? ¿Hay que orientar nuestras miradas con docilidad en la dirección más provechosa socialmente?

La facilidad, un cierto cinismo, la mirada del grupo, todo nos incita a relativizar. Qué importa, a fin de cuentas, si la verdad no existe, si resulta que se construye. Construyamos, pues. ¿Por qué empeñarse en aventurarse en verdades laberínticas?

Esa verdad es la de la definición sutil de la inteligencia de una criatura humanoide que no radica en nosotros, ni siquiera en nuestros antepasados. Un ser humano que, quizá, ni siquiera esté sujeto a las estructuras mentales que

definen nuestra comprensión de lo que es el *ser humano*. Otra inteligencia, separada de nosotros por cientos de miles de años de evolución independiente. En este sentido, y hasta cierto punto, la criatura estaría tan lejos de nosotros como una entidad alienígena, pues aún hay que añadir su extinción y el tiempo que nos separa de ella, que lo borra casi todo.

En arqueología, como en etnografía, solo el testimonio de primera mano tiene un valor profundo. Si bien existen bibliotecas enteras dedicadas a este asunto, solo la confrontación directa con lo que queda de esas poblaciones entraña una cierta relevancia. ¿Se confundiría así el vestigio con su artífice, con su sujeto? Hasta cierto punto, es probable. Esa es también la razón por la que el sujeto tiene esa tendencia a escaparse sistemáticamente, a escurrírsenos entre los dedos sin dejarse atrapar. La criatura todavía no posee una forma racional tangible. Existen miles de escritos en los que se expone la historia de estas investigaciones, la historia de nuestras representaciones del neandertal, la estructura de sus huesos, la cartografía de sus yacimientos, sus tecnologías o su genética; inmensas compilaciones enciclopédicas. Pero su carácter sistemático no acierta a disimular la dificultad de extraer de ellas un pensamiento real, una filosofía, una concepción distanciada, o acaso cercana.

Si te interesan la forma de su pelvis o la geometría de los bloques de sílex que explotaba, los diccionarios antes mencionados te proporcionarán más material del que puedes procesar. Pero si intentas concebir, aunque solo sea superficialmente, cómo fue el mundo bajo la influencia de unas humanidades diferentes, esas obras no harán sino decepcionarte.

Así que este libro es otra cosa.

Hay que salir de las bibliotecas e ir sobre el terreno, perseguir a la criatura en sus más lejanos territorios y hasta sus guaridas rocosas, acercarse tanto como sea posible a pesar de su lejanía temporal, trasgredir —un poco— el tiempo, tratar de concebir cómo se extingue.

Y como el tema abordado se confunde con sus vestigios, a través de las líneas de este libro presento algunos momentos de mi trayectoria de investigador y rastreador del neandertal.

Hay que extraviarse en las inmediaciones de los Urales polares —donde me vi confrontado con las poblaciones árticas más antiguas—, en el valle del Ródano —al encuentro de extraños caníbales—, o en las laderas del Mont Ventoux, el gigante de Provenza —y descubrir allí a unos curiosos cazadores de ciervos, pero exclusivamente de ciervos macho y en la flor de la vida, hace cien mil años, en el inmenso bosque primario europeo, el de antes de la última glaciación—. Por el camino, interrogo su mirada y cuestiono la nuestra.

Intento concebir sus ritos de la vida y de la muerte. Exploro sus formas de estar en el mundo, que me remiten a nuestra propia humanidad y a la fragilidad de nuestras miradas. Lo concibo en una imagen original. Ni hombre ni mono, y en posesión de su propia forma de ser hombre sin ser nosotros… Esos viajes, esos pensamientos, esos descubrimientos, esas preguntas, esas vacilaciones de investigador son una invitación al viaje. Un viaje en cuerpo y alma, homérico, como lo es todo viaje verdadero. Un viaje a la lejanía, por supuesto —solo se viaja si es lejos—, pero un viaje sentado, o más bien de rodillas, por entre los recovecos de las rocas, por las orillas de los grandes ríos donde quedaron congeladas, fosilizadas después de miles de años unas escenas, unas acciones, miles de anécdotas que nos hablan de pueblos a lo lejos, tanto en el espacio como en el tiempo. De pueblos borrados de nuestro recuerdo irremediablemente amnésico. De pueblos para siempre extintos.

## Extinción

Porque hubo una extinción. Un punto final.

Súbito, inesperado. Que se yergue ante nosotros como un enigma sin pistas, como un enigma vertiginoso. Porque entonces ¿también las humanidades se extinguen sin previo aviso?

La desaparición de toda una humanidad, tan cercana a nosotros en el tiempo, debería apelar a cada uno de nosotros, en cada momento. Porque una humanidad ¿de verdad puede extinguirse?

De las preguntas que aborda este libro, esta es la más sencilla, así que respondo en estas primeras páginas. Una humanidad no solo puede extinguirse, sino que su extinción es un hecho comprobado, de forma clara y definitiva. Cierto que los genetistas han demostrado que, en el genoma de las poblaciones que hoy ocupan los territorios ancestrales del neandertal, aún subsisten rastros neandertales. Pero estos mismos estudios también han demostrado que el neandertal no se *ahogó* genéticamente en nosotros, y que los escasos genes que caracterizan sus interacciones con nuestros antepasados no pueden tomarse por indicadores de una forma de persistencia de esta población. Esas huellas genéticas son la marca de unos encuentros distantes entre poblaciones biológicamente alejadas, y que, con toda probabilidad, solo fueron en parte interfecundas. Sobre la base de esas huellas genéticas y de forma tácita algunos discursos relativizan la extinción del neandertal. Así

pues, la extinción habría sido una especie de *dilución*. Este discurso no solo es científicamente erróneo, sino también fundamentalmente engañoso.

Imaginemos por un momento que todas las especies de lobos de la tierra se extinguen de forma abrupta. Adiós, *Canis lupus*. Ahora proyectemos en el lobo la teoría de la dilución genética del neandertal en nuestra humanidad. El resultado de semejante alquimia sulfurosa sería afirmar que en realidad los lobos no se han extinguido, ya que en el genoma de los *Canis lupus familiaris* siguen siendo discernibles partes enteras de sus genes…

Si bien es cierto que el lobo tuvo más suerte que el neandertal —no se ha extinguido—, no lo es menos que, en caso de haberlo hecho, el caniche que sobreviviera a su extinción no podría reivindicar la herencia de su primo.

Para el neandertal, el caniche somos nosotros…

No me refiero a que nosotros seamos la versión domesticada y melindrosa de la fiera original, sino que, de igual manera que el lobo no sobrevive en el caniche, tampoco el neandertal sobrevive en nosotros. Esa humanidad está extinta, totalmente extinta. Ese linaje humano ya no existe, y su genio —al que vamos a interrogar juntos— se extinguió irremediablemente con él.

Cabría preguntarse si esa tendencia a atenuar la mayor extinción de humanidad —asimilándola a una dilución genética que nunca tuvo lugar— no huele un poquito a revisionismo. ¿O no se trata aquí de dejar de lado la curiosa coincidencia entre el momento de la expansión de *Homo sapiens* en Eurasia y el de la mayor extinción de humanidad jamás registrada?

En efecto, es fácil absolver a nuestros antepasados —colonizadores de Europa— de la extinción neandertal, puesto que la relación que puede existir entre un acontecimiento y el otro no es fácilmente apreciable, a menos que se admita que ambos tienen lugar al mismo tiempo. Pero en el caso de periodos tan lejanos, el tiempo se expresa en mil años más o menos. Esos mil o dos mil años de incertidumbre derivan de la imprecisión estadística de las dataciones con carbono-14. Y ten en cuenta que, asumiendo tales márgenes de precisión, tú anoche cenaste con Carlomagno a tu izquierda y César a tu derecha… Buen provecho…

Los datos arqueológicos que documentan ese momento con suficiente precisión son muy difusos, y los métodos de datación demasiado imprecisos para establecer un vínculo entre la colonización de Europa y la extinción de sus poblaciones aborígenes neandertales. Pero si el neandertal y su extinción te interesa aunque solo sea de lejos, tal vez en los medios de comunicación de masas habrás visto un flujo constante y creciente de informaciones y teorías nuevas y deslumbrantes sobre los procesos que lo condujeron a la extinción.

Ante semejante marea de información, probablemente habrás imaginado que la cuestión neandertal se basa hoy en día en una poderosa dinámica de investigaciones arqueológicas sobre el terreno, que estarían renovando nuestro conocimiento de un modo fundamental y a un ritmo frenético. Pero más vale ir olvidándose de semejante sueño sobre grandiosos programas científicos internacionales que interroguen a gran escala los archivos de las cuevas para resolver el enigma. Nada de eso.

En Francia —país todavía considerado como *la* gran nación de la investigación internacional en prehistoria—, no ha habido ninguna operación arqueológica que revele nuevos cuerpos neandertales por lo menos desde principios de los años ochenta. Lo mismo que casi ninguna nueva secuencia arqueológica completa —con sílex, huesos y restos humanos— ha venido a renovar con precisión nuestro conocimiento sobre los últimos milenios de estas poblaciones.

Por una parte, con el impulso de los análisis biomoleculares, nuestras herramientas han evolucionado notablemente. Por otra, desde hace más de cuarenta años, ni la investigación programada ni la arqueología preventiva han permitido renovar las bases fundamentales de nuestra documentación científica. La extinción neandertal es un simple hecho, la constatación de la desaparición de una humanidad y de sus modos de vida ancestrales, así como su súbito reemplazo por la nueva era del Paleolítico reciente, que llega a Europa de la mano de las poderosas oleadas de poblaciones sapiens.

## Las artes construyen puentes a través de las edades

Hay que comprender bien lo que representa la emergencia de esta nueva era, que como un viento frío viene anunciada hace más de cuarenta mil años por la muerte silenciosa del neandertal. El Paleolítico reciente —la era de las cuevas ornamentadas y las estatuillas de marfil— ¿te parece lejano como un sueño confuso de piedras entrechocadas y gruñidos? Pues te equivocas. Te equivocas de un modo total y absoluto. La era del primer *Homo sapiens* en Europa es nuestra era. Ese hombre no es ni más ni menos que nosotros, totalmente nosotros. Abarca sin diferencias fundamentales todas las sociedades humanas que conocemos desde el advenimiento de su reinado en Europa. En estos antepasados, y a partir del cuadragésimo milenio, todo nos resulta familiar: su vasta arquitectura doméstica —auténticas ciudades

nómadas de Europa Central construidas en los esqueletos de mamuts—, su artesanía y las líneas elegantes, estilizadas, de sus estatuillas de marfil pulido. Los símbolos pintados en las paredes de sus santuarios subterráneos hace 34.000 años no tienen nada que envidiar a las grandes obras maestras del Renacimiento o de sus amigos del impresionismo, Degas, Monet, Renoir y todos los demás.

En el arte paleolítico se declinan todas nuestras sociedades. Ese arte mantiene con nosotros un poderoso vínculo orgánico y continuo que trasciende el tiempo a través de decenas de milenios, como si esas capas temporales no existieran, como si el tiempo no fuera más que una anécdota sin incidencia real. Desde los primeros grafismos de nuestros antepasados sapiens de hace cuarenta mil años hasta nuestros grafitis en subterráneos de hormigón, apenas hemos añadido unos pocos detalles. Así lo han sentido y así lo han expresado todos los artistas desde el siglo XIX hasta nuestros días: los verdaderos artistas, los transgresores, desde Gauguin hasta Picasso. Por medio de su percepción artística hipersensible, pusieron en palabras, en formas y en colores, como una cruda evidencia, la conmoción incluso física que sintieron.

Con toda franqueza, hay que reconocer que nada sabemos de lo que podrían haber sido las artes neandertales. En cambio, el arte sapiens sí que lo conocemos, es Uno.

De la cueva de Lascaux hasta el *Guernica* no hay más que un paso. Un paso, sí, pero un paso de caminante diletante, ni siquiera un peldaño, ni siquiera un avance. Los cubistas, los fauvistas y los impresionistas no han hecho más que redescubrir unas evidencias que ya fueron expresadas decenas de milenios antes que ellos. Todos quedaron asombrados al descubrir que, a lo largo del mundo y del tiempo, el arte sapiens es un arte total, homogéneo. En 1955, André Derain, en sus cartas a Vlaminck, el otro gran fauvista, escribe: «Estoy un poco conmovido por mis visitas a Londres y al Museo Nacional, así como al Museo Negro. Es extraordinario, una locura de expresión».

También Picasso, al salir de Altamira, la madre de todas las cuevas ornamentadas, la soberbia cueva española, exclamó asombrado, o tal vez satisfecho: «¡Lo inventaron todo!».

¿Por qué misteriosa razón pueden las artes desafiar el tiempo, comunicarse entre sí con tanta facilidad a través de miles de años, y tender puentes a través de las edades con absoluta libertad y en plena posesión de sí mismas desde su origen? ¿Decenas de miles de años resumidos sin

explicación en una sola sensibilidad, en una sola mirada, en un solo rasgo sensible del alma?

Ese vínculo común, donde ningún punto temporal ejerce una influencia decisiva, engloba radicalmente el primer arte sapiens: desde la prehistoria hasta los artes nativos. Los sapiens son uno. Solo el velo de nuestra educación nos impide el acceso a las claves del universal humano, el de *Homo sapiens*, las claves garabateadas de las primeras paredes pintadas en nuestro universo, ya del todo antropomorfizado, absolutamente artificial. Todas las claves de comprensión de todas las sociedades desde el amanecer del sapiens están ahí, a nuestro alrededor, ante nuestros ojos cegados por un exceso de evidencias. Derain se acerca a la única conclusión verdadera que quizá podría sacarse: «Habría que mantenerse eternamente joven, seguir siendo eternamente niño: así podríamos hacer cosas bonitas toda la vida. De lo contrario, cuando nos civilizamos, nos convertimos en una máquina que se adapta a la perfección a la vida, ¡y ahí termina todo!…».

## ADIÓS, MI MEDIA NARANJA, YO TE AMABA…

Esas mismas evidencias que condicionan nuestra mirada a pesar del paso del tiempo, también nos permiten pensar que el neandertal podría no ser el *hombre* que imaginábamos.

En el caso del neandertal, mi viejo amigo íntimo, nada de grandes frescos rupestres interpelándonos a través del tiempo, nada de excéntricos adornos tallados en marfil o en cuernos de ciervo, nada de estatuillas animales o humanas pulidas en piedras de colores. Hermosas herramientas de piedra, eso sí, hermosa artesanía producida en ocasiones con sublime maestría. Pero ¿qué sociedad humana puede resumirse en sus cuchillos, sus herramientas y sus armas?

Ninguna, ¿verdad?

¿Acaso has oído hablar del arte neandertal de las cavernas? ¿De armoniosas flautas labradas en huesos por la criatura? ¿De hermosas pulseritas hechas con garras de águila o conchas perforadas? ¿De pomposos peinados con plumas de rapaces, casi a la moda azteca o lakota?

Si te pica la curiosidad, no esperes más y salta ahora mismo al capítulo sobre arte neandertal, pero prepárate para abandonar tus ideas preconcebidas, pues si bien es cierto que la criatura es capaz de una notable sensibilidad, esta no queda jamás reducida a la nuestra. En las páginas que siguen asistiremos a

la sutileza de esas exóticas sensibilidades, que hoy en día siguen completamente por explorar.

Es probable que el neandertal no sea otro nosotros-mismos. Tal como acabo de exponer, las evidencias sensibles, propias de todos los hombres desde que el hombre es hombre, no parecen concernir a nuestra criatura. No solo es diferente, sino que está extinguida. Y no se extinguió en nosotros, diluida en nuestros genes como se deshace un azucarillo en agua caliente. Sus genes en nosotros son tan escasos y están distribuidos de modo tan desigual en el seno de las poblaciones humanas, que hoy en día puede afirmarse que la clave de esa extinción de humanidad no reside en una improbable historia de amor caníbal en la que el hombre que desaparece se convertiría en la matriz de la nueva humanidad. Extraña quimera, esa teoría, que haría de algunos de nosotros los herederos de una humanidad desaparecida. En realidad, los cruces, las hibridaciones entre diferentes especies son absolutamente banales en el reino de los vivos. Todas las especies de félidos, cánidos, úrsidos o suidos han sido a menudo interfecundados. Estamos rodeados de tigrones, ligres, jabalíes de hierro o cerdos de la Edad del Hierro sin que tales quimeras biológicas arrojen la menor luz sobre el destino de los leones, los tigres, los cerdos o los jabalíes.

Qué idea tan rara —qué paradoja—, asociar una extinción de humanidad con una bonita historia de amor: un amor total, absoluto, antropófago, en el que uno se disuelve en el otro. Hay que admitir que la historia es preciosa, que suena la mar de bien. Nada de extinción de humanidad, más bien un amor por fusión: 1 + 1 = 1. Adiós, mi media naranja, yo te amaba…

Y pensar que nosotros —pobres investigadores, pobres arqueólogos— no sabemos siquiera si esas dos humanidades, la viva y la muerta, llegaron jamás a cruzarse en los inmensos territorios europeos de los aborígenes neandertales, precisamente el lugar de su extinción… Volvemos a sentarnos a la mesa, en aquella asombrosa cena con César, o con Carlomagno, vete tú a saber…

En todo el continente europeo no existe hoy en día casi ningún yacimiento arqueológico en que nuestro cómputo temporal sea lo suficientemente preciso como para establecer con certeza el encuentro entre estas dos humanidades. La víctima ha sido identificada, pero ni tenemos su cuerpo ni conocemos la identidad del asesino; ni siquiera sabemos si la víctima llegó a cruzarse alguna vez con su presunto asesino.

Llegados a este punto, señoras y señores del jurado, abajo el telón, el caso está visto para sentencia: liberen al acusado. Y por norma general, los

especialistas se apresuran a liberar al acusado. Algunos llegan incluso a considerar que nuestros antepasados sapiens se implantaron en unos territorios totalmente abandonados, vírgenes de toda presencia humana desde hacía siglos, o acaso milenios… Imposible determinar si hubo un crimen, o un genocidio, puesto que arqueológicamente resultaría invisible. El crimen perfecto. Cierto que existe un móvil evidente: la indiscutible colonización. Pero ¿dónde está el arma del crimen? Ni siquiera se han encontrado los cuerpos de las víctimas. Y la coartada es invencible: en ninguno de los territorios europeos puede demostrarse con precisión que existió un encuentro físico entre estas dos humanidades.

No nos equivoquemos, esta triple tapadera no es más que humo, y no nos informa tanto sobre la realidad de los hechos como sobre la pésima calidad de los registros arqueológicos de que disponemos sobre toda una serie de acontecimientos que tuvieron lugar hace más de cuarenta y dos milenios.

En tal caso, y a pesar de todo, ¿podría ser que la colonización del continente europeo por parte de *Homo sapiens* incluyera tanto el móvil como los procesos de esa extinción de humanidad?

Y es que los datos con los que contamos no deben servirnos de excusa para eludir la cuestión. En realidad, parece ser que si miramos muy de cerca y con los métodos más recientes, los datos arqueológicos, genéticos e incluso cronológicos nos proporcionan las herramientas necesarias para demostrar que ese encuentro sí que tuvo lugar. Una investigación en estos términos podría incluso llegar a desvelar las relaciones concretas que algunos de esos grupos humanos lograron establecer. Por lo tanto, podemos formular el móvil de forma racional, y la coartada se desmorona…

Falta saber qué sucedió realmente. Y para acercarse a la realidad tanto como sea posible, hay que basarse en los datos arqueológicos más concretos y precisos, y llevar a cabo una investigación a largo plazo y muy definida en los yacimientos arqueológicos escogidos. A fin de no proyectar una mirada sesgada, también es necesario dar un paso atrás con respecto a nuestras propias construcciones intelectuales y nuestros esquemas espontáneos, así como a lo que se dice del neandertal en los medios autorizados.

Para llegar al neandertal desnudo —tal como es en sí mismo—, hay que despojarlo sin vergüenza de los oropeles con que no hemos dejado de engalanarlo.

Hay que regresar a las fuentes. Para empezar, hay que analizar la estructura de las sociedades neandertales, su artesanía, sus elecciones, su forma de estar en el mundo, para volver así a situarlas en las únicas

estructuras lógicas que surgen directamente de los hechos arqueológicos. Incluso si volvemos a encarrilar el tren, comprobaremos que el peso de las dudas, de los interrogantes, de las incertidumbres es ya tan imponente que tenemos la frustrante sensación de que la criatura se resiste al análisis, a una categorización demasiado simple.

¿Conocemos, por ejemplo, todos los entornos que lograron colonizar estas poblaciones?

Al adentrarse en los márgenes del mundo, en sus confines polares, uno se da cuenta de que responder a tan sencilla pregunta ya representa un desafío extraordinario.

# 2

# UNA ODISEA BOREAL

# DE LOS PUEBLOS DEL MAMUT A LOS PUEBLOS DE LA BALLENA

## ¿UN MUNDO DE HIELO?

Las presentaciones están hechas.

Ahora ya sabes que nadie debería hablar del neandertal sin haberse codeado muy de cerca con él allí donde vivió, en las inmensidades salvajes y en los filos de los acantilados donde quedaron fosilizados los sutiles vestigios de su materialidad, y, sobre todo, no en las gavetas de un museo. Sin embargo, una de las primeras historias que deseo evocar contigo y que me conecta a esas sociedades extintas empieza precisamente ahí, en una gaveta. Una gaveta del Instituto de la Sección de los Urales de la Academia de Ciencias de Rusia, en la ciudad boreal de Syktyvkar, en la República de Komi, una pequeña república polar en el noreste de Europa. La totalidad de los yacimientos arqueológicos que nos informaban sobre los primeros asentamientos en zonas polares están situados en los inmensos territorios de Rusia. Así que ahí es donde daremos inicio a nuestra investigación sobre el neandertal…, directamente en el círculo polar ártico europeo. Qué idea tan extraña.

Y sin embargo, para los espacios continentales europeos, las condiciones climáticas polares son las que mejor caracterizan el tipo de entornos en los que se desarrollaron las sociedades neandertales. Hay que remontarse más allá de cien mil años para que los archivos climáticos registren condiciones templadas mucho más favorables, así como unos climas mundiales templados

que, durante unos diez mil años, fueron incluso mucho más cálidos que las temperaturas terrestres actuales. Antes de los hielos y las enormes estepas herbáceas, hace unos cien mil años, la Eurasia templada acogió un inmenso bosque primario sin límites reales: extensiones infinitas donde jamás se taló un solo árbol… Unas inmensidades que superan nuestra imaginación. En los siguientes capítulos, para entrar en calor, nos fijaremos en esos pueblos del bosque, en esos neandertales de los bosques que la investigación científica apenas comienza a discernir realmente.

De momento, Eurasia está conformada por extensiones de hielo. Durante decenas de miles de años, y hasta su extinción, el neandertal será una criatura polar. Pero hay polar y polar…, y en los espacios boreales rusos las investigaciones arqueológicas permiten demostrar que, mientras el planeta estaba sumergido en pleno periodo glaciar, alguna que otra sociedad del Paleolítico colonizó los territorios árticos.

En esta fase climática, las temperaturas terrestres globales se desploman. Durante decenas de miles de años, las tres hermanas escandinavas —Noruega, Suecia y Finlandia— están completamente congeladas, cubiertas por poderosas *indlandsis*. En los periodos más fríos, el frente de esos inmensos glaciares crece hasta cubrir la mayor parte de Gran Bretaña e Irlanda. Solo el extremo sur de las Islas Británicas queda libre de la influencia del hielo. En tanto que inmensas cantidades de agua han sido absorbidas por la formación de esas superficies glaciares, el nivel de los océanos es mucho más bajo. La Mancha no es un estrecho marítimo sino un amplio valle, donde el río Mancha gana el Atlántico mucho más al oeste, entre la actual Bretaña y Cornualles…

No cabe descartar que las poblaciones del Paleolítico llegasen a aventurarse por las vastas extensiones heladas del norte de Europa, pero hoy en día no queda de ello el menor indicio arqueológico. Sorprendentemente, un poco más al este y hasta más allá del círculo polar —en la actual República de Komi—, los espacios polares nunca llegaron a congelarse. Sin embargo, durante un tiempo, el inmenso río Pechora —que desemboca al norte en el océano Glacial Ártico— se verá bloqueado por masas glaciares y creará un gigantesco lago. Pero esas masas glaciares no podrán resistir la presión colosal de semejante cantidad de agua, de modo que acabarán por ceder, liberando definitivamente esos territorios polares, que en consecuencia nunca llegarán a congelarse, lo mismo que las extensiones boreales siberianas. ¿Cómo explicar que, durante la última era glacial, en estos espacios hipercontinentales que hoy en día se encuentran entre las regiones polares

más frías del hemisferio norte, no llegara a desarrollarse ninguna *indlandsis*? Parece ser que la respuesta a esta paradoja es bastante simple. Los poderosos glaciares que cubren Europa —desde Irlanda hasta Finlandia— crean una auténtica barrera natural que separa los territorios polares continentales del océano Atlántico. Las precipitaciones, que proceden esencialmente del Atlántico, son así recogidas por esas formidables extensiones congeladas, y nunca llegan a cruzar esa enorme barrera de hielo.

Así pues, el clima polar del gran norte euroasiático es muy frío pero también muy seco, y se encuentra a salvo de las garras glaciares. Además de que sus tierras están despejadas, en los momentos más favorables presentan un biotopo extraordinario, especialmente propicio para la vida. En las extensiones polares y siberianas, los rebaños de proboscidios se desarrollarán en gran número, creando ese entorno tan singular que hoy llamamos estepas de mamuts.

## VIVIR EN EL FRÍO, VIVIR DEL FRÍO

Una de las enseñanzas inuit puede resumirse de la siguiente forma: para el hombre, el frío nunca es un problema. El único factor capaz de limitar la expansión humana es el acceso a las proteínas, que son los recursos alimentarios básicos. Por otra parte, cuando el frío es seco, nuestro cuerpo está en disposición de aguantarlo mejor. Y en esos espacios polares eurasiáticos de la última era glacial, el frío es seco, quizá incluso árido. En nuestros días, en términos de sensación, hace más frío en febrero en San Petersburgo (–16 °C) que en las tierras continentales de Siberia (–30 °C). En el transcurso de mis investigaciones en la zona polar, experimenté la reacción de mi propio metabolismo cuando, a lo largo de varias semanas, me estuve enfrentando de forma diaria a temperaturas de –25 °C. Pasados unos días, tal vez menos de diez, descubrí que mi cuerpo ya no acusaba el frío y que podía pasarme un día entero caminando por la taiga sin sufrir realmente la experiencia del frío. Mi metabolismo se había atemperado con rapidez hasta adaptarse en unos pocos días, al punto que aquellas temperaturas me parecían normales, incluso agradables. Más sorprendente todavía fue cuando tomé parte en diversas misiones entre el Sahel, el desierto de Gobi o el Cuerno de África, por lo común con temperaturas tórridas. Mi metabolismo funciona de tal modo que, incluso en condiciones de temperaturas bastante extremas, mi cuerpo no suda, o suda muy poco. Y fíjate que, en pleno mes de febrero, en

las zonas polares europeas, después de un día de marcha por la nieve, cuando volvía a mi apartamento —climatizado entre 18 y 20 °C—, entonces sí, me ponía a sudar: ¡me sudaba hasta la punta de los dedos! Mi metabolismo se había acostumbrado a los –25 °C, una temperatura que no me molestaba en absoluto, y la atmósfera familiar templada se convirtió para mí en algo sofocante. Sorprendente constatación en cuanto a la capacidad de adaptación de nuestro cuerpo. Una constatación que tiene importantes implicaciones en lo tocante a nuestra percepción de la propagación humana hacia zonas boreales. Así, no es extraño leer, incluso en la pluma de grandes investigadores, que la colonización de latitudes medias de Eurasia por parte de poblaciones procedentes de las zonas africanas revela en sí misma una serie de capacidades de adaptación: por una parte tecnológica, pues requiere del desarrollo técnico de formas de protección contra el frío, y por otra parte social, pues requiere del desarrollo de unas sólida redes de apoyo mutuo. Por lo tanto, gracias a sus avances tecnológicos y a la organización singular de sus sociedades, nuestros antepasados habrían logrado conquistar los entornos geográficos y los climas más rigurosos del planeta. Estas teorías suponen conceder un lugar central a las capacidades inventivas y a las estrategias humanas, dejando de lado un metabolismo más específicamente adaptado a las regiones tropicales. Tal vez se trate de una idea preconcebida que no tiene en cuenta las asombrosas propiedades biológicas del metabolismo humano. Es probable que tales concepciones del mundo sean erróneas y que no nos enseñen nada sobre nuestra realidad biológica, como tampoco sobre la organización concreta de esas lejanas sociedades del Paleolítico. Por más científicas que resulten en sus métodos, bien podría ser que esas percepciones, que esas miradas fueran prisioneras de una concepción del mundo y del hombre que no se correspondería con las lejanas sociedades de la prehistoria, sino que en realidad estarían hablando de nosotros, los occidentales de hoy en día, y de nuestra propia incapacidad para proyectarnos en una realidad que nos resulta absolutamente ajena. Sobre esta misma base, a principios de la década de 2000 surgieron diferentes teorías sobre la extinción de las poblaciones neandertales. Tras constatar la ausencia de yacimientos neandertales más allá del paralelo 55 norte, algunos investigadores lanzaron una hipótesis según la cual esas poblaciones, limitadas por su tecnología o por su incapacidad para construir redes de ayuda mutua que permitieran hacer frente a las dificultades medioambientales más extremas, no habrían sabido adaptarse a las altas latitudes europeas. Las poblaciones neandertales solo habrían sido capaces de colonizar las latitudes medias y, en los últimos miles

de años de su existencia, no habrían sabido afrontar los cambios climáticos que afectaron a sus biotopos. La extinción neandertal sería pues el resultado de un simple cambio climático y de su incapacidad de adaptación a unos nuevos biotopos. Las diferentes hipótesis sobre la extinción neandertal se basan sistemáticamente en la conjunción de diferentes factores, ya que ninguno de ellos, por sí solo, parece poder explicar la desaparición de una población humana. Y las hipótesis en torno a esta misteriosa extinción se basan sistemáticamente en la conjunción de factores medioambientales o ecológicos. No tienen en cuenta sino de un modo muy secundario la impresionante expansión de *Homo sapiens* a lo largo y ancho del espacio eurasiático. Tanto si las tomamos una por una, como si las consideramos en su conjunto, estas propuestas parecen sumamente frágiles. ¿Quién puede de verdad creer que el neandertal se evaporó como la nieve ante el sol? Los datos sobre la colonización de latitudes muy altas vuelven a poner en duda las teorías climáticas, así como la cuestión de los límites adaptativos de esas poblaciones humanas. Ante los cambios climáticos, el metabolismo humano no reacciona en absoluto como el de las plantas. Ante una experiencia, el cuerpo humano se muestra extraordinariamente adaptable, ubicuo, capaz de afrontar con bastante facilidad la amplia gama de entornos planetarios. La cuestión de cómo las poblaciones humanas arcaicas se enfrentan a los entornos polares no solo compromete nuestra imagen de las humanidades extintas, sino también nuestra concepción de nuestra propia humanidad y de su capacidad adaptativa. Esa es la enseñanza de Wim Hof, «Iceman», el «hombre de hielo», como lo han llamado los anglosajones… En el invierno de 2007, Wim Hof realizó una media maratón —veintiún kilómetros— en el círculo polar, descalzo y en pantalones cortos. Unos meses más tarde, atacó la ascensión del Everest por su vertiente tibetana sin equipamiento específico para protegerse del frío. Desde entonces, Wim Hof se ha convertido en todo un tema de estudio para los investigadores que trabajan en la comprensión del metabolismo humano. Una de las enseñanzas de Wim Hof, que no es un superhéroe sino un hombre de carne y hueso, es que el cuerpo humano se adapta al frío bastante bien, y que quizá las propiedades de nuestro metabolismo no vienen determinadas por nuestros orígenes biológicos, que son, como es sabido, africanos y tropicales. Una vez más, nos vemos probablemente atrapados en proyecciones, fantasías y miedos que resultan naturales, cierto, pero que soportan la experimentación con dificultad.

No hay duda de que las sociedades del Paleolítico no han necesitado ningún tipo especial de capacidad tecnológica o social para enfrentarse al

conjunto de los biotopos del planeta. Es probable que el cuerpo haga, por sí solo, una gran parte del trabajo…

## VIVIR EN EL FRÍO, VIVIR DEL FRÍO

A la hora de abordar la organización y la estructura de esas lejanas sociedades del Paleolítico, las zonas polares representan una valiosa clave. En 2006, decidí partir a Siberia occidental para presentar mis investigaciones sobre las últimas sociedades neandertales en el Congreso Arqueológico Nórdico. Esa aventura me acabaría llevando, a lo largo de varios años, a las laderas occidentales y siberianas de los Urales polares, tras las huellas de los primeros asentamientos boreales. Hoy en día, perdidos en aquella salvaje inmensidad, uno encuentra dachas, taiga polar y antiguos gulags donde se refugió —puede que en mayor medida que en otros lugares— una cierta melancolía del alma eslava: incrustada en barras de hormigón, encallada en inmensos restos industriales que son cadáveres oxidados de los ideales soviéticos. No es que esas carcasas de hierro y de piedra me encanten, pero albergan una profunda humanidad, conmovedora, inquietante. Y yo quería vivirla, también. Además…, los espacios boreales siempre me habían atraído. ¿Era o no era el neandertal una criatura polar? ¿No había pasado la mayor parte de su existencia bajo los horrores de la última glaciación? ¿Qué habían ido a hacer a la zona polar —durante las fases climáticas más rigurosas registradas en la tierra en un millón de años— las antiguas sociedades del Paleolítico?

Los principales especialistas rusos sobre las sociedades nórdicas se reunieron en Janti-Mansisk, en el oeste siberiano, con motivo de ese congreso nórdico. Estábamos a finales de septiembre y las primeras nieves empezaban a cubrir las orillas del Obi, uno de esos inmensos ríos del norte cuya desmesura dialoga con la de la propia Siberia. Ningún punto en común con los paisajes que nos son familiares en Europa occidental. El Obi atraviesa toda Siberia, de norte a sur, y solo su cuenca ya cubre tres millones de kilómetros cuadrados —casi tanto como la del Nilo, el río más largo del mundo—, el equivalente a casi cinco veces la superficie de Francia… Esas medidas, esas desmesuras, no son más que el reflejo preciso de las inmensas extensiones salvajes que nacen en los flancos europeos de los Urales, y que no mueren sino en las lejanas orillas del continente americano.

Desde mediados del siglo XX, los investigadores rusos han desarrollado una escuela pionera de la arqueología paleolítica, llevando a la práctica todas

unas estrategias de investigación que a la Europa occidental solo llegaron mucho después; en concreto de la mano de André Leroi-Gourhan, un personaje de una rara densidad intelectual, cuyos intereses incluían en un pensamiento global la arqueología, la etnología y la filosofía. Leroi-Gourhan quedó profundamente marcado por los grandes programas de investigación arqueológica desarrollados por los soviéticos. Los territorios rusos están en gran parte cubiertos de *loess* —poderosos depósitos de limo de origen eólico, que fosilizaron con mucha rapidez en el hábitat de los cazadores del Paleolítico—, motivo por el cual conservan los restos de los enormes campamentos de estas poblaciones nómadas. Los soviéticos aplicaron unos ambiciosos métodos de decapado a gran escala en estas reservas arqueológicas tan extensas, dejando al descubierto el suelo de los emplazamientos paleolíticos: llenos de herramientas de sílex, como si los cazadores del Paleolítico acabasen de salir de allí. En ocasiones, estos lugares estaban incrustados en auténticas fosas comunes de huesos de mamuts. A pesar de que, por fortuna, la investigación ya no está impulsada por la megalomanía del sistema soviético, estos programas de investigación soviéticos han marcado en gran medida la arqueología mundial. Hoy en día la investigación rusa, legataria de este excepcional patrimonio arqueológico, sigue siendo notablemente dinámica, pero para los arqueólogos la tarea es casi inasumible. ¿Cómo gestionar y preservar la totalidad de un patrimonio disperso entre Europa y América? Rusia es de lejos el país más grande del mundo. Su población, que representa poco más del doble de la población francesa, ocupa una octava parte de la superficie terrestre del planeta, un territorio que por poco no dobla el de los otros países más extensos: Canadá, Estados Unidos y China. Ten en cuenta que la mitad de esas tierras están conformadas por inmensos bosques primarios. Esas extensiones boreales representan casi la cuarta parte de los bosques del mundo, y constituyen el mayor espacio forestal salvaje del planeta, muy por delante de los bosques ecuatoriales. Hoy en día, la población está principalmente localizada en unas cuantas grandes ciudades, que son como una especie de colonias humanas entre océanos de vegetación virgen cuya explotación forestal, comparada con las superficies intactas, resulta anecdótica. Siberia, y de forma especial sus territorios polares, representa junto con la Antártida los únicos espacios del planeta que han permanecido salvajes durante toda la eternidad. Todavía existe un *Far East*, virgen, como existió un *Far West*, inmenso. Se trata sin duda de la última auténtica frontera.

## UNA CARRERA CONTRA EL TIEMPO

Ante tales enormidades, ¿cómo gestionar el colosal patrimonio arqueológico enterrado bajo infinitas extensiones de *loess*? En las tierras altas boreales, esos restos se conservan en un suelo que lleva congelado miles de años. Pero por debajo de esas latitudes, el cambio climático acontece ante nosotros a gran velocidad, con lo que el suelo se deshiela y libera sus tesoros arqueológicos: carnes milenarias, maderas, cueros, lienzos, telas, mimbres e hilos vuelven de esta forma a entrar en el ciclo natural de la putrefacción, del que se habían mantenido a salvo desde el Paleolítico. Si los habitantes dispersos de los territorios siberianos —tramperos o criadores de renos del Gran Norte— han ido encontrando mamuts y rinocerontes, ¿qué sucede en esas extensiones salvajes con los cuerpos de los cazadores del Paleolítico? A veces, los más hermosos descubrimientos de este tipo —es increíble— los lleva a cabo algún que otro niño nostálgico mientras juega a la orilla del río, o acaso algún artista en busca de marfil para sus maravillosas esculturas: sin más, en las orillas de los arroyos, de los pantanos, emergiendo del hielo prehistórico apenas derretido. La congelación pone en suspenso los efectos del tiempo, y no existe razón alguna para que este proceso afecte únicamente a las fieras salvajes y no a los restos humanos. Es probable que ya hayan emergido del hielo algunos cuerpos humanos del Paleolítico y que se hayan reintegrado al ciclo natural de la descomposición. También hay que considerar la posibilidad de que algunos de esos cuerpos del lejano Paleolítico fuesen encontrados por las poblaciones locales y enterrados decentemente, bien allí mismo, bien en el cementerio más cercano. Si ese es el caso, hoy en día yacen bajo una cruz de abeto o alerce…

Con el descongelamiento de los suelos boreales, cuajados por el hielo desde la última era glacial, nos enfrentamos a una cruel paradoja. La fusión del permafrost revela yacimientos arqueológicos que hasta la fecha permanecían ocultos, pero al mismo tiempo provoca su rápida e inexorable destrucción. En el corazón de los inmensos territorios nórdicos, los yacimientos resultan invisibles, pues están enterrados bajo espesas coberturas de *loess* que normalmente alcanzan un espesor de una decena de metros. Como no hay carreteras, no es posible transportar la maquinaria necesaria: excavadoras, palas mecánicas y buldóceres. En consecuencia, solo el proceso natural de excavación de los grandes ríos de Siberia saca a la superficie estos yacimientos. La acción del agua libera en sus orillas huesos y sílex que, a continuación, son llevados más abajo por la corriente, revelando la existencia

de yacimientos que permanecieron sellados durante decenas de miles de años. Pero en el preciso instante en que los yacimientos quedan al descubierto, no les quedan más que unas pocas estaciones antes de ser arrasados por la poderosa corriente de esos enormes ríos, a veces de una forma espectacular. Mis colegas rusos han vivido esta extraña experiencia. Sus equipos estaban aprovechando las escasas semanas de buen tiempo en el corazón del territorio polar siberiano para sacar a la superficie unos importantes fósiles arqueológicos que llevaban casi treinta mil años atrapados en el hielo. El yacimiento había salido a la luz como consecuencia de la erosión del río Yana, en el Oriente siberiano, y se hallaba varios metros sobre la orilla del río. Cuando volvieron de comer, el yacimiento simplemente había desaparecido. Un cubo de suelo congelado de veinte metros de lado acababa de caer al río, de una sola pieza. Es decir, los arqueólogos se enfrentan a una auténtica carrera contra el reloj, y tienen que organizar sus investigaciones en unas condiciones bastante extremas. Los yacimientos polares están aislados de cualquier tipo de presencia humana. Nada allí resulta sencillo. Al teatro de operaciones solo se accede por barco o helicóptero. Hay que acampar, gestionar la relación con la fauna salvaje local —lobos y osos polares—, para por fin, y solo durante el corto periodo estival y templado, tratar de sacar a la luz los restos arqueológicos. Pero esos restos están atrapados en un suelo congelado, y no pueden extraerse tan solo con herramientas metálicas: hay que derretir el hielo. Los métodos que se utilizan normalmente alternan entre el chorro de agua a alta presión y… la excavación *a la tetera,* que consiste en verter con cuidado agua caliente sobre el suelo helado para liberar los preciosos vestigios arqueológicos. En tan altas latitudes, y a pesar de que las condiciones climáticas son cada vez más suaves —lo cual permite despejar con mayor facilidad algunos yacimientos antes inaccesibles—, se trata de misiones físicamente agotadoras. Ahí radica la paradoja de este extraño asunto arqueológico: los mismos procesos de descongelación del suelo que permiten detectar yacimientos arqueológicos hasta entonces inaccesibles y acceder a ellos, son los responsables de su irremediable destrucción. No en un siglo. Ni en diez años. Sino ante nuestros ojos, a tiempo real. La inmensidad virgen siberiana no puede estar bajo vigilancia continua. Estación tras estación, la destrucción de este patrimonio es una realidad cotidiana frente a la cual tenemos que reconocer nuestra impotencia. A los asentamientos paleolíticos de las zonas árticas no podemos acceder sino de un modo muy superficial.

# TRAS LAS HUELLAS DE LOS PRIMEROS ASENTAMIENTOS POLARES

Imagina que, a pesar del gran dinamismo de la arqueología soviética, hoy en día en todo el planeta no existen más que tres conjuntos arqueológicos árticos datados hace más de veinte mil años. Estos tres yacimientos están localizados en el territorio de la actual Rusia. Dos de ellos fueron hallados en los espacios boreales europeos, no muy lejos de los flancos occidentales de los Urales polares. El más antiguo, Mamontovaya Kuria, tiene cuarenta mil años y está situado precisamente en el círculo polar ártico. En él, solo se encontraron siete útiles tallados en roca, vinculados con un asombroso colmillo de mamut joven con marcas regulares practicadas en toda su longitud. Las incisiones son muy profundas, y fueron realizadas con la ayuda de una herramienta de piedra. Cuál es ese objeto, sigue siendo un enigma. Las marcas no tienen ningún equivalente preciso en los registros paleolíticos de Eurasia. ¿Se trata de una decoración, de algún tipo de cómputo, de un simple tajón? No es fácil responder a estas cuestiones, como tampoco atribuirles un verdadero valor decorativo. Situado en el círculo polar, el yacimiento solo es accesible para los arqueólogos durante unas semanas al año —algunos años, solo durante unos pocos días—, cuando el nivel del río Usa está lo bastante bajo. El yacimiento está enterrado bajo dieciocho metros de sedimentos, pero la excavación del propio río, tras despejar solo cuatro o cinco metros de arena, permite acceder localmente a esos vestigios prehistóricos. Entonces aparecen huesos y objetos abandonados hace cuarenta mil años por los colonos paleolíticos de los espacios boreales. Ciertas operaciones arqueológicas bastante importantes han permitido despejar unos cincuenta metros cuadrados de esos antiguos suelos, pero solo se ha descubierto ese puñado de siete herramientas de piedra tallada, obtenidas a partir de sílex, esquisto y cuarcita. Básicamente, esos objetos tallados estaban agrupados con restos de mamuts, pero algunos huesos revelan la presencia de renos, lobos y caballos. Es probable que estas cuatro especies representen restos de caza de esos primeros asentamientos polares, pero los restos son demasiado escasos como para afirmar que el conjunto de huesos representa correctamente los restos de caza abandonados por esas poblaciones a orillas del río Usa. Sobre este enigmático asentamiento inicial en territorio polar europeo podemos decir muy poco más. El análisis de los objetos fabricados por los prehistóricos, que además son demasiado escasos, no permite determinar con certeza si esos artesanos del Paleolítico eran legatarios de las antiguas tradiciones técnicas del hombre de

Neandertal, o si esos restos fueron abandonados por los humanos modernos, que habrían colonizado territorios polares casi al mismo tiempo que el conjunto del continente europeo. Y ese famoso cuadragésimo milenio es precisamente cuando las dos poblaciones pudieron convivir en Europa. De modo que, para intentar conocer mejor las dinámicas de la colonización de las inmensidades boreales, hay que centrarse en los otros dos únicos asentamientos iniciales de los espacios polares de Eurasia. Pero antes de abordar los otros dos únicos yacimientos antiguos del Paleolítico polar, hay que prestar atención a unos sorprendentes indicios de presencia humana en las lejanas regiones boreales. Unos indicios que desplazarían esa colonización ocho mil años antes de Mamontovaya Kuria. Así pues, ¿de verdad cruzaron los hombres el círculo polar ártico mucho antes de ese famoso cuadragésimo milenio?

## LOS CAZADORES POLARES INVISIBLES DEL CUADRAGÉSIMO OCTAVO MILENIO

Si bien solo existen tres yacimientos polares antiguos donde se hayan encontrado objetos fabricados por la mano del hombre, en 2016 la revista americana *Science* anunciaba el descubrimiento de un esqueleto de mamut en el que se detectaron marcas de despiece con herramientas de piedra. El mamut fue descubierto en la península de Taimyr, unos seiscientos kilómetros al norte del círculo polar. La península de Taimyr está situada al otro lado de los macizos montañosos de los Urales, en el extremo noroeste de Siberia. Se trata de la región más septentrional de Eurasia, y tiene una superficie superior a la de Escandinavia. Su población no supera unas decenas de miles de habitantes, básicamente agrupados en unas pocas ciudades mineras que fueron construidas bajo el Imperio soviético, con bloques de hormigón flotante en medio de la taiga boreal. La península está poblada por unos pocos miles de almas, que se integran en estos inmensos territorios dispersos, unos pueblos nómadas —los dolganos, los nganasanos, los nenets—, organizados en torno a la caza y la cría de renos, que viven en *chums* —los suntuosos *teepees* de los pueblos siberianos—. Se trata de tierras esencialmente vírgenes, también en términos de arqueología, y el mamut del que hablamos fue descubierto por casualidad por un niño en edad escolar, Evgeny Solinder, mientras se paseaba por las orillas del río Yeniséi. El nacimiento del Yeniséi está en los márgenes de Mongolia. Atraviesa toda Siberia y desemboca en los mares polares cinco

mil kilómetros al norte. Junto con el Obi, el Yeniséi ilustra la desmesura siberiana. Los restos del mamut yacían a unos cientos de metros de la estación meteorológica polar de Sopochnaya Karga. Una operación arqueológica organizada con gran rapidez logró extraer los restos del paquidermo en su conjunto, arrancándolo del suelo en un solo bloque que fue conservado congelado y enviado en un avión de carga al Instituto de Investigación de San Petersburgo. El mamut estaba muy bien preservado, conservaba restos de piel y de pelo. El análisis de los restos iba a poner en evidencia una serie de rastros realizados claramente por el hombre. Las marcas, no hay duda, fueron ejecutadas con herramientas de piedra, y revelan que el animal fue abatido por su carne, incluida su lengua, un comportamiento bien documentado en diferentes poblaciones de cazadores del Paleolítico en regiones más meridionales de Eurasia. Pero alrededor del cadáver no se encontraron ni herramientas ni restos de los cazadores. La datación por carbono-14 reveló que el mamut tenía por lo menos cuarenta y ocho mil años. El sorprendente descubrimiento estableció que los hombres ocuparon el territorio boreal, más allá del círculo polar, en una época en la que *Homo sapiens* ni siquiera había empezado a colonizar el continente europeo… No se conoce ningún yacimiento arqueológico de semejante antigüedad en toda la zona ártica, ni en Siberia ni en Europa. Imposible comprender el significado de esos restos de caza. Hoy, las huellas arqueológicas de esas lejanas poblaciones polares siguen siendo del todo invisibles. Ni una sola herramienta de piedra tallada, ni siquiera una indicación material de esos primeros asentamientos boreales. Siguen constituyendo un enigma arqueológico. Ese esqueleto es la prueba de la caza polar del mamut por parte de una población del todo desconocida por la comunidad científica.

Sin embargo, dos mil kilómetros al este, más allá del círculo polar, en Yakutia, a orillas de un afluente del río Yana, se descubrieron los huesos del hombro de un lobo. El análisis de los huesos muestra heridas infligidas por armas manufacturadas: venablos, lanzas o flechas. Pero el lobo no murió de esas heridas, logró escapar. La datación de un hueso de la pata delantera izquierda del lobo arroja unos resultados absolutamente idénticos a los del mamut cazado en la península de Taimyr. La caza que tuvo lugar hace unos 48.000 años. Pero de nuevo estamos lejos, al norte, aunque también… al este. Nuestro pobre lobo siberiano está a solo dos mil kilómetros de América, la distancia exacta que lo separa del mamut de Taimyr… Así pues, los espacios más boreales del planeta fueron colonizados hace muchísimo tiempo, quizá mucho antes de las fases más importantes de la colonización de las altas

latitudes de Eurasia por parte de *Homo sapiens*. Existe el rastro de esos cazadores, pero ningún útil que nos sirva de indicador directo de esas poblaciones.

El lobo, no obstante, fue encontrado a unos pocos kilómetros del río Yana, donde se descubrió uno de los tres yacimientos polares anteriores al vigésimo milenio. Se trata de los yacimientos de Yana RHS.

## UNA CIVILIZACIÓN BOREAL DESCONOCIDA Y CONSERVADA EN EL HIELO

RHS por Rhino Horn Site, en inglés. El «Yacimiento del Cuerno de Rinoceronte», uno de los primeros descubrimientos que permitió identificar esos conjuntos arqueológicos inesperados. Aquí, quinientos kilómetros al norte del círculo polar, las investigaciones de Vladimir Pitulko iban a revelar los restos de unos campamentos paleolíticos excepcionales, conservados en el hielo desde hace treinta mil años. Por desgracia, como en Yana, estamos entre quince y veinte mil años después de las sutiles pruebas de colonización boreal que nos ofrecían nuestro mamut y nuestro lobo.

Vladimir Pitulko —investigador especializado en esos asentamientos del Gran Norte siberiano— ha desarrollado misiones de gran envergadura por todo el *Far Est* siberiano, descubriendo yacimientos polares cuya tecnología no encaja nada bien con los datos de otras latitudes meridionales de Eurasia. Por lo tanto, se trata de un descubrimiento sorprendente, prácticamente de un imprevisto de la investigación, aunque de una increíble riqueza arqueológica. Estamos en el delta del río Yana, un río que para ser siberiano resulta más bien modesto, con una cuenca que es solo el doble que la del mayor río francés. Pero, sobre todo, en esta ocasión el río no tiene más de 872 kilómetros, y no permite conexión directa alguna con los territorios de las bajas latitudes. Su nacimiento, por ejemplo, ya está en zona subártica.

En los yacimientos de Yana se han hallado decenas de miles de herramientas de piedra tallada, así como muchos objetos de artesanía en marfil de mamut muy refinados, que dan prueba de una gran experiencia en la explotación de esos materiales. Mil quinientas perlas trabajadas en marfil, pero también en colmillo de zorro o a partir de incisivo de reno. A los renos se les cortan los cuernos para esculpir pequeñas figuritas animales. Se hallaron auténticos cuencos cuadrados de marfil finamente decorados, pero también pulseras y unas piezas talladas en marfil que podrían ser tiaras y

diademas. Numerosísimos objetos de una extraordinaria delicadeza, que a veces presentan decoración geométrica. Hasta la fecha, más allá de las siete herramientas de piedra del cuadragésimo milenio de Mamontovaya Kuria, no se había encontrado ningún objeto manufacturado. En cambio, Yana RHS iba a producir cajas enteras llenas de miles de piezas labradas, lo cual demostraba una gran maestría en la manufactura de todo tipo de materias primas, desde el marfil hasta el sílex, pasando por los cuernos de reno o de rinoceronte. De repente, emergía en territorio boreal una civilización polar plenamente madura, adaptada por completo a esos ambientes singulares, y desconocida por los registros arqueológicos. Hace treinta mil años, aquellos cazadores explotaban un territorio de gran riqueza en el que convivían mamuts, rinocerontes lanudos, bisontes, renos, osos pardos, lobos, glotones, bueyes almizclados, caballos, zorros polares, liebres y lagópodos. Resulta evidente que, en plena era glacial, estas poblaciones del Gran Norte no se limitaban a sobrevivir, sino que disfrutaban plenamente de unos entornos que pueden parecernos extremos, pero que fueron en realidad de una riqueza notable. Las excavaciones arrojan miles de restos de liebres que nos informan sobre la sistemática caza con trampas de estos lepóridos. Sus esqueletos se encuentran abandonados ¡sin haber sido consumidos! Parece claro que el pueblo de Yana no demuestra el menor interés por su carne, y que solo explotaba estas pequeñas presas por sus pieles, suaves, cálidas, pero también tan frágiles. Jean Malaurie —nuestro explorador polar francés, que en los años cincuenta vivió en Groenlandia con los inuit de Thule— señalaba que la pequeña comunidad con la que pasó algunas estaciones podía cazar hasta mil quinientas liebres al año solo por sus pieles, pues la carne de liebre les parecía insípida. Grandes mentes polares atravesando miles de años para encontrarse…

Eso sí, estos paisajes de tundra esteparia, sin árboles, obligan a las poblaciones a adaptar su tecnología a la ausencia de madera, un material esencial que, en Eurasia, se ha venido usando desde hace cientos de miles de años para fabricar armas de caza, lanzas, jabalinas y flechas. Puesto que tales astas representan un producto precioso, del todo necesario para la caza de renos, caballos y bisontes que pueblan el territorio polar en Yana, la madera se sustituye astutamente por marfil. Así, los mamuts serán cazados sobre todo para explotar sus colmillos. Aparte de la lengua o la carne de los más jóvenes, probablemente más tierna y sabrosa, la carne de los paquidermos abatidos no parece interesarles. Así, el pueblo de Yana se decanta por la caza de las hembras. ¿Por qué las hembras? Porque sus colmillos son mucho más rectilíneos que los de los machos. Los cazadores buscarán sistemáticamente

esos grandes colmillos, menos curvos, para esculpir sus jabalinas, necesarias para la caza, y que en estas extensiones boreales no pueden procurarse de otra forma.

¿Quién era este pueblo del Gran Norte? Según las colecciones arqueológicas, la identidad de esas poblaciones no deja lugar a la duda: se trata de tecnologías claramente modernas, que hasta la fecha siguen estando solo documentadas en el seno de nuestra especie biológica. Parecen originales, eso es cierto, y no concuerdan sino de un modo muy lejano con el conocimiento que tenemos de las poblaciones del Paleolítico más al sur, en Siberia o incluso en Europa. Pero esas tecnologías, esos saberes, no hay la menor duda, hay que relacionarlos con las poblaciones sapiens. Todo lleva el marchamo de las sociedades modernas: los miles de adornos, las figurillas, las decoraciones, las jabalinas de marfil e incluso las finas agujas con el ojo de marfil, unas tecnologías sutiles, aunque fundamentales para confeccionar trajes cosidos y protegerse del frío. Pero si bien es cierto que esas tecnologías son propias de poblaciones modernas, no logran disimular aspectos de profunda originalidad en ciertos elementos decorativos, sobre todo en lo tocante a los saberes técnicos concretos que aplican los artesanos, los cuales no acaban de encajar en lo que se conoce de los asentamientos más meridionales.

Año tras año, las excavaciones arqueológicas de Yana despejan pues enormes superficies, tratando de iluminar estos enigmáticos asentamientos polares. Las investigaciones acaban encontrando dos dientes de leche humanos. Enseguida se llevan a cabo análisis genéticos. Preservados durante treinta mil años en un suelo congelado, esos dientes han conservado gran parte de su información genética. Como era de esperar, el ADN demuestra que pertenecen a un grupo de hombres modernos, pero revela también una población que, hasta entonces, era desconocida para la genética. Esta civilización boreal se distingue netamente de otras poblaciones paleolíticas ya identificadas con ayuda de la genética. Una población hoy extinta y que los genetistas llamarán los «antiguos siberianos del Norte». También contiene ciertos genes del neandertal, lo mismo que el conjunto de las poblaciones que hoy en día ocupan Eurasia. Pero sus secuencias de ADN neandertal son mucho más largas que las secuencias apreciables en las poblaciones actuales, lo cual indica que el encuentro entre las dos poblaciones es mucho más reciente. Podría haber tenido lugar entre ochenta y cien generaciones antes del nacimiento de los niños que perdieron sus dientes de leche en Yana. Y sorprendentemente, los antiguos siberianos del Norte no muestran ningún

mestizaje con los denisovanos, otra humanidad fósil prima de los neandertales presente en Altai, las montañas del sur de Siberia. Sin embargo, las huellas genéticas de los denisovanos se encuentran ampliamente difundidas entre las poblaciones actuales del Asia sudoriental y hasta Australia. El origen y el destino de este pueblo, de estos antiguos siberianos del Norte, nos es desconocido, pero antes de colonizar estas regiones polares, o quizá durante la propia colonización boreal, los antepasados de estas enigmáticas poblaciones se cruzaron con los neandertales. Llevaban consigo una memoria genética de esas poblaciones extintas. Esa marca de los cruces con nuestros neandertales, sumada a la ausencia de genes denisovanos, podría sugerir que el encuentro tuvo lugar muy lejos de las latitudes medias y bajas de Asia, donde los genes de las poblaciones denisovianas son todavía muy comunes. Es decir, mucho más al oeste, hacia el continente europeo, y tal vez más al norte, remontando hacia los espacios polares, que estas poblaciones colonizan con rapidez. Es incluso posible que, para los antiguos siberianos del Norte, la parte genética heredada de los neandertales —población que creemos bien adaptada biológicamente a los ambientes fríos— haya podido constituir un activo en sus exitosas colonizaciones boreales. Pero más que simples atributos biológicos que garanticen una mejor adaptación al frío, los entornos árticos —muy duros, tal como lo demuestra la historia inuit— requieren ante todo de un conocimiento preciso de las posibilidades de esos entornos, así como un dominio bien planificado de sus recursos en función de cada estación. Solo la comprensión de las particularidades de esas altas latitudes permitiría afrontar los largos y temibles inviernos polares. Por desgracia, la fauna de Yana, a pesar de haber sido extraída del permafrost, no tiene ni carne ni pelo. ¿Cómo es eso posible, si esos restos fueron abandonados allí en plena era glacial, e incluso hoy en día cuesta extraer esos vestigios del suelo helado?

## ¿UN EDÉN POLAR?

El análisis de los archivos climáticos mundiales nos permite saber que el clima del pasado se caracteriza por unas profundas oscilaciones de las temperaturas que pautan en nuestra biosfera una alternancia entre fases templadas y fases glaciares. El origen de estos cambios climáticos sigue sin conocerse en profundidad, con lo cual no se pueden modelizar de forma precisa. Partiendo de este conocimiento, no podemos saber cuándo vendrá la próxima era glaciar terrestre. Sin embargo, sea cuando fuere, no parece

posible que vayamos a escapar de la próxima glaciación, pues estos ciclos naturales conllevan oscilaciones climáticas rápidas y de una gran potencia. Estas fluctuaciones mayores parecen estar relacionadas con modificaciones periódicas de la órbita terrestre. Durante decenas de miles de años, nuestro planeta se vio sometido a unas condiciones polares que impactaron con mayor intensidad en las latitudes continentales altas que en las latitudes medias y bajas, ocupadas hoy en día por el 99 por ciento de la población mundial. Hoy estamos en una de esas fases templadas, que empezó hace aproximadamente 11.700 años, poniendo fin de este modo a la última gran glaciación. El deshielo se produce en varias fases, algunas de las cuales registran cambios climáticos bastante abruptos, en particular en las regiones boreales. En Noruega, gracias al trabajo del glaciólogo noruego Jan Mangerud, sabemos que al principio de este calentamiento, el frente de los grandes glaciares, engastados en los fiordos escandinavos, llegó a retroceder más de 160 metros por año. En diez años, esos vastos glaciares milenarios pudieron llegar a retroceder más de 1.500 metros… El deshielo fue pues perfectamente perceptible a escala de una vida humana y constituyó una experiencia muy concreta para las sociedades humanas. Una experiencia vivida de forma cotidiana por las poblaciones boreales, que experimentaron físicamente la transformación de sus territorios año tras año, delante de sus narices. Este vuelco climático fue global, impactó en todos los ecosistemas mundiales y generó una subida del nivel de los mares de más de sesenta metros. Hoy en día vivimos en una fase interglaciar, el Holoceno, lo cual, en nuestras latitudes, nos permite disfrutar de unas condiciones incomparablemente más favorables para la vida y la biodiversidad que en las decenas de miles de años anteriores. Sin embargo, fue a principios del Holoceno cuando el clima global de la Tierra alcanzó su punto más templado. Hace nueve mil años, en las zonas árticas las temperaturas estivales eran mucho más altas que las actuales, y generaban grandes cantidades de permafrost en las regiones polares, donde ahora los suelos están helados. Por eso en el yacimiento de Yana RHS, atrapado en los gelisuelos, no aparece materia orgánica perecedera como pieles, carnes o pelos, que en otros lugares sí que ha permanecido en el suelo helado siberiano y donde por lo tanto proporciona regularmente mamuts o rinocerontes enteros, con carne, con piel y con los intestinos todavía llenos de su última comida. Esa materia orgánica se perdió a principios del Holoceno, cuando quinientos kilómetros al norte del círculo polar, una parte de los suelos se vio expuesta a una descongelación total que propició la descomposición de los vestigios arqueológicos más frágiles. Esas zonas, hoy

áreas de permafrost, experimentaron un deshielo que duró varios siglos, para luego verse otra vez congeladas debido a la progresiva disminución de las temperaturas, que desde hace más de seis mil años caracteriza el clima mundial. Hoy, esta tendencia se está invirtiendo debido a la actividad humana, que afecta a tiempo real a los ciclos naturales de la biosfera.

En cuanto a la estructura precisa de los próximos ciclos climáticos, en realidad solo pueden predecirse en algunos de sus parámetros estrictamente astronómicos. Las innumerables pulsaciones climáticas que habrán de expresarse en la Tierra durante los próximos siglos y milenios también se verán afectadas por la actividad humana, pero por desgracia esas potentes variaciones climáticas milenarias no están al alcance de modelización alguna. En cambio, lejos de cualquier tipo de modelización y a una escala temporal mucho más corta, a marchas forzadas y ante nuestras narices, sí estamos asistiendo a un proceso de rápida descongelación de las zonas polares, que liberan progresivamente los cadáveres de grandes fieras del Paleolítico.

Lo que nosotros recordamos son las impactantes imágenes de esos cuerpos de mamuts conservados a la perfección emergiendo, año tras año, de los suelos del Gran Norte siberiano. Pero esas inmensidades salvajes entregan con regularidad los restos de muchas otras especies: rinocerontes lanudos, bueyes almizclados, bisontes, osos pardos, caballos, renos, zorros polares, lobos… Estos biotopos revelan pues una biodiversidad infinitamente más importante que la que podemos identificar hoy en esas latitudes. Más allá de la biodiversidad, la densidad de tales poblaciones animales parece notablemente elevada.

¿Podría ser que, en esos espacios del Gran Norte, los periodos templados hayan sido mucho más inhóspitos que las fases glaciares?

El análisis de esas estepas de mamuts revela un entorno de extraordinaria riqueza, lo cual nos ofrece una imagen singular, casi paradójica, de los biotopos siberianos de la última era glaciar. Para acoger a esa enorme fauna ártica, es necesario que esos paisajes polares poseyeran una rica cobertura vegetal, capaz de abastecer las necesidades de los grandes herbívoros. Hoy en día, un elefante come entre sesenta y trescientos kilos de hierba. Considerado a escala, a partir de ahí podemos hacernos una idea de las necesidades que deberían satisfacer esas extensiones geográficas polares comúnmente llamadas estepas de mamuts. Así que era un lugar rico. Incluso muy rico: hierbas, gramíneas, cárex, pero no solo. Gracias al análisis de polen fósil y al estudio del ADN de los suelos, sabemos que, en primavera, los espacios árticos y subárticos parecían inmensidades floridas, con anémonas, amapolas,

ranúnculos… Con sus manadas de enormes herbívoros, las regiones polares debían de presentar un rostro radicalmente diferente al de las tundras pantanosas que podemos admirar en la actualidad.

¿Puede ser que en pleno periodo glaciar, esas regiones del Gran Norte fueran especialmente adecuadas para la vida? La hipótesis es contraintuitiva. En las latitudes bajas de la Europa templada, esa edad de hielo la tenemos asociada con la dureza de un clima extremo. Sin embargo, ¿es posible que el desarrollo de las sociedades humanas, incluso más allá del círculo polar, sea un indicador de la existencia de entornos ricos en caza y especialmente propicios para el desarrollo de esas sociedades boreales?

De ser así, el imaginario que asocia la colonización de las regiones polares con avances sociales y técnicos representaría un contrasentido. Una construcción social. Nuestra construcción social. La construcción de una mirada, tan subjetiva y pertinente como el típico «hace calor» o «hace frío» de hoy. Podemos sonreír al ver esas fotos de niños inuit jugando desnudos en su iglú. Cuando el exterior está a –45 °C, dentro del iglú, a 0 °C, simplemente hace calor. ¿Cómo es posible? El cuerpo humano no es un termómetro, sino una máquina formidable que tarda unos pocos días en atemperarse al entorno en que está inmerso. No se trata en absoluto de una imagen poética que glorificaría la asombrosa capacidad adaptativa de los grandes simios que somos. No son simples palabras: la experiencia de nuestro cuerpo regulándose sin que tengamos la más mínima consciencia está al alcance de cualquiera, todos podemos experimentarla, físicamente.

## ¿UN REFUGIO EN LOS MÁRGENES DEL MUNDO?

Ese recuerdo me devuelve a febrero de 2007, cuando me encontraba trabajando en los cajones del Instituto de la Academia de Ciencias de Syktyvkar, capital de la República polar de Komi. En las primeras frases de este capítulo, evocaba el ámbito de investigación que comenzó con la apertura de un cajón. Ahí estamos. El cajón en cuestión contenía las colecciones de las excavaciones de Byzovaya, el tercer y último yacimiento polar antiguo conocido en la Tierra, y del que aún no hemos hablado.

Con Byzovaya, regresamos al flanco occidental de los Urales polares, es decir, a Europa, concretamente a una de las regiones más remotas del continente. Tras mi conferencia siberiana de 2006, me invitaron a trabajar en las colecciones del Paleolítico del Gran Norte europeo. Estas colecciones

arqueológicas tienen su origen en las investigaciones de Pavel Pavlov, investigador de la división de los Urales de la Academia de Ciencias de Rusia. Durante años, Pavlov estuvo dirigiendo misiones arqueológicas en la vertiente europea de los Urales, desde los territorios subárticos hasta el círculo polar. Fue así como reunió los primeros datos sobre la colonización de los espacios boreales del continente. Unos datos que eran absolutamente originales y que no parecían cuadrar sino con gran dificultad con nuestro conocimiento de los asentamientos paleolíticos que, para esa misma edad, teníamos en latitudes europeas más meridionales. Las colecciones reunidas durante esos años de investigación fueron depositadas en la República de Komi. En Eurasia hay cuatro naciones con territorios en latitudes polares: el conjunto escandinavo formado por Noruega, Suecia y Finlandia, y la inmensa Rusia, dividida en veintidós repúblicas autónomas, entre las cuales hay tres repúblicas polares, cuyos simples nombres ya incitan al viaje: Sakha, Karelia y Komi…

Puede que nunca hayas oído hablar de la República de Komi… A escala de la gran Rusia es un país muy pequeño —apenas más grande que Alemania —, y está atravesado en su centro por el círculo polar ártico. La República de Komi consiste principalmente en superficies forestales primarias, y alberga el mayor bosque salvaje de Europa, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Su capital, Syktyvkar, está situada mil kilómetros al noreste de Moscú y cuenta con poco más de doscientos mil habitantes. Como está situado en el extremo nororiental del continente, este territorio europeo ha permanecido al margen de las grandes redes de intercambio del oeste de Eurasia, estructuradas esencialmente entre las bajas latitudes de Europa, el Mediterráneo y Oriente Próximo. A lo largo de su historia, este punto ciego del continente europeo estará bajo la influencia nórdica y siberiana. Nos hallamos pues en lo que los lingüistas, los sociólogos o los antropólogos llaman zonas periféricas: espacios apartados de las grandes redes de intercambio, que por esta razón conservan antiguas estructuras de lenguaje, así como ciertas tradiciones culturales y técnicas que en otros lugares desaparecieron mucho tiempo antes. Las colecciones arqueológicas de esta zona polar nos muestran toda una serie de producciones artesanales que, en plena Edad Media, siguen recordando cierta producción artesanal prehistórica. Así, en estas colecciones, y para fechas que van más allá del siglo XII, hay magníficos arpones puados de hueso, unos arpones que en sus formas y modos artesanales remiten indefectiblemente a un conjunto de procesos que, en otras partes de Europa, habían sido abandonados por lo

menos cuatro mil años antes, siendo rápidamente sustituidos por las tecnologías del metal. Esos arpones de hueso están presentes en la misma época en toda Siberia, y también están bien documentados entre las poblaciones polares inuit. A mediados del siglo pasado, nuestros exploradores polares franceses Paul-Émile Victor y Jean Malaurie —aún vivo— pudieron verlos todavía en uso. La historia, las tradiciones, las técnicas, los saberes no obedecen a una dinámica universal. En primera instancia, responden siempre a las dinámicas locales, y son consecuencia de la historia de cada territorio. Para el arqueólogo, solo las tradiciones técnicas pueden ser restituidas y analizadas en su evolución temporal. Y en un continente, estas tradiciones nunca se despliegan de una forma universal. Siempre aparecen fragmentadas en el espacio. Sucede que, en ocasiones, algunas soluciones técnicas transgreden el tiempo, ajenas al desarrollo técnico que, en otros lugares, pueden haber propiciado el abandono de hermosas formas artesanales tradicionales. No se trata en absoluto de poblaciones atrasadas. En este punto, hay que tomar consciencia de la relatividad —de la iniquidad, incluso— que entraña la noción de progreso técnico. Algunas tradiciones ancestrales que se remontan a hace miles de años, en realidad conservan la memoria de un nivel técnico altísimo, cuya práctica, simplemente, hemos perdido. Nuestros propios avances técnicos llegan acompañados de una pérdida irremediable de ciertos conocimientos, siendo algunos de ellos de los más avanzados. En consecuencia, somos incapaces de reconocer la superioridad de técnicas inmemoriales que superan en todos los aspectos nuestros conocimientos tecnológicos. Solo los cínicos y los ingenuos se sonreirán al leer estas últimas frases sobre la posición que ocupa nuestra sociedad en la arquitectura de las sociedades humanas que han existido en la Tierra. En los años cincuenta, en su fulgurante síntesis de *Tristes trópicos*, Lévi-Strauss llegaba a estas mismas conclusiones, y ponía precisamente el ejemplo de las tecnologías de protección contra el frío de las poblaciones polares: «Hace apenas unos pocos años que logramos entender los principios físicos y fisiológicos en que se basa el diseño de la ropa y la vivienda de los esquimales, así como que lo que les permite vivir en condiciones climáticas rigurosas son esos principios, que nosotros no conocíamos, y no la adaptación o una constitución excepcional. Esto es tan cierto que también entendimos por qué las supuestas mejoras que llevaron consigo los exploradores en cuestiones de vestimenta resultaron del todo inoperantes y tuvieron un resultado contrario al esperado. La solución indígena era perfecta, solo que para darnos cuenta necesitábamos entender la teoría en que estaba basada». Este ejemplo se fija en las técnicas de

protección térmica, pero en realidad podría aplicarse a la inmensidad de saberes en todos los ámbitos de la técnica que se han ido perdiendo con el paso del tiempo, y que solo vamos redescubriendo con cuentagotas: desde los sistemas de construcción antisísmicos de las *machiya* de Japón hasta técnicas agrícolas de altísimo rendimiento, pasando por el conocimiento y el uso sumamente preciso de las moléculas producidas por determinadas plantas, conocimientos milenarios en poder solamente de unos pocos portadores, que pueden llegar a ser la envidia de la gran industria farmacéutica…

Todas estas reflexiones sobre las estructuras de la tecnología tradicional, su evolución y su reemplazo me vinieron a la mente cuando en febrero de 2007 abrí aquel cajón por primera vez. Allí encontré una colección técnicamente muy homogénea de varios cientos de herramientas de piedra tallada. Pero tallada según las antiguas tradiciones artesanales neandertales, que yo tan bien conozco. Cajón tras cajón, fui descubriendo las colecciones del yacimiento de Byzovaya, que está situado en el círculo polar y ha sido muy bien datado por numerosos laboratorios en… veintiocho mil años.

¿Veintiocho mil años? Eso nos sitúa nada menos que unos catorce mil años después de la desaparición en toda Eurasia de la tradición artesanal neandertal. Pieza tras pieza, voy reconociendo la tecnología, las herramientas, el estilo y el conocimiento de unas tradiciones técnicas que, cuando el hombre de Neandertal fue expulsado, desaparecieron en todas partes. Byzovaya tiene la misma edad que Yana RHS. Pero Yana está muy lejos, muy al este. Cierto que también está situado en territorio polar, pero a más de dos mil kilómetros de distancia, en las extensiones orientales de Siberia. Los dos yacimientos comparten su cronología, su localización boreal y su interés por la explotación de los mamuts. Pero los millares, o mejor dicho las decenas de millares de objetos sumamente sofisticados que encontramos en Yana —realizados a partir de materias animales: colgantes, adornos, escudillas, jabalinas, pulseras—, en Byzovaya simplemente no están. En Yana RHS, los mamuts se explotaban de forma casi exclusiva para extraerles los colmillos más rectilíneos, y no para consumir su carne. En el mismo momento, a dos mil kilómetros de distancia y al otro lado de las montañas de los Urales polares, los hombres de Byzovaya no mostraban el menor interés por la transformación del marfil, los cuernos de renos o los huesos. El estudio de los restos de los mamuts apuntaba a que, probablemente, habían sido cazados. El análisis de sus huesos iba a revelar claros indicios de haber sido aprovechados, como apertura de la caja torácica, extracción de filetes o fractura de las costillas. Toda una serie de procesos vinculados estrictamente

con la carnicera, lo cual demostraba que, en este caso, la relación con estos enormes herbívoros estaba basada en unos objetivos completamente diferentes. Ningún interés en Byzovaya por los colmillos de marfil, pero un gran interés por la carne del animal. Dos lógicas absolutamente distintas que diferenciaban de forma inmediata a Byzovaya de su hermana siberiana de Yana. En cuanto a las herramientas de piedra, eran fácilmente clasificables en el seno de la gran familia del Musteriense, una tradición que, en Europa y durante cientos de miles de años, fue propia del hombre de Neandertal. ¿Qué nos estaban diciendo esas extrañas colecciones? En aquellos tiempos, Europa y el Gran Norte siberiano están ocupados por diferentes poblaciones sapiens, legatarias de tradiciones técnicas y culturales bien diferenciadas. Pero todas esas tradiciones tienen como punto común su singular relación con el medio animal, la búsqueda de sus materias duras, desde el hueso hasta el marfil, que serán sistemáticamente transformadas en herramientas e investidas de un gran simbolismo. En Europa, la decoración, los adornos y las representaciones son patrimonio exclusivo del sapiens. Y a través de esas piezas de hueso, de cuerno de reno o de marfil —que serán utilizadas para producir herramientas y armas—, aparece un considerable juego simbólico. Los hombres se abrigan con materia animal, de forma que el animal lo cubre y lo adorna. Y cuando utilizan una jabalina de marfil para salir de caza, lo que están haciendo es matar al animal… con el animal. Estos gestos recuerdan a las tradiciones de los actuales pueblos siberianos —las de los inuit o las de los indios de las llanuras—, quienes deben protegerse del espíritu del animal abatido, defenderse de un espíritu que podría regresar y atormentarlos. Antes incluso de ir a cazarlo hablan con su espíritu, lo sitúan a su lado como a un amigo. Y después de matarlo le siguen hablando, lo acarician. No nos equivoquemos, no se trata de pedirle disculpas. Le damos las gracias. Le damos las gracias y le explicamos que su carne alimentará a nuestros hijos, que su piel protegerá del frío a nuestros ancianos. Tememos la fuerza mágica de su espíritu y nos asociamos con él, lo vinculamos al pueblo de los hombres, del que a partir de ese momento pasa a formar parte. Cuando matamos al animal con el animal, estamos haciendo partícipe al propio animal de la caza de sus congéneres. El ser humano pasa a formar parte de su entorno natural, está compuesto de él, se asocia con él. Estructuras animistas. Estructuras chamanistas. En esos gestos, en esos actos del sapiens del Paleolítico europeo convergen todas las lógicas de las poblaciones actuales de cazadores-recolectores, que aún hoy se hallan en comunión con el mundo natural. Estas lógicas milenarias del sapiens en Europa, en Byzovaya simplemente no existen. Allí encontramos

formas artesanales propias de la tradición neandertal de un orden muy diferente, una tradición que, no obstante, no debería existir en periodos tan recientes. Durante los últimos veinte años, la comunidad científica ha debatido mucho sobre la cuestión de la persistencia del hombre de Neandertal —o por lo menos de la persistencia de sus tradiciones y sus artesanías— más allá del cuadragésimo segundo milenio. Hemos visto cómo en todo el continente iban emergiendo restos neandertales o herramientas musterienses —esa famosa cultura material del hombre de Neandertal—, que fueron atribuidas a fases ligeramente más recientes, cuando puede que en realidad no tuvieran más de 35.000 años, en algunos casos incluso 30.000. Y después… poco a poco nos fuimos dando cuenta de que era probable que esos huesos neandertales —en Bélgica, Croacia, España y el Cáucaso— no eran tan recientes, y que la cronología que les habíamos asignado podría estar equivocada debido a problemas de datación. ¿A qué se deben estos desfases? Los restos óseos neandertales son muy escasos y valiosos. En su mayor parte fueron hallados en el transcurso de antiguas operaciones arqueológicas, cuando los métodos de trabajo en cueva se basaban en la excavación con pico. Así, en unas pocas décadas, y mediante unos procesos prácticamente industriales, removieron y mezclaron miles de metros cúbicos de sedimentos de las grandes cuevas de Europa. A lo largo del continente, fueron apareciendo huesos, dientes y cráneos del neandertal, en ocasiones incluso completos, que hoy en día siguen representando nuestros principales archivos sobre estas poblaciones. Y obviamente, todo ese material carece de un contexto arqueológico específico, más allá de la precisión del golpe de pico. Algunas de estas cuevas habían sido ocupadas por los neandertales de forma regular durante más de cien mil años. A lo largo de todo este tiempo, los cazadores abandonaron decenas de miles de herramientas y cientos de miles de huesos que dejaron testimonio de sus actividades diarias en esas cuevas. Y estas inmensas colecciones arqueológicas fueron mezcladas, sin establecer diferencia alguna entre los restos abandonados por los neandertales hace 42.000 o hace 120.000 años… Todo es neandertal, de acuerdo. Pero ten en cuenta que el neandertal muerto en su cueva hace 42.000 años nos es mucho más cercano en el tiempo que el neandertal enterrado en la cueva hace 120.000 años.

Mucho más cercano en el tiempo… Solo eso…

Enseguida entendemos que esos cuerpos y objetos para el arqueólogo no tienen casi ningún valor, pues han sido separados de su contexto concreto y se han convertido en un puzle inextricable, o más bien en una piscina olímpica

en la que se mezclan apasionadamente los restos de millones de puzles, todos muy parecidos entre sí… Buena suerte… En fin, esas osamentas neandertales, tan hermosas, tan raras, fueron almacenadas en cajas, en gavetas y en bolsas, fueron pegadas, solidificadas con resinas y manipuladas durante generaciones por las sudorosas manos de sabios llegados de todos los rincones del planeta para estudiarlas. Y después de cien, ciento cincuenta o ciento setenta años de continua manipulación, a finales del siglo XX y a principios del XXI llegaron otros eminentes investigadores a raspar el polvo de esas osamentas para extraer de ellas información molecular: su edad por medio de las técnicas del carbono-14, su historia genética a partir de los años noventa y sus isótopos o proteínas fosilizadas. Ciencia de la de verdad, ciencia dura, de acuerdo, pero con los pies de barro. Los cimientos del edificio son básicamente frágiles. En gran medida, toda esa historia que hemos construido y que seguimos construyendo los investigadores se basa en esos análisis, que hoy en día son moleculares y de una altísima precisión. Pero en última instancia se trata del análisis molecular de las piezas de unos puzles dispersos, y no tenemos disponible en ninguna parte la imagen general que deben conformar esos puzles. Sin un contexto arqueológico serio, la edad de esos vestigios humanos se basa por lo general en unos pocos datos descontextualizados por completo y obtenidos mediante el carbono-14. Y no existe nada tan frágil como un análisis molecular sin un contexto sólido. Ten en cuenta que con frecuencia sucede que la parte derecha de un hueso esté fechada en cuarenta mil años, y la izquierda en menos de veinte mil. Así es, y existen numerosas hipótesis y conclusiones basadas en estos análisis moleculares, que en consecuencia son absolutamente cuestionables. Conclusiones e hipótesis que no pueden apoyarse en las técnicas actuales de la arqueología, y estas son las únicas que, en una primera instancia, permiten volver a montar el puzle para luego analizar la imagen. No olvides que en la cueva Mandrin —que es la que estoy excavando ahora mismo, en pleno valle del Ródano— hemos tenido que cavar, con pinceles y pequeños bambúes, entre dos y cuatro meses al año durante treinta años para descender solo sesenta centímetros de profundidad en los sedimentos arqueológicos de la cueva. Así que… prácticamente ya no encontramos restos neandertales, por supuesto. El último cuerpo más o menos completo que se desenterró en Francia fue hallado en 1979, hace cuarenta y dos años. Y su contexto arqueológico, su edad, o la cultura de la que era portador ese hombre resultan del todo inciertos y son objeto de unos intensos debates que, tal vez, nunca llegarán a resolverse.

Ante semejante calidad documental, la demostración científica resulta frágil y depende de la confianza que podamos concederle a ciertos análisis biomoleculares: una cuestión de fe. Crucemos los dedos… Nuestros principales archivos provienen pues de excavaciones antiguas, por no decir atávicas, por lo que nuestra documentación arqueológica o molecular, nuestros análisis y conclusiones sobre esas poblaciones son muy vulnerables. En consecuencia, cualquier texto científico deviene caduco con rapidez, lo cual, en sí mismo, es señal de buena salud de la disciplina, pero en el contexto que aquí nos concierne no nos ayuda a discernir qué fueron realmente esas sorprendentes poblaciones neandertales ni cómo vivieron, y mucho menos cuándo y por qué se extinguieron.

Así que… de nuevo así que… ¿llegó el neandertal más allá del cuadragésimo segundo milenio, tal como sugieren numerosos análisis científicos recientes? La propuesta parece cada vez más frágil. Cuando se vuelven a analizar, los restos más recientes parecen ir cayendo uno tras otro, envejeciendo cada vez un poquito más, y alejando la extinción de la población a cotas cada vez más altas de la cronología, más antiguas. Algunos yacimientos parecen seguir resistiendo estos análisis críticos de la documentación arqueológica relativa a las últimas sociedades neandertales. Sin embargo, en la comunidad científica existen acalorados debates sobre si los neandertales podrían haber sobrevivido o no en el extremo sur de Europa, al sur de la península ibérica. Aquí no hay ningún tipo de restos humanos neandertales, pero sí colecciones arqueológicas atribuidas a las culturas neandertales por medio del análisis de la tecnología empleada para producir sus herramientas de piedra. Esta tecnología musteriense, que en Europa está asociada de forma exclusiva al neandertal, aún seguiría en uso hace solo treinta mil años. En este caso, la discusión científica está centrada en la calidad de las dataciones por carbono-14. Estas colecciones de la zona sur de Europa se ven afectadas por el clima cálido de las áreas mediterráneas, y los huesos —uno de los materiales privilegiados para la datación por carbono-14 — suelen arrojar unos resultados aberrantes, con cronologías infinitamente más recientes que la edad real de los objetos. En este campo, la más ínfima contaminación induce a terribles errores. Basta con un 1 por ciento de carbono reciente y tu hueso rejuvenecerá en siete mil años. Hoy en día, estos problemas de conservación y contaminación de los huesos están perfectamente identificados. Una de las estrategias que se puso en práctica para paliarlo fue no medir la edad de los huesos, sino la de los tizones que se conservan en esos mismos niveles arqueológicos. Los resultados fueron

bastante decepcionantes. Los datos temporales obtenidos adolecen sistemáticamente de enormes divergencias, que en ocasiones pueden llegar al doble. En este caso, quizá el problema no está en el método sino en la circulación de esos pequeños tizones a través de los distintos niveles arqueológicos. Se trata de objetos muy pequeños y ligeros que —debido a la acción de raíces de tamaño micro o a la infiltración del agua— tienden a *pasearse* por entre los suelos arqueológicos a través de miles de años. No hay duda de que los tizones son recientes, pero ¿de verdad proceden de las hogueras que mantenían encendidas los neandertales en esas cuevas? ¿O son solo intrusivos: pequeños objetos paseantes? Desde un punto de vista científico, hoy en día es imposible clausurar el debate sobre una hipotética supervivencia de las antiguas poblaciones aborígenes en el extremo sudoccidental del continente europeo. El debate debe seguir abierto.

Precisamente, en Byzovaya tenemos una imagen en espejo de esos problemas de persistencia de poblaciones neandertales: una imagen opuesta. En el extremo noreste del continente europeo, en el círculo polar, y a unos niveles arqueológicos de unos veintiocho mil años —en este caso, establecidos de forma indiscutible—, encontramos cientos de objetos de piedra tallada —estrictamente musterienses, estrictamente neandertales según toda concepción tecnológica reconocida en la historia de Europa—, que no pueden compararse casi con nada. Antes veíamos que Byzovaya es uno de los tres únicos yacimientos antiguos en territorio polar. Pues bien, esta vez, y en lo tocante a la conservación de los huesos fechados con carbono-14, el clima ártico ha tenido un impacto del todo opuesto al que tuvo el de la península ibérica. Para las osamentas de Byzovaya se establecieron más de cuarenta fechas. En este caso no hay desfases, no hay escalonamiento en las mediciones a lo largo de miles de años, que es lo que sucedía en España. En cambio, las dataciones están muy bien agrupadas y son muy precisas. Todos los semáforos están en verde. En Byzovaya, la conservación de los huesos es excelente, y resulta especialmente propicia para su análisis por carbono-14. Los huesos pasaron la mayor parte de su existencia en suelos congelados, y eso conservó su colágeno a la perfección. Las numerosas mediciones indican en su totalidad una única fase de ocupación paleolítica en torno a los veintiocho mil años. Las medidas son robustas, muy robustas. Al punto que el profesor Tom Higham —de la Universidad de Oxford, uno de los mayores especialistas del mundo en datación por el método del carbono-14— dirá que tal vez Byzovaya representa uno de los yacimientos musterienses mejor fechados del mundo. Y esta vez, lo que se dató no fueron los microtizones,

sino esqueletos completos de mamuts, en cuyos huesos se aprecian las marcas de las herramientas musterienses de sílex que permitieron descuartizarlos. En 2007, ante aquellos cajones que abrí en el corazón de la República de Komi, en mi mente empezaba a dibujarse un escenario histórico absolutamente insospechado. ¿Cómo era posible encontrar material musteriense en el círculo polar, catorce mil años después de su desaparición del resto del planeta?

## TRANSGRESIONES NÓRDICAS, DE ORIENTE Y DE OCCIDENTE…

Había que volver a esos fascinantes territorios —al círculo polar, a las orillas del gran río Pechora— para abordar ese enigma boreal. Así que un grupo de investigadores franceses y rusos, con el apoyo del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, organizamos una misión para explorar la cuestión de la colonización de los espacios polares europeos. Trabajar en la taiga polar iba a ser un placer. Esos territorios europeos absolutamente salvajes se asemejan casi centímetro a centímetro a algunas de las regiones más hermosas del Gran Norte canadiense. Una inmensa belleza boreal…

Para llegar a Byzovaya hay que viajar en tren varios días desde San Petersburgo hacia el Gran Noreste, hasta llegar a la ciudad de Pechora. Esos pocos días de tren desde San Petersburgo permiten atravesar la inmensidad forestal del todo virgen de ese Gran Norte europeo. El tren debe avanzar a una velocidad de crucero de unos sesenta kilómetros por hora, y tiene un regusto nostálgico como a Orient Express o a Pacific Railroad —el primer vapor transcontinental que llevaba al Oeste americano—. Cada vagón —donde conviven armónicamente el hierro, la madera, el aluminio y las cortinillas de encaje— está diseñado como una unidad autónoma, que en caso de avería invernal es capaz de proporcionar agua, calefacción y el alimento necesario para varios días. El invierno dura casi ocho meses al año… Hay que tener en cuenta que, en el corazón de tan larga temporada fría, a —35 °C y sin ninguna conexión con otras formas de transporte más allá de la propia vía férrea, una avería o un corte de las conexiones puede dejarte bloqueado varias horas… o varios días… En semejante escenario, la autonomía de los vagones, así como la continuidad de sus funciones vitales, no representan para nada un simple complemento logístico. En cada extremo del vagón hay una caldera de carbón que asegura la producción de agua caliente para los sistemas de calefacción y que alimenta permanentemente un hermoso samovar plateado. Como la Tierra

es una esfera, los tres continentes del hemisferio norte se unen en sus límites boreales… Patrick Plumet —gran especialista en las sociedades prehistóricas del Gran Norte— señaló que en el conjunto de los pueblos de América podía seguirse la huella de sus orígenes boreales, una huella que estaría como fosilizada en algunas de sus tradiciones, un lejano recuerdo de sus orígenes polares y de su paso primigenio por el estrecho de Bering.

Por tanto, viajar hacia el norte supone acercar inexorablemente Europa a Asia y a América… Allí convergen todas las fronteras de forma inevitable. Estamos en el Gran Norte de Europa, pero al mismo tiempo en las fronteras de Oriente… Volvamos a nuestro tren lejanamente emparentado con el Orient Express. Té, café de continuo y calefacción en todos los pisos… Un lujo sencillo, anticuado y al mismo tiempo delicioso. Los niños se apropian con rapidez de los espacios comunes y corretean por los pasillos de un vagón a otro, la vida sin filtro púdico ocupa aquí todo el espacio. Cada vez que el tren se detiene, aparecen ancianos dando golpecitos en las ventanillas. Traen sus cosechas y las ofrecen: arándanos, setas, pescado seco y, dependiendo de la estación, también helados de vainilla. En estas pausas, que nunca se sabe a ciencia cierta cuánto van a durar, uno asiste al delicioso espectáculo de los jóvenes rusos que bajan al andén —con un cigarrillo pendiendo descuidadamente de la comisura de los labios, en chanclas y calzoncillos— para catar por un instante la tierra firme. Y es que en estos viajes, en que la llegada suena siempre a lejana promesa, hay que ponerse cómodo. La estampa «calzoncillos y chanclas» constituye el uniforme típico de estas escalas; incluso en febrero, a –25 °C, salen con las piernas desnudas y se toman su tiempo saboreando en el andén su rígido cucurucho de vainilla. Ahí tenemos una buena mezcla entre la capacidad de adaptación del cuerpo a temperaturas extremas y la expresión sociológica de una virilidad desinhibida y asumida. Una delicia para los ojos y para el pensamiento.

Si bien es cierto que la lenta travesía no parece tener fin, también es grandiosa y salvaje. Aunque durante horas todo es taiga, pasamos cerca de una extensa zona industrial y atravesamos una infinidad de chimeneas de hormigón envejecido y de metal oxidado que se extiende de un extremo al otro del horizonte. Inmensas fábricas escupiéndole a las nubes sus vapores envenenados en todos los tonos del arco iris. También las aguas estancadas, en sus lechos ahuecados, presentan colores singulares, aunque tienden por lo común al verde fluorescente, contribuyendo de este modo a un cierto coqueteo con el universo de Mad Max. Náuseas. ¿Por qué no puede el tren ir más rápido? Por fin, nuestra caravana llega a Pechora. Lo que encontramos es

una ciudad situada en el círculo polar ártico, construida en 1940, poblaba por cuarenta mil almas y plantada abruptamente sobre el río del mismo nombre: a un lado su estación ferroviaria, al otro su puerto fluvial. En Pechora uno encuentra un campo soviético de rehabilitación por medio del trabajo —aunque sea polar—, que hasta 1959 acogió a decenas de miles de prisioneros. Fueron ellos quienes construyeron el campo con sus propias manos, en régimen de servidumbre. La ciudad está nevada casi doscientos días al año. Para hacerlo más fácil, cuenta un poco más de dos meses al año sin hielo. El entorno está tocado por la herrumbre, por no hablar de una cierta imaginería popular apocalíptica. Pero hasta aquí llega lo triste del lugar, pues la calidez de las gentes de Pechora —la calidez rusa, en general— no acierta a disimularse bajo esa máscara facial superficialmente rígida. La sincera bondad de esas gentes confiere al entorno sombrío un carácter casi envidiable. Tras una visita al museo local para analizar sus colecciones, pasamos por los hangares industriales de los comercios de caza y pesca y nos equipamos a la moda local. Parka para la lluvia, botas altas y sobre todo sombrero con malla anti-*mochka*. Las *mochka* son una especie de híbrido boreal entre el mosquito y la mosca. Una especie de pequeño mosquito que, en lugar de picarte, te muerde y te arranca la carne. El problema es que en verano te cubren el cuerpo, y son tan pequeñas que pueden pasar entre las mallas que cuelgan de nuestros sombreros. A pocas horas en vehículo de nuestro antiguo gulag, llegamos a Byzovaya, en un meandro del inmenso río boreal. Aquí, por el contrario, todo es natural. Todo es naturalmente grandioso. Incluso la presencia de la *mochka*…, que, en cuanto nos detenemos, nos obliga a quemar viejas raíces de abeto y abedul empapadas para ahumar el ambiente y así poder posicionarnos estáticamente en la taiga durante el tiempo de nuestra investigación. El campamento está en un claro cerca del yacimiento. El marco es deslumbrante; desde aquí dominamos el gran río, así como una masa forestal que se extiende ante nuestros ojos hasta llegar, en el horizonte, a los macizos montañosos de los Urales polares. De camino, nos cruzamos con un anciano que se dirige a probar suerte con la caña de pescar al hombro.

—ты француз? (‘¿Sois franceses?’).

—Sí.

Inmenso destello de una risa magníficamente desdentada:

—Даже Наполеон не дошёл так далеко! (‘¡Ni siquiera Napoleón llegó tan lejos!’).

Así que allí estábamos, generosamente proyectados a 1812 durante la retirada de Rusia, cuando según cuenta la leyenda los caballos que caían al

suelo ya no podían levantarse debido al frío y los hombres morían quemados por amontonarse demasiado cerca del fuego… Menos mal que a nosotros los únicos cuadrúpedos que nos interesaban eran los mamuts…

## ¿El refugio polar de los últimos neandertales?

El yacimiento de Byzovaya está situado a orillas del río, bajo metros de limos y arenas depositadas por el viento durante la última era glaciar. Gracias a la pendiente y a la erosión de las orillas del río, y con la ayuda de las trincheras que cavamos nosotros, no nos resulta difícil acceder al nivel arqueológico y llegar así a los restos de estas instalaciones humanas. Tan pronto como alcanzamos los niveles arqueológicos, encontramos unos hermosos restos de mamut junto a herramientas de piedra tallada. El yacimiento fosiliza una impresionante acumulación de osamentas de mamut. Los elementos aparecen conectados los unos con los otros y profundamente enterrados. El yacimiento no parece haber sido alterado en absoluto por el tiempo, es indudable que los restos están en posición primaria. El análisis de las osamentas muestra que los hombres estaban allí principalmente para explotar a los grandes paquidermos. Mis prospecciones a lo largo del río me permiten recoger guijarros de las principales rocas con las que trabajaron los prehistóricos. En Pechora, gracias a un artesano, yo había podido hacerme con madera de alce encontrada en la taiga circundante. Con esas pocas maderas y una selección de guijarros recogidos en el río, empiezo a dar forma a las mismas rocas que tallaron los prehistóricos para limpiar sus mamuts. Las rocas reaccionan muy bien, y puedo reproducir las principales categorías de herramientas paleolíticas que ya había analizado en Syktyvkar. Es evidente que los artesanos dominaban muy bien esos materiales, que constituyen la principal materia prima de sus artesanías. También resulta evidente que esos guijarros recogidos en el río se prestan a la realización de una amplia gama de herramientas muy diferentes entre sí, y que aquí nuestros misteriosos hombres Byzovaya tenían con qué fabricar objetos de morfologías muy diferentes si así lo deseaban. Al final de la misión, pasamos unos días trabajando en las colecciones del museo de Pechora. Como siempre, la bienvenida es cálida. La directora del museo me trae un té caliente y… una bolsa de plástico. Contiene una magnífica punta de sílex tallado y lustrado por las aguas. Una punta Levallois, que es una

tecnología característica de la artesanía neandertal. No procede de Byzovaya; un niño la recogió en la propia Pechora…

Antes de volver a tomar el tren para partir hacia zonas meridionales, la directora del museo me lleva al lugar del hallazgo. Un día de prospección me regala como único descubrimiento los paisajes en ruinas del viejo puerto soviético. Esa punta de piedra seguirá siendo un punto aislado en un mapa. Uno más de los enigmas boreales.

Unas semanas más tarde, de regreso en San Petersburgo, analicé un amplio corpus de piedras talladas contemporáneas de las de Byzovaya aunque procedentes de excavaciones localizadas en zonas más meridionales: desde territorios subárticos hasta la gran llanura rusa que se extiende entre el mar Caspio y el mar Negro. La ventaja de la arqueología soviética estriba en que, hoy en día, puedes beneficiarte de la acentuada centralización de sus colecciones arqueológicas. En consecuencia, allí sentado, con solo abrir uno tras otro los grandes cajones de madera —almacenados bajo los magníficos techos pintados de un antiguo palacio de los zares—, podía viajar a través de toda la Europa central y oriental, llegando hasta las fronteras de Irán. Con una sincera y envidiable generosidad, los colegas rusos me permitieron acceder a la totalidad de sus tesoros arqueológicos. Así que en ese ambiente acogedor, y rodeado del anticuado encanto de los muebles postsoviéticos, voy abriendo cajones… y analizando la artesanía de un gran número de objetos de piedra tallada; descubriendo, en esas colecciones arqueológicas de las regiones más meridionales de Europa oriental, una artesanía muy clásica del Paleolítico europeo. Y sin embargo estoy centrado en la artesanía de las sociedades contemporáneas de Byzovaya. Pero para comprender mejor las tradiciones de esas sociedades prehistóricas, también integro en mi estudio yacimientos claramente más antiguos, así como otros más recientes, sobrevolando de este modo, en un inmenso panorama temporal, la evolución de las distintas tradiciones de las poblaciones paleolíticas de la Europa oriental.

La conclusión es sorprendente, pero inapelable. La artesanía de Byzovaya no se relaciona de forma evidente con nada conocido en las regiones vecinas del sur —hasta llegar al mar Negro, al Cáucaso y al mar Caspio—, cuyas colecciones he analizado directamente. En el círculo polar europeo, nos encontramos con unas colecciones técnicamente homogéneas, arqueológicamente bien establecidas y datadas con exactitud hace 28.500 años. En cambio, la tecnología empleada sí que me resulta muy familiar. Sin lugar a la menor duda, es estrictamente musteriense. En Europa, el Musteriense se ha vinculado siempre y de forma exclusiva con el neandertal.

En tanto que los restos humanos son sumamente escasos, estos objetos musterienses son casi la única forma de reconocer la presencia neandertal en un yacimiento. Pero estamos en el círculo polar, a más de mil kilómetros al norte del yacimiento neandertal más septentrional. Y, con todo, lo que aquí da auténtico vértigo es el salto cronológico. Estos restos están datados nada menos que catorce mil años después de la supuesta desaparición del planeta del hombre neandertal.

¿Quién fue entonces el hombre de Byzovaya?

A partir de este interrogante fundamental, en el 2011 publicamos un estudio muy importante en la prestigiosa revista *Science*, un artículo titulado «Late Mousterian persistence near the Arctic circle» («Persistencia tardía del Musteriense cerca del círculo polar»), que abría un debate sobre este enigma extraordinario e irresoluto. Aunque ya podíamos llegar a tres conclusiones fundamentales: los artesanos de Byzovaya son estrictamente musterienses, su edad es sin duda de 28.500 años, y en Europa estas tradiciones artesanales están asociadas de forma exclusiva con el hombre de Neandertal.

Por supuesto, nos hubiera gustado encontrar huesos humanos para llegar más lejos.

Con un total en la Tierra de solo tres yacimientos para comprender la colonización de las altas latitudes polares, solo podíamos abrir puertas y construir hipótesis. Cualquier conclusión sigue siendo frágil. Nadie puede saber quiénes fueron realmente esas enigmáticas poblaciones. Pero imaginemos por un momento que los últimos portadores en Europa de la cultura musteriense hayan sido *Homo sapiens*… En lo tocante a sus implicaciones en nuestra comprensión de las lejanas civilizaciones boreales del Paleolítico, este descubrimiento sería tan significativo como inquietante.

En efecto, en África y hasta Oriente Próximo, *Homo sapiens* fue legatario de tradiciones técnicas muy cercanas a las que se le reconocen al neandertal, aunque eso es así para épocas mucho más antiguas. También sabemos que, cuando las poblaciones sapiens colonizaron las latitudes más altas de Europa y en general de Eurasia, eran portadoras de tradiciones sustancialmente distintas de las tradiciones neandertales. Estas nuevas tecnologías —extraordinariamente modernas— se basaban en la producción de herramientas de piedra estandarizadas. Sus armas se fundamentaban en el uso sistemático de la propulsión mecánica: arco y estólica. Por último, el arte y unos adornos muy ricos en hueso y marfil componen la base genérica de las tradiciones de las sociedades sapiens durante su colonización de Eurasia. En esas regiones meridionales del Levante mediterráneo, donde el sapiens es atestiguado hace

mucho más de cien mil años, estas nuevas formas de hacer son reconocibles desde muy antiguo, tal vez desde hace más de cincuenta mil años, y en estas latitudes sustituyen con rapidez las viejas tradiciones del Musteriense. Gracias a esta nueva artesanía, a estas nuevas formas de hacer, el sapiens conquistará deprisa la totalidad de los biotopos del supercontinente euroasiático. Esta colonización fulgurante ocupa a una velocidad asombrosa la totalidad de los territorios tradicionales de los aborígenes neandertales en una auténtica oleada de poblamiento. Y las innovaciones se difundirán de forma universal entre las sociedades sapiens de Eurasia más de veinte mil años antes de la ocupación polar de Byzovaya. Así, en el quincuagésimo milenio, el sapiens ya ha abandonado las antiguas tradiciones técnicas del Musteriense. Y estas tradiciones técnicas ya solo subsistirán entre las poblaciones neandertales continentales, hasta su extinción biológica unos miles de años más tarde.

También hemos visto que el yacimiento de Yana RHS —en latitudes polares siberianas— era contemporáneo del de Byzovaya, y que las investigaciones arqueológicas habían sacado a la luz dos dientes de niño sapiens, cuyo ADN revelaba intercambios genéticos con poblaciones neandertales. Pero Yana está a dos mil kilómetros en línea recta de Byzovaya, y en Yana se halló un abundante mobiliario arqueológico propio de las tradiciones modernas en su explotación casi industrial de los marfiles de mamuts, o en su búsqueda de miles de adornos o agujas hechas en hueso.

Otro descubrimiento, aunque por desgracia mucho más meridional, nos informa de las más antiguas poblaciones que ocuparon el territorio siberiano, estableciendo la que es hasta la fecha la primera población siberiana reconocida. En este caso, se trata de un descubrimiento aislado. Un hueso. Concretamente un fragmento de fémur. Fue descubierto en 2008 por Nikolái Peristov, un artista ruso que creaba joyas, collares y esculturas modernas a partir de marfil de mamut. Nikolái localizó el hueso en las orillas del río Irtysh —en el oeste de Siberia— y lo llevó al puesto de la policía local, donde fue identificado como humano. Su pátina negra, su peso y mineralización no dejaban lugar a la duda sobre su antigüedad. La policía no se enfrentaba a los restos de ningún homicidio contemporáneo, y como su textura era parecida a la de los huesos paleolíticos recogidos por Nikolái, no tardaría en pronunciarse sobre su gran antigüedad. Dataciones, análisis genético y… ¡sorpresa! El hueso de esa pierna humana tiene… 45.000 años. Además, como ha pasado gran parte de su existencia en el suelo congelado siberiano, su ADN se conserva a la perfección. El ADN del hueso de Ust’Ishim es el más antiguo que jamás se haya encontrado de *Homo sapiens*. Estamos en

Siberia occidental, al este de los macizos montañosos de los Urales; geográficamente, en los inmensos territorios que hay entre la India y la península de Taimyr, de donde provenía aquel cadáver de mamut sacrificado y luego descuartizado con armas de piedra. Pero al hombre de Ust'Ishim le faltan tres mil años para igualar la antigüedad de nuestros cazadores Taimyr. Y sobre todo le faltan 1.500 kilómetros —en línea recta hacia el norte— para llegar a esos espacios polares. Desfase en el tiempo y desfase en el espacio: siguen sin salir las cuentas. Pero su información genética nos da unas pistas cuanto menos interesantes. La población de Ust'-Ishim es del todo distinta a la de los «antiguos siberianos del Norte» —situados lejos, al este, en Yana—, pero al igual que esta, atestigua una rama humana extinta, sin descendencia directa en las poblaciones actuales. Más interesante aún: como en Yana, Ust'-Ishim no muestra ningún contacto genético con las poblaciones denisovianas, situadas en las montañas del Altai. Y, también como en Yana, esta población sapiens sin descendencia tiene a los neandertales entre sus antepasados. Los análisis genéticos permiten calcular la edad de este encuentro entre el neandertal y sapiens, que habría tenido lugar ochenta y cuatro generaciones —es decir, entre 1.500 y 2.000 años— antes del nacimiento del hombre de Ust'Ishim. Así pues, el encuentro habría tenido lugar hace entre 46.000 y 47.000 años. Por tanto, su bagaje neandertal es cercano en el tiempo, y podría corresponder a las primeras fases de las poblaciones polares, que solo conocemos por los restos de un mamut y de un lobo. El neandertal deja una huella en el tiempo en nuestras dos poblaciones fósiles sapiens —los antiguos siberianos del Norte, y aún más en los Ust'-Ishim—, mientras que el hombre de Denisova, el primo asiático del neandertal, no está presente en la reunión familiar… Estos indicios parecen compatibles con un punto de encuentro con los neandertales bastante más al oeste, y quizá también mucho más al norte, dado que debería hallarse fuera de las regiones mucho más meridionales ocupadas por los denisovanos.

Pero las primeras poblaciones boreales, de las que tenemos rastros de hace más de cuarenta y ocho mil años y a seiscientos kilómetros al norte del círculo polar ártico, siguen siendo absolutamente enigmáticas. El análisis de los restos de sus cazas es indiscutible. El hombre está ahí. Sabemos que esas regiones ultraboreales están ocupadas por poblaciones humanas muy alejadas en el tiempo, en una época en que, según el conocimiento de que disponemos, las latitudes medias de Eurasia solo están ocupadas por poblaciones extintas —neandertal y denisovana— incluso antes del encuentro entre el neandertal y el sapiens, tal como atestiguan los genes humanos de Ust'-Ishim. La presencia

humana en esas altas latitudes sigue siendo inaccesible. Sabemos que ahí hay una humanidad, que caza mamuts y lobos, pero nunca hemos encontrado ni uno solo de sus objetos artesanales, y no sabemos nada de sus tradiciones, de su organización ni del momento en que llegaron mucho más allá del círculo polar ártico, a los márgenes del mundo conocido. Y esos enigmas boreales, aún del todo inaccesibles, apelan a nosotros.

Entonces ¿era el neandertal una criatura polar? Nadie lo sabe, pero esta investigación nos lleva al límite de nuestros conocimientos sobre esas poblaciones, y este tipo de exploraciones polares invitan a la duda. La duda que acompaña al investigador en todo momento, a cada paso, cuando se enfrenta a esta humanidad extinta y trata de entenderla.

## De los pueblos del mamut a los pueblos de la ballena

Podemos preguntarnos qué fue de esas sorprendentes civilizaciones boreales.

Las latitudes más altas podrían haber sido abandonadas durante los grandes fríos que afectaron al planeta unos miles de años después de las instalaciones polares de Yana y de Byzovaya, un episodio glacial que duró entre siete y ocho mil años. Pero no tenemos la menor seguridad. Faltan datos, y de momento perdemos de vista a las antiguas poblaciones del Gran Norte. El calentamiento global que comienza hace 11.700 años, en las zonas boreales llega acompañado de importantes cambios medioambientales, y esas zonas que en otros tiempos fueron ricas en caza, con la desaparición no solo del mamut sino también de los caballos y los búfalos en las regiones más septentrionales, se verán radicalmente empobrecidas. Convertidas ahora en zonas pantanosas, esas extensiones polares parecen inadecuadas para el desarrollo de grandes rebaños de herbívoros. La respuesta de la población a ese nuevo entorno ártico es bastante impresionante. Unos miles de años después de este calentamiento, encontramos cierta visibilidad arqueológica, con el descubrimiento de los campamentos hiperboreales de la isla Zhójov: un pequeño islote de setenta y siete kilómetros cuadrados, el equivalente exacto de la isla de Guernsey, una isla minúscula en el océano Glacial Ártico, localizada mil kilómetros al norte del círculo polar.

En campamentos de más de nueve mil años se han documentado sorprendentes cacerías. Estos grupos de Zhójov organizaron su economía alimentaria alrededor de la explotación sistemática de los osos polares, que en

ese momento, y en esas latitudes boreales tan altas, representan los mamíferos terrestres de mayor tamaño que hay disponibles. Los osos polares son unos depredadores temibles, pero no hay duda de que en Zhójov fueron explotados por su carne, cazados con lanzas y jabalinas que les clavaban o bien en la nuca o bien en la base del cráneo. Eran pues cacerías peligrosas. Además, el oso polar por sí solo no podía compensar los enormes recursos que había disponibles antes, durante la era glacial, en las enormes estepas de mamuts. Los datos arqueológicos más recientes permiten documentar cómo, de una forma bastante natural, las poblaciones irán dejando de lado al oso blanco, para empezar a cazar a las presas del oso blanco: los recursos marinos. Cierto que estos recursos pueden parecer menos peligrosos, pero a su vez requieren de una absoluta reorganización de las sociedades polares, de su armamento, su artesanía y sus costumbres milenarias. Así pues, la explotación de los recursos marinos —peces y mamíferos— establece una línea intangible que lleva de los pueblos del mamut a los pueblos de la ballena. Los pueblos de la ballena son algunas de las poblaciones inuit, poblaciones costeras que todavía hoy en día se organizan alrededor de esos recursos del Gran Norte canadiense y Groenlandia.

Pero en esta intangible línea boreal hay pocos yacimientos antiguos, y los milenios no hacen fácil conectar los puntos que nos habrían permitido dibujar la inquietante, la fascinante historia de los primeros pueblos del muy lejano Gran Norte.

# 3 ¿CANÍBALES EN EL BOSQUE?

El neandertal representa un enigma de forma casi sistemática, desde su naturaleza real hasta su elusiva realidad polar. En otros lugares, en otros tiempos, hace más de cien mil años y en nuestras latitudes, la naturaleza y el significado de sus acciones no resultan mucho más comprensibles. Como si el enigma y el interrogante constituyesen las líneas maestras de esa humanidad extinta. Así pues, hace más de cien mil años, en los ricos bosques primarios —tan lejos de las estepas polares que acabamos de atravesar—, el descubrimiento de huesos humanos deliberadamente fracturados, despedazados y cortados permite pensar en la existencia de poblaciones antropófagas entre esos pueblos del bosque: caníbales. ¿Caníbales? ¿De verdad?

## COMED TODOS DE ÉL…

«La antropofagia parece ser una de esas costumbres que cuesta menos adoptar que abandonar».

Esta frase no es una cita de Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos*; la firmó en 1968 el etnólogo Hélène Clastres, aludiendo a las prácticas de antropofagia, tan extendidas en las sociedades de América del Sur.

En una primera lectura, el comentario puede parecer sorprendente…

La antropofagia es el acto de comer un cuerpo humano. Todo o en parte. De convertir su carne en alimento. Más en concreto, es el acto de consumir los restos de un individuo, pues lo que se ingiere no es necesariamente la carne humana, pueden ser otras sustancias, por ejemplo el cabello o los huesos. Por otra parte, los pueblos de las selvas tropicales a los que aludía Clastres lo que suelen ingerir son las osamentas. Carne o hueso suelen remitir a prácticas rituales que pueden ser muy distintas. El canibalismo repugna,

fascina, cuestiona. Sin embargo, esta sorprendente ingesta está universalmente extendida, y emerge a través de los tiempos en miles de formas, a menudo donde menos se la espera. ¡Puede que incluso tú practiques el canibalismo sin saberlo! Espera un par de líneas antes de ofenderte, entonces lo entenderás… Lejos de señalar tradiciones lejanas del mundo occidental, la ingesta de materia humana está profundamente arraigada en nuestra historia. En Europa, esas prácticas pueden seguirse a través de las edades, desde el Paleolítico hasta la Edad del Hierro, sin solución de continuidad. Los datos de la arqueología no dejan lugar a la duda: el canibalismo ha marcado el ritmo de la vida cotidiana de muchísimas sociedades, incluso de nuestros antepasados los galos. En el siglo I de nuestra era, Plinio el Viejo describe esas prácticas y el sentido ritual que le otorgan ciertas poblaciones celtas. El texto del naturalista romano no parece representar un juicio, una acusación con fines políticos que relegara a los antiguos celtas del lado de la barbarie más abyecta. Hoy en día, la arqueología permite ilustrar, de manera poco discutible, la muy amplia difusión de estas prácticas en las sociedades indígenas de la Edad del Hierro. La imagen de Astérix se resentiría, pero en el banquete final de los héroes de Goscinny sería una bonita escena… Ese fondo común caníbal también atraviesa todo el imaginario de nuestra Edad Media, y las acusaciones de canibalismo siguen presentes en los textos y las fantasías de nuestras sociedades. Los grimorios de magia que atraviesan nuestra historia, desde la Edad Media hasta los tiempos modernos, y que conocieron su mayor difusión durante el siglo XIX, incluyen numerosas recetas que requieren del consumo de carne, o acaso de sangre humana. En el siglo XVII, el *Petit Albert* —uno de los grimorios de magia más difundidos— propone lo siguiente: «Sáquese sangre un viernes de primavera, póngala a secar en un tarrito con los dos cojones de una liebre y el hígado de una paloma, reduzca el resultado a polvo fino, y suminístrelo a la persona escogida; más o menos la cantidad de medio gramo. Si no surte efecto la primera vez, repítalo hasta tres veces, y será usted amado». Tomen nota los amantes desesperados…

Estas prácticas fueron violentamente combatidas por la Iglesia y por su brazo armado, la Inquisición. Y eso que, en lo tocante a ciertas prácticas caníbales ritualizadas, el catolicismo no se queda atrás, pues están en el corazón mismo de sus prácticas rituales. «“Tomad y comed todos de él, pues este es mi cuerpo”. Dicho esto, tomó el cáliz, y dando gracias lo pasó a sus discípulos diciendo: “Tomad y bebed todos de él, pues esta es mi sangre”». Tales palabras dejan poco margen a la interpretación, y de hecho, en 1551, el

Concilio de Trento asentará la realidad material de semejante transubstanciación. La hostia y el vino no son el cuerpo y la sangre de Cristo en un plano simbólico, sino que acogen la «presencia real» de ese cuerpo y de esa sangre, que habrá de ser consumido.

Como en el grimorio *Petit Albert*, a través de unos ritos bien definidos se aprecia una línea sutil —inconsciente si se quiere, pero sumamente nítida— que conecta amor e ingestión del ser amado. Es un poco como cuando le decimos a alguien que está para comérselo…

El tema de estudio es en efecto de una gran densidad, y presenta giros inesperados. El canibalismo está en todas partes y parece escapar sistemáticamente a las definiciones demasiado rígidas. En última instancia, el canibalismo no es solo cosa de prepararse un filete de abuelita con salsa de tomate, sino que nos habla de la estructura de nuestras emociones, de nuestra relación con el amor y de la aceptación de la muerte; a condición, eso sí, de una forma de supervivencia en el interior de uno mismo. Los comedores de hombres toman cientos de formas, y nos enfrentan a unas prácticas que son a un tiempo las más comunes y las más rechazadas por nuestras sociedades. Hoy en día, tal como se aprecia por ejemplo en la cultura pop, es evidente de forma instintiva que los caníbales siguen siendo esos bárbaros a lo lejos, crudamente deshumanizados. El listísimo Hannibal Lecter, el licántropo hombre-lobo, el vampiro que se regenera gracias a la ingestión de sangre humana…, todos son caníbales, todos son inhumanos y, sin embargo, también superhumanos. El canibalismo nos muestra el camino —inconsciente, rechazado— de algo que nos trascendería, que estaría más allá de nosotros… «Jesús les dijo: “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”» (Juan 6, 53-58).

Desde mediados del siglo XIX, tanto etnólogos como prehistoriadores empiezan a percibir que a través de estas prácticas se perfila una inesperada profundidad cultural.

En el corazón del siglo XIX surge la idea de que esas prácticas entrañarían demasiada complejidad como para haber sido ejercidas por el hombre de Neandertal, llamado entonces «el hombre del Musteriense»: «La opinión de que esta costumbre bárbara supondría un cierto grado de civilización, ideas metafísicas sobre la distinción entre alma y cuerpo. El salvaje se come a su enemigo para asimilar sus cualidades y su valor, así como para duplicar su propia energía; por eso, convencido de que ha absorbido la personalidad completa de un hombre valiente, a menudo abandona su propio nombre para tomar el de su víctima. Semejante conjunto de concepciones no se adecua a lo

que sabemos de las costumbres y del nivel intelectual del hombre del Musteriense. Si la teoría del señor Carl Vogt fuera cierta, esas tribus solo habrían sido caníbales de forma ocasional, y por extraña que pueda parecer la afirmación, no habrían sido lo bastante civilizadas para ser auténticas antropófagas». ¡No lo bastante civilizadas para ser antropófagas! Estas palabras fueron pronunciadas en 1873 por el barón de Lubac, fruto de sus investigaciones arqueológicas en la cueva de Nerón —en Ardèche—, donde descubrió huesos humanos quemados en lo que fueron hogares, mezclados con los huesos de presas cazadas por los neandertales.

## TRECE RESTOS HUMANOS CONSUMIDOS HASTA LA MÉDULA... APARECEN BAJO UNOS POCOS CENTÍMETROS DE TIERRA

Las extraordinarias colecciones arqueológicas de la cueva de Nerón se vieron dispersadas, y ningún estudio permitió documentar la cuestión del tratamiento de los cuerpos de esos neandertales en la cueva. Ciento veintiséis años más tarde, en 1999, una pequeña cueva situada unos veinte metros más abajo de la cueva de Nerón hizo posible demostrar la realidad de la práctica del canibalismo en algunas sociedades neandertales. Pero ¿de qué canibalismo estamos hablando? Yo fui uno de los autores de ese estudio, que se publicó en la revista *Science*. La primera vez que estuve en esa fascinante cueva fue a los veinte años. Allí iba a pasar los años de formación en arqueología prehistórica más bonitos de mi vida, excavando dos meses al año durante seis años seguidos. Una vez finalizado el proyecto, me había pasado en aquella roca un año entero, día tras día. Trabajábamos en equipos pequeños. Allí tuve mi primer contacto real con los neandertales. La cueva se presentaba como una especie de pozo natural excavado en la roca. Bajábamos por unas escaleras de madera y, al llegar abajo, atrapados en un pequeño circo de piedra de unos veinte metros cuadrados, poníamos el pie sobre unos niveles arqueológicos de ciento veinte mil años. Época interesante, poco conocida, durante la cual el clima mundial basculó de forma brutal de una era glaciar a una era templada. Muy templada. Mucho más cálida que la actual. Las enormes estepas herbáceas, propias de los climas boreales, fueron rápidamente reemplazadas por densísimas extensiones forestales, pasando de unos paisajes abiertos parecidos a los inmensos paisajes de la actual Mongolia a unos bosques muy ricos y densos, unos inmensos bosques primarios que no tenían fin. Bosques

en los que jamás se taló un árbol ni se trazó un camino. El promedio de las temperaturas de los océanos era 2 °C superior a las temperaturas actuales, y se registran grandes transgresiones marinas. El derretimiento de los inmensos glaciares continentales genera una subida del nivel de los océanos de varias decenas de metros, llegando a estar entre seis y nueve metros por encima de los niveles actuales. Los paisajes se modifican con mucha rapidez. No solo las plantas, sino todo el biotopo establece un equilibrio radicalmente distinto. La gran fauna de caballos, mamuts, renos y bisontes que hasta ese momento había dominado el mundo animal es reemplazada aprisa por especies forestales, en especial cérvidos, corzos, ciervos y el sorprendente megalocero, un ciervo gigante cuyos cuernos podían alcanzar una envergadura de 3,5 metros. Tan largos como un coche… Estas áreas forestales albergan también un espectro muy amplio de carnívoros: hienas, leones, panteras, lobos… En respuesta a este brutal cambio climático, los registros arqueológicos continentales revelan una explosión positiva de la biodiversidad. Las pequeñas especies —roedores, quirópteros, batracios, serpientes— son de una enorme diversidad, entre cuatro y cinco veces superior a la establecida para la fase glaciar anterior.

En la cueva, los días están pautados por operaciones bastante aburridas de excavación mediante el uso de pequeñas herramientas de bambú, para no estropear los objetos arqueológicos en el momento de extraerlos del suelo. Los sedimentos se tamizan con agua con unas mallas muy finas, y después se clasifican en seco con el fin de recuperar los famosos microhuesos de las especies más pequeñas, fundamentales para la reconstitución del entorno y el clima del pasado. Si el objetivo de la investigación es fascinante, el día a día resulta tedioso y a menudo poco glorioso. No encontramos casi ningún sílex y solo unos pocos restos óseos. Cavados con pico por domingueros demasiado pendientes de obtener resultados inmediatos, los niveles arqueológicos han sido presa de investigaciones poco profesionales. Como en esta cueva se había encontrado un mobiliario arqueológico muy poco abundante, su importancia no se reconoció a tiempo. En la década de 1970, los servicios de arqueología consideran que ese pequeño agujero en la roca no conserva más que vestigios desplazados, que probablemente habrían caído allí desde la inmensa cueva que hay más arriba, la cueva de Nerón, una auténtica catedral del Paleolítico, clasificada como monumento histórico desde 1965. Es probable que los servicios administrativos de la arqueología consideraran entonces que permitirle a un aficionado que trabajase en esa pequeña cueva era una forma de canalizar su energía y obtener de paso algún tipo de

información de una de las innumerables cuevas que esconden esas colinas de Ardèche. La estrategia de los servicios de la arqueología parece razonable. Hoy podríamos decirlo con estas palabras: dejémosle hacer y obtendremos a bajo costo alguna que otra información de valor secundario y… ¿quién sabe?

En efecto, la estrategia podría haber valido la pena. En cuanto a Pierre, el aficionado de Ardèche en cuestión, teniendo en cuenta sus conocimientos y su apasionada energía, hizo cuanto estuvo en su mano. Descendió a las profundidades de los archivos sedimentarios de la cueva hasta que le faltó la energía. Cavar con poesía y descender a las entrañas de la tierra era su afición a ratos perdidos. En comparación con el volumen excavado, los restos arqueológicos no son muy numerosos. Pero Pierre almacena las colecciones con amor, recortando el perfil de las piezas en poliestireno blanco para colocar aquí un sílex, ahí un hueso de caballo, y allí una mandíbula de lobo. Cavar, etiquetar, soñar, viajar en el tiempo. Luego resulta que llegan los años ochenta… y el tiempo de los aficionados a la arqueología toca a su fin. La profesionalización de la disciplina se impone con rapidez. Al fin, los servicios de arqueología se deciden a visitar el yacimiento, y solo entonces toman conciencia del inmenso trabajo que Pierre ha llevado a cabo. Ha hecho un montón de kilómetros, el bueno de Pierre, pedaleando hasta la cueva todos los fines de semana con su vieja bicicleta verde Peugeot y su cesta con el bocadillo. Tras la amigable sonrisa de Pierre, los servicios de arqueología descubren un agujero de seis metros de profundidad… Al descender por esa vasta excavación, puede apreciarse una rica sucesión de sedimentos que es también un descenso en el tiempo. Ese espesor de seis metros registra numerosas fases de relleno, claramente distinguibles por el color o la textura de los sedimentos apilados: como en un milhojas gigante. Un milhojas de seis metros de espesor… Analizando los cortes dejados en los bordes de esa inmensa excavación, los servicios administrativos no tardan en advertir que los sílex y los huesos de la cueva no pueden proceder de la gran cueva de Nerón, unas decenas de metros más arriba. Durante años, Pierre ha despejado un yacimiento original que registra sucesivos emplazamientos de cazadores neandertales. Antes de la llegada de Pierre, los sílex y los huesos se habían fosilizado en la cueva y habían permanecido sellados en su lugar desde que los neandertales abandonaron la cueva. Pero ¿cuándo? ¿Hace cuarenta y cinco mil años? ¿Acaso doscientos mil? Las colecciones recogidas por Pierre no permiten conocer el origen exacto de los objetos, y su posición en los diferentes niveles de ese agujero resulta, cuanto menos, dudosa. Los huesos procedentes de la fauna templada están mezclados con los de los animales

adaptados a los climas polares. Entre ese hueso y ese sílex, perfectamente colocados en su estuche de espuma blanca, hay diez centímetros, pero a lo mejor están separados por cien mil años… Ya no hay forma de reconstruir la historia real. La excavación se ha detenido, pero el daño ya está hecho. No es fácil reordenar cien mil años de historia mezclada… Durante diez años, el yacimiento permanecerá tal cual. Operaciones congeladas. Imposibilidad de estudio riguroso de sus colecciones mezcladas. Es como tratar de entender el reinado de Carlomagno analizando una colección de espadas celtas, tejas romanas y estatuas renacentistas. Una civilización muy original, y no falta de interés, por cierto… A principios de los noventa, un joven doctor en prehistoria, Alban Defleur, prueba suerte tratando de encontrar niveles arqueológicos en la cueva de Nerón, a unos pocos pasos de la cueva explorada por Pierre. Pero ciento veinte años de excavaciones han perturbado esa catedral natural del neandertal. Desde las vastas operaciones arqueológicas del barón de Lubac y del conde Lepic en 1870, no menos de cinco generaciones de domingueros de la arqueología han ido pasando por la inmensa cueva. Los intentos de encontrar en la cueva de Nerón niveles arqueológicos aún conservados darán escasos resultados a cambio de un gran esfuerzo. Hay que mover, quitar, apartar el caos de bloques que, a su vez, habían sido apartados y movidos decenas de veces por los amantes de la prehistoria a lo largo de ciento veinte años. Todos los niños de la zona —así como otros niños mayores— habían pasado por la cueva de Nerón a la caza de sílex y mandíbulas de león. Hay que admitir que son unos sílex bonitos, y que aquellos inmensos volúmenes son una invitación a viajar en el tiempo. Como ya estaba allí, el joven doctor aprovechó para llevar a cabo un pequeño sondeo en la cueva de abajo, la cueva de Moula-Guercy, en la base de las excavaciones abandonadas por Pierre, allá al fondo del agujero de seis metros de profundidad. Un pequeño metro cuadrado, por cierto. Y allí: sorpresa. Tras excavar apenas unas decenas de centímetros, aparecen rápidamente trece huesos, incluidos tres dientes y siete fragmentos de cráneo. Trece restos humanos neandertales. Uno de los hallazgos antropológicos en territorio francés más bonitos desde hace once años… Las operaciones se detuvieron, pero el pequeño sondeo continuó al año siguiente. Fue entonces, en 1993, en mis años de juventud, cuando por casualidad terminé formando parte de ese equipo, que acabó sacando a la luz las colecciones neandertales más importantes descubiertas en Francia desde hacía mucho tiempo. Hablamos del neandertal, de bosques enormes y… de caníbales. ¿Caníbales en el bosque? En efecto, el equipo acaba de publicar un artículo en la revista *Nature*:

«Cannibals among Neanderthals?». Apenas media página que da cuenta de esos pocos huesos humanos. Son muy fragmentarios y están fracturados en trocitos pequeños de unos pocos centímetros. Su análisis muestra que la fracturación de los huesos no es natural, sino que sin duda tuvo lugar cuando los huesos estaban aún frescos, en el momento de la muerte de esos neandertales. El análisis de la superficie ósea también muestra las huellas características que dejaba el filo de sílex: las marcas que suelen aparecer al raspar el hueso con la herramienta para arrancarle la carne. Los restos humanos aparecen mezclados con huesos animales —de ciervos y de íbices, llevados allí por los cazadores neandertales—, y estos presentan exactamente las mismas fracturas y las mismas marcas, propias de la actividad carnicera de los cazadores. Al equipo le quedó claro que en aquella cueva habían tenido lugar unos acontecimientos muy particulares. El conjunto de restos animales hallados allí —y que están asociados a esos restos humanos— indican un clima templado, por lo que los acontecimientos en cuestión tuvieron que acontecer hace más de cien mil años. Los cuerpos habrían sido cortados y fracturados en un periodo bastante lejano en el tiempo, anterior a la última glaciación. Pero ¿por qué cortarlos y romperlos? Tras ese primer estudio de 1993, el equipo ya contempla la posibilidad de que se trate de canibalismo, y descarta que los huesos pudieran haber sido objeto de prácticas rituales o mortuorias. ¿Por qué se propuso esa hipótesis? Según los autores del estudio, las prácticas caníbales rituales etnográficas muestran un gran respeto por los huesos, nunca los fracturan. Sobre esta base, las primeras informaciones apuntan a un canibalismo de subsistencia. Según los autores, las huellas visibles en los huesos parecen indicar que la carne humana fue consumida con un fin estrictamente alimenticio. Los neandertales habrían sido procesados, cortados y consumidos hasta la médula para alimentarse de todas sus partes ricas en proteínas, tanto la carne como la médula.

## UN CANIBALISMO SIN APETITO

En realidad, las prácticas de canibalismo —documentadas en muchas sociedades— son increíblemente diversas, y la etnografía nunca ha documentado ninguna norma universal acerca de la preservación de los huesos. Existen miles de ejemplos de fracturación del hueso relacionadas con rituales que no tienen la menor relación con el simple interés por la proteína de los muertos. Para los guayupe, por ejemplo —indios arahuacos de

Colombia y Venezuela—, el consumo de los huesos pulverizados venía dictado por los dioses. En ese caso hay fracturación y consumo de los huesos por razones estrictamente rituales, desligadas de cualquier tipo de fin alimenticio. Tales prácticas ritualizadas en relación con la muerte permiten la delicada dialéctica del luto, que oscila entre la voluntad del olvido y la voluntad contraria de preservar su memoria. Unas prácticas rituales que se aplican al tratamiento de los cuerpos de los familiares y se inscriben en lo que los etnólogos han reagrupado bajo la denominación de «endocanibalismo». En sentido opuesto, existe un amplio corpus de prácticas denominadas «exocaníbales», en las que la parte del cuerpo que se ingiere no es de los seres queridos sino de los enemigos. Ya sea comiéndose a miembros del propio clan o del clan enemigo, se trata siempre de un canibalismo muy ritualizado, que incluye formidables escenografías —teatralizadas por las comunidades humanas— en las que entra en juego la persistencia de los vivos, así como su confrontación con la peligrosa influencia de los muertos. La inmensa lucha con los muertos por la supervivencia del grupo asume miles de formas y se cuela en la vida cotidiana de las sociedades humanas. Clastres reveló que, en estas sociedades de América del Sur, el canibalismo parecía dividirse en dos familias bien distintas: cuando se absorbe el interior de los huesos, el muerto es un pariente cercano de la familia; cuando se comen sus carnes, se trata de un enemigo.

La distinción entre endo y exocanibalismo puede acabar siendo bastante teórica. En la totalidad de esos grupos de América del Sur se teme al muerto. Se desconfía de él. Se sabe que ya no es un miembro de la sociedad. Está a punto de integrarse en el enemigo. A veces, en esos procesos de ingestión, lo que se está poniendo en juego es la expresión de un progresivo rechazo de cara al difunto, pues al haber dejado de pertenecer al grupo no se lo consideraría un ser querido sino una entidad de la que cuidarse. En ese punto, las prácticas se mezclan, y las fronteras entre prácticas endocaníbales y exocaníbales se hacen borrosas. ¿Quién debe comer esa carne: la familia más cercana o los miembros de la tribu más alejados del difunto? ¿Debe ingerirse la carne o los huesos? Al final del ritual, ¿hay que romper el cráneo golpeándolo con los arcos, tal como se hace con los guerreros enemigos? El muerto, el allegado, el padre, ya no es un miembro del círculo étnico o familiar sino una entidad peligrosa, y a veces debe ser tratado como un enemigo; lo mismo que los prisioneros, de quienes no se consumen los huesos sino las carnes. En el ámbito teórico, el endo y el exocanibalismo están reconocidos en muchas sociedades del mundo y pueden diferenciarse con

claridad. Pero en el práctico, esta distinción a veces resulta confusa. Las prácticas —siempre rituales— vinculadas con el cuerpo y más generalmente con los restos del cuerpo, con sus vestigios, pueden confundirse, mezclarse, sucederse…

Desde 1993, estos vestigios neandertales fueron entendidos como indicios de canibalismo en unas poblaciones que practicarían la antropofagia con fines puramente alimenticios, y no rituales. La hipótesis se basaba tan solo en el hecho de que los huesos habían sido fracturados voluntariamente. Esta interpretación errónea de la realidad etnográfica equivalía a limitar la complejidad del fenómeno a un reducido conjunto de hechos socioculturales que, a través de miles de formas distintas, son propios de una gran parte de las sociedades del mundo y están atestiguados casi con tanta antigüedad como se remontan nuestros archivos arqueológicos.

## SEIS AÑOS DE EXCAVACIÓN PARA LLEGAR A LOS CUERPOS CANIBALIZADOS

De momento, en 1993, y en el terreno de esta pequeña cueva, debíamos ampliar la superficie accesible en el fondo de ese agujero de seis metros de profundidad. Se estableció que las excavaciones fuesen escalonadas, para ir descendiendo progresivamente hacia los niveles más profundos de la cueva. El agujero era entonces una especie de pirámide, escalonada pero invertida —con la punta hacia abajo—, de forma que en las partes más profundas del agujero solo era accesible una superficie muy pequeña. Para tratar de entender la significación de las fracturas y de los cortes en los cuerpos neandertales anteriores a cien mil años, necesitábamos ampliar las superficies de excavación y así poder excavar una superficie más amplia de los niveles antiguos. Había que retomar las operaciones arqueológicas desde la zona más alta de la cueva —seis metros por encima—, para alinear gradualmente los bordes de las antiguas excavaciones de piedra y de esta manera llegar al antiguo suelo de nuestros caníbales. La operación duró seis años, excavando dos meses al año, y solo podían participar equipos pequeños de unas pocas personas que trabajaban en los bordes de la cueva, suspendidos sobre unos viejos maderos. Doce largos meses de trabajo a pie de cueva permitieron despejar el nivel profundo en una nada desdeñable superficie de unos veinte metros cuadrados. Esa superficie nos permitiría abrir una ventana al pasado e intentar comprender la significación de esos restos humanos. Bien equipados,

podríamos haber llegado a esa profundidad en cuestión de horas, pero los doce meses de trabajo representaban un tiempo necesario e irreductible. Había que despejar, registrar y extraer capa por capa toda la información arqueológica, geológica y paleontológica de la cueva. Así que tuvimos que empezar desde cero: desde el suelo más reciente, en la parte superior de la cueva, que a lo largo de miles de años se había ido llenando poco a poco. Ese trabajo tedioso nos permitiría comprender la serie completa —tanto humana como climática— que a lo largo del tiempo se había fosilizado. Después de estos doce largos meses de trabajo, podríamos dedicarnos a trabajar en el suelo «XV», sobre el que habían vivido nuestros famosos caníbales. En ese punto, se unieron al equipo los investigadores estadounidenses de la Universidad de California, en Berkeley, poniendo a disposición del proyecto a unos excelentes antropólogos encargados de reconocer los más diminutos restos humanos que había mezclados entre los huesos animales. Después de esos doce meses de confinamiento cavernario, acabé desarrollando una relación bastante íntima con cada centímetro de la cueva. Nuestra perseverancia iba a obtener su recompensa. Tras haber pasado varios años de enorme carestía arqueológica, colgando de maderos y excavando para alinear los bordes del agujero de Pierre, por fin habíamos conseguido despejar una buena superficie de trabajo en el fondo del agujero. Ahora teníamos los pies a unos pocos centímetros del suelo que habían pisado aquellos distantes caníbales. Pasábamos de esta forma de una excavación arqueológica vertical —a lo largo de las paredes del agujero de Pierre— a otra horizontal, que nos permitiría desarrollar una lectura precisa de los acontecimientos. Al pasar de lo vertical a lo horizontal, de alguna forma estábamos pasando de la geología a la etnografía. Ahora el objetivo de la operación era despejar lentamente los sedimentos e ir haciendo aparecer los restos abandonados en el suelo, hacía más de cien mil años, por los cazadores neandertales. Las operaciones arqueológicas revelaron restos bastante dispersos pero a menudo bien conservados. Desplazados, fracturados y cortados, los restos de fauna aparecían alrededor de un gran cúmulo cenizoso, indicio de un fuego mantenido por los neandertales. Por fin aparecieron los primeros restos humanos. Al principio de forma progresiva, luego casi rutinaria: *one day, one remain* (‘un día, un vestigio’), como dirían los equipos californianos. En efecto, la colección de restos neandertales pasó rápidamente de los trece que se consignaron en 1993, a setenta y ocho. Huesos de todas las partes del cuerpo, desde el cráneo hasta los dedos de los pies, esparcidos sin orden por toda la superficie excavada, mezclados con los restos de las fieras consumidas

y, en ocasiones, alrededor del hogar, pero sin que ninguno de ellos presentase marcas de fuego. Un corpus de setenta y ocho restos que publicamos en 1999, presentando así las primeras características del tratamiento de esos cuerpos por parte de los neandertales. El análisis permite demostrar que esos setenta y ocho pequeños fragmentos óseos proceden de seis individuos muy distintos, entre los cuales cabe identificar al menos a dos niños, dos adolescentes y dos adultos. Una evaluación que sigue siendo mínima, basada únicamente en el emparejamiento de huesos. Seis individuos procedentes de un único suelo arqueológico, y de una superficie de excavación total no demasiado amplia, no es poca cosa. Y además, con todos los grupos de edad representados de forma homogénea. Sin embargo, las investigaciones revelan pocos sílex. Descubrimos más restos humanos que herramientas de piedra. La excavación arqueológica iba a finalizar con ese balance. En la cueva habían tenido lugar una serie de acontecimientos cuanto menos singulares. Nuestra investigación permitía contemplar la posibilidad de que existiera canibalismo en su más amplia acepción, aunque no caracterizar con precisión los asombrosos acontecimientos que habían ocurrido en esa pequeña cueva hace unos cien mil años.

Si el etnólogo ve desarrollarse ante sus ojos la escena de un complejo teatro entre los vivos y los muertos, el arqueólogo, por su parte, no descubre más que vestigios abandonados y a menudo difíciles de interpretar. ¿Dónde están los ritos? ¿Dónde están los actos y los gestos de los vivos? ¿Fue quebrado ese cráneo para comerse sus sesos, para alimentarse, o para que la materia de mi padre sobreviva en mi interior y se convierta en mi propia carne? ¿O acaso sucede como en aquellas poblaciones de América del Sur, y fue destrozado y triturado por los miembros del grupo porque encarnaba la parte del enemigo que podría volver a acecharnos y a vengarse de nosotros más allá de su muerte?

## ¿TE COMO POR AMOR O POR HAMBRE?

Habían pasado veinte años sin novedades sobre el canibalismo de Ardèche, cuando en 2019 el responsable de las excavaciones arqueológicas publicó un análisis especialmente interesante, incluso inquietante, si nos atenemos a sus implicaciones. En Moula, los neandertales se habrían comido a sus muertos debido a unos episodios de intensa hambruna, los cuales serían consecuencia de unos profundos cambios climáticos que propiciaron una rápida

transformación de los antiguos biotopos boreales en densos bosques templados. Los pueblos de las estepas, cazadores de caballos, simplemente no habrían sabido adaptarse al nuevo entorno. Rodeados ahora de bosques exuberantes, las grandes manadas de herbívoros que habían cazado tradicionalmente ya no estaban disponibles, y en el contexto de las crisis alimentarias derivadas el neandertal se habría comido a sus muertos. Ante la increíble complejidad del tratamiento de los cuerpos de nuestros muertos que recoge la etnografía y la historia, este es un escenario muy concreto, que apunta a una serie de acciones muy definidas y excluye todas las demás hipótesis. Los autores basan su razonamiento en la supuesta edad del yacimiento, que sitúan hace unos ciento veinte mil años, lo cual se corresponde con los inicios de este cambio climático. Su estudio destaca un colapso del número de yacimientos conocidos para este periodo templado: solo cinco en Europa, y otro más en Francia. Los principales argumentos parecen convincentes. En un contexto templado, semejante escasez de yacimientos marcaría el descenso de la población, en un biotopo en plena mutación que ya no permite que los neandertales desarrollen sus estrategias de caza tradicionales. Por otra parte, el análisis microscópico de los dientes muestra que durante su infancia esos neandertales padecieron con frecuencia otros episodios de hambre. Los cuerpos parecen haber sido tratados del mismo modo que los de los animales cazados. Además, tras el corte y la fractura de los huesos, sus restos se abandonan mezclados con los huesos humanos. En consecuencia, no se trata de canibalismo ritual: ni endo ni exocanibalismo. Los hombres se estaban jugando la supervivencia en un medio en plena transformación, y para asegurarse la subsistencia se veían obligados a alimentarse de la carne de sus muertos. Esta vez los efectos del calentamiento climático fueron terribles, pues la supervivencia de tales poblaciones dependía de estos actos desesperados. No os fieis de esos bosques, por ellos vagan caníbales hambrientos.

A mí esa hipótesis no me satisfacía, y en 2020 firmamos un comentario en la misma revista científica, *Journal of Archaeological Science*, discutiendo punto por punto la interpretación de ese yacimiento en el que yo literalmente había vivido durante varios años. Aun aceptando la dificultad que supone elaborar conclusiones partiendo de semejantes hechos arqueológicos, nuestra respuesta —«Cannibals in the forest?»— propondría un punto de vista distinto, si no opuesto. En primer lugar, puso de manifiesto que en Europa existían más de ochenta yacimientos que podrían ser atribuidos a ese periodo templado, y no solo cinco en todo el continente. La diferencia puede parecer

colosal, pero no debería sorprendernos. Incluso resulta cuestionable. ¿Por qué? Porque los yacimientos tan antiguos cuesta mucho datarlos, y hacerlo con precisión aún cuesta más. Así, en el futuro, nuestra lista de más de ochenta yacimientos podría ser revisada, tanto al alza como a la baja. En el proceso de evolución del conocimiento científico, estas fluctuaciones son posibles. No obstante, es muy poco probable que el desarrollo de nuestros saberes pueda afectar a gran parte de estos ochenta conjuntos arqueológicos. Por lo tanto, el corpus es necesariamente mucho más importante de lo que proponía el estudio. En nuestro estudio también subrayamos que el proceso de análisis crítico de la cronología de los yacimientos tampoco podía eludir la evaluación de la edad en que, en esa pequeña cueva de Ardèche, tiene lugar el momento caníbal. En realidad, la edad de la capa XV de Moula es muy discutible. En ese nivel solo se tomaron algunas medidas físico-químicas, y esos pocos análisis, revisados en detalle, arrojan resultados bastante contradictorios. Las edades cubren entre veinte y treinta mil años, y presentan una importante incertidumbre estadística. Una medida cuya precisión es de más o menos diez mil años asume la existencia de un periodo incierto que, en algunas partes, oscila entre 90.000 y 120.000 años… Así pues, ¿hay que considerar el margen estadístico más alto, o la posición media de estas mediciones? De todos modos, casi ninguno de estos análisis apuntaba directamente a la fase del óptimo templado, que en general se sitúa entre 123.000 y 116.000 años. Así que los investigadores se basaron en las indicaciones climáticas que pueden deducirse del análisis de la fauna de pequeño tamaño —serpientes, batracios, roedores, etc.—, poniendo de relieve una mezcla de fauna adaptada a los climas cálidos, que quedaría asociada con otras especies francamente frías. Estas asociaciones animales marcarían el comienzo del óptimo templado, en una época en la que subsisten algunas de las especies que vivieron durante la era glaciar anterior. Por desgracia, el argumento no era admisible, pues esas asociaciones cálido/frío se encuentran a lo largo de seis metros de espesor, en todos los niveles arqueológicos de la cueva, es decir, durante casi ochenta mil años… El yacimiento domina el enorme valle del Ródano, que representa el principal corredor migratorio que conecta los espacios mediterráneos con los septentrionales. Por lo tanto, la asociación entre faunas frías y templadas fluctuaba con rapidez y de forma regular, dándose el caso que algunas especies de carácter templado podían subir a lo largo de ese eje migratorio natural, mientras que otras, mejor adaptadas a los climas continentales fríos, también descendían hacia el sur con regularidad. La combinación de faunas frías y templadas es un indicador

cronológico más bien pobre, y no permite posicionar el asentamiento caníbal al principio de ese inmenso cambio climático. El descubrimiento de faunas templadas y polares en un mismo suelo arqueológico representa una característica del biotopo del Ródano, afectado por ambientes continentales pero bajo influencia mediterránea. El argumento era especialmente frágil y tal vez había que abandonarlo, lo cual debilitaba aún más nuestras certezas sobre la edad real de los caníbales. ¿Tienen esos niveles ciento veinte mil años?, ¿tienen cien?, ¿acaso ochenta…? La cuestión del posicionamiento en el tiempo de los yacimientos de la antigua prehistoria paleolítica es crucial, y cuando se llega a periodos demasiado antiguos para ser objeto de análisis con carbono-14, exige de una gran prudencia. En teoría, esos métodos permitirían datar huesos de cincuenta y cinco mil años de antigüedad, pero en realidad existen muy pocos laboratorios capaces de procesar de manera fiable muestras de más de cuarenta mil años. Para establecer con precisión que un suelo tiene ciento veinte mil años, hay que establecer a su vez grandes corpus de datación cruzando los resultados de diferentes métodos, que por norma general son mucho menos precisos que los del carbono-14. La multiplicación de medidas procedentes de diferentes métodos permite construir modelos estadísticos robustos, gracias a los cuales un suelo arqueológico puede posicionarse en el tiempo con suficiente precisión. Muy pocos yacimientos son acreedores de semejantes criterios de rigor, de ahí la imposibilidad de considerar que solo un puñado de yacimientos en Europa datarían de este episodio del óptimo templado. Es probable que, en realidad, ese tipo de yacimientos sea relativamente numeroso en el continente, pero para cerciorarse hacen falta grandes programas científicos que cuenten con el conocimiento técnico de los mejores equipos internacionales. De ahí que esos pueblos del bosque se nos escapen una y otra vez. Hoy en día, algunas grandes secuencias arqueológicas nos permiten abordar la realidad de estas sociedades neandertales, y así comprender cómo se adaptaron estas poblaciones a esos cambios climáticos.

Este óptimo templado se prolongó a lo largo de entre diez y quince mil años. Con temperaturas unos 3 °C superiores a la actual, representa el episodio climático más cálido que se ha producido en la Tierra en los últimos cuatrocientos mil años. Hablamos de temperaturas globales, de temperaturas oceánicas. Localmente, en nuestras latitudes, las diferencias climáticas pudieron ser mucho más acusadas, registrando estacionalmente valores entre 10 y 15 °C superiores a los registros actuales. En las latitudes continentales

medias, es probable que las poblaciones neandertales desarrollaran estrategias adaptadas a la progresiva aparición de inmensos bosques primarios.

Pero si el canibalismo fue una consecuencia directa de esos cambios climáticos, ¿qué deberíamos pensar de las poblaciones que fueron incapaces de adaptarse a los espacios forestales que cubrieron Europa durante más de diez mil años? Esos bosques ¿no eran reservorios de gran biodiversidad, sin comparación en nuestras latitudes con los de las eras glaciares previas? Todos esos nuevos recursos animales ¿fueron ignorados por estas poblaciones, o es que tan solo no fueron capaces de hacer evolucionar sus antiguas tradiciones cinegéticas?

Sin embargo, la variedad de depredadores reconocidos para ese periodo —leones, hienas, panteras, lobos, osos, glotones— revela la existencia de biotopos muy ricos. Estos depredadores necesitan importantes recursos en forma de proteínas, y solo pueden desarrollarse en ambientes naturales que les son favorables.

Había que revisar todo el guion. Con independencia de la cronología del yacimiento —de que estos caníbales vivieran al principio o al final de este periodo templado—, si esos bosques interglaciares eran tan ricos, si esos entornos se contaban entre los más abundantes en caza que ha conocido Europa, ¿cómo se entiende que las poblaciones neandertales —capaces de colonizar la práctica totalidad de los biotopos de Eurasia— solo lograran asegurar la supervivencia de su grupo gracias al consumo de la carne de sus muertos?

Es cierto que ninguna sociedad puede considerarse a salvo de algún tipo de catástrofe que la lleve a ingerir a sus muertos como última respuesta para la supervivencia del grupo. Pero, en el estudio, este acontecimiento no quedaba en absoluto limitado a una siniestra anécdota de hace cien mil años en una pequeña cueva de Ardèche. Más bien se argumentaba un colapso global de las poblaciones humanas en toda Eurasia, un colapso debido a la incapacidad de las sociedades neandertales para adaptarse a estos ricos entornos forestales.

En la extraña teoría de los caníbales del bosque nada parecía encajar.

## Conocimientos y estrategias milenarias

Sin embargo, los episodios de hambruna están regularmente documentados en la historia de las sociedades humanas. Así lo atestiguan las líneas de

crecimiento de aquellos dientes neandertales, donde hay indicios visibles de hambruna. Pero la forma clásica y común de reconocer tales registros es a partir del análisis de dientes pertenecientes a numerosas sociedades de cazadores-recolectores, tanto prehistóricas como actuales. Es el caso de los inuit. Hoy en día, los inuit son el pueblo más boreal del planeta. Han desarrollado tecnologías para responder a ese tipo de entornos extremos y así garantizar a sus grupos un acceso continuo a los recursos alimentarios, que no son explotados por ninguna otra población en la Tierra. En esos espacios del Gran Norte, un error estratégico no es una opción, pues pondría en grave peligro a toda la comunidad. Y, sin embargo, los inuit no son conocidos por haber practicado —ni siquiera de manera puntual— ninguna de las posibles formas del canibalismo.

En general, los grupos tradicionales de cazadores-recolectores se establecen en vastos territorios donde controlan y planifican la gestión de los recursos naturales, que varían profundamente de una estación a otra. Así, el grupo proyecta su planificación con vistas a varias temporadas, y, en ocasiones, algunas actividades se prevén con varios años de antelación. Su organización tradicional, los ritmos de estos nomadismos, responden a saberes ancestrales que se basan en el conocimiento preciso del comportamiento de los animales, de sus fases migratorias, de sus hábitos de desplazamiento. Estos conocimientos pueden llegar a ser seculares —cuando no milenarios—, y se transmiten a través de los mecanismos de la tradición oral, que se enriquece de generación en generación gracias a un íntimo conocimiento de sus territorios. La organización del grupo, su supervivencia, su equilibrio, descansa sobre saberes ancestrales empíricos, analíticos, incluso científicos en su experimentación total del mundo. Por ejemplo, para algunos grupos inuit, el año se divide en seis y a veces hasta en siete estaciones —principios de otoño, otoño, principios de invierno, invierno, final del invierno, principios de primavera, primavera, verano (¡!)—, lo cual permite una gestión muy eficaz del medio natural. El final del invierno puede representar una estación crítica. Los fríos tardíos y la consecuente llegada tardía de la caza prevista para principios de primavera pueden tener efectos devastadores. Estas fases, en las que la comunidad puede verse amenazada por una simple variación climática, están bien identificadas. Aunque respondan a circunstancias totalmente excepcionales, no dejan de ser constantes en el tiempo, y la memoria ancestral del grupo conserva las experiencias similares vividas por los ancianos. Están pues ancladas en la memoria, y de ellas se desprenden una serie de estrategias que, vistas desde fuera, podrían parecer

contraproducentes, incluso irracionales. Las fiestas del equinoccio vernal celebran el final del invierno con grandes reuniones en las que se organizan competiciones, carreras de trineos, juegos de pelota o batallas de fuerza con cuerda. Estas reuniones al final del invierno no solo establecen puntos temporales de referencia, que permiten reunir de nuevo a unos grupos que quedaron aislados durante el invierno y que aprovechan la ocasión para llevar a cabo grandes comilonas. La finalidad de estas comilonas —fiestas que marcan el regreso de los animales de caza y de los días de abundancia— no es solo la expresión común de la alegría por la vuelta de los buenos tiempos. Representan sobre todo una estrategia que hace posible restablecer la cohesión del grupo y deshacerse de unas reservas de alimentos almacenadas para el invierno que solo resultan útiles en caso de acontecimientos climáticos excepcionales. De este modo anticipan la crisis, el momento inesperado, improbable, mediante estrategias de gestión de los recursos no perecederos —secos, congelados, fermentados…—, que en general no serán útiles para afrontar sus inviernos demasiado largos.

Si la primavera no acaba de llegar, si el invierno se alarga y se ven obligados a agotar las reservas que tenían para el invierno, los inuit se acercarán a las comunidades cercanas, cuyo lugar de hibernación conocen a la perfección. El vínculo social permite la supervivencia de las comunidades. Las fiestas de primavera escenifican la gestión de los recursos proteicos y la cohesión social de estos grupos, teatralizando de este modo los dos grandes pilares que garantizan la supervivencia de estos pueblos del Gran Norte: el reparto común y la ayuda mutua, que constituyen una base compartida en el conjunto de las sociedades humanas enfrentadas a medios inhóspitos. Ninguna sociedad de los desiertos se niega a compartir su agua, ni siquiera con los desconocidos. Ninguna sociedad boreal se niega a compartir sus últimos recursos con los grupos vecinos que se enfrentan a la enfermedad o a la escasez.

Si el conocimiento íntimo de los ambientes naturales estructura la logística de estas poblaciones, las redes de amistad y de alianza aseguran la supervivencia del grupo a largo término. Representan la base estable necesaria para la pervivencia de las personas y los pueblos. Estas redes de ayuda mutua son las que han permitido la colonización de la totalidad de los entornos planetarios. La resiliencia de las poblaciones humanas descansa pues en una gran red invisible, que en gran medida libera a estas sociedades de los límites y de las restricciones que imponen los medios que han colonizado.

Para las poblaciones de cazadores-recolectores, las hambrunas absolutas, las que inducen al consumo de sus muertos como estrategia de supervivencia grupal, representan episodios esencialmente desconocidos.

## ¡HUID! ¡HUID! ¡ESAS COSAS NO SON HUMANAS!

Y sin embargo, el canibalismo de subsistencia existe.

Ha sido ampliamente documentado en nuestra propia historia. Pero ¿cuáles son sus circunstancias exactas?

Si analizamos las situaciones de extrema desesperación humana, puede discernirse un punto común en el que suelen converger las crisis antropófagas. Estas crisis afectan de forma prácticamente exclusiva a grupos en movimiento: individuos llegados a unos territorios que les son desconocidos. Territorios donde los futuros caníbales ni conocen los recursos reales, ni poseen ninguna red de ayuda mutua con las poblaciones aborígenes.

En 1845, sir John Franklin, capitán del HMS Erebus y del HMS Terror, dirigió una expedición polar de reconocimiento del Paso del Noroeste. La exploración tiene por objeto abrir una vía que permita rodear América por el norte, navegando entre las islas y archipiélagos que separan el Gran Norte canadiense de Groenlandia. Ese año de 1845, los hielos parecen de poco espesor. Los británicos controlan las expediciones polares, y además sir Franklin está considerado un excelente conocedor de los océanos nórdicos. Los barcos llevan consigo unas enormes reservas de alimentos, suministros necesarios para alimentar durante tres o cuatro años a los ciento veintinueve miembros de la tripulación de los dos grandes barcos. Franklin planea un viaje de varios inviernos, estación en la que los barcos quedarán atrapados en el hielo. Pero en los veranos siguientes no se produce deshielo, y en la primavera de 1848 la tripulación decide abandonar los barcos cargados de comida. Estamos a finales de abril, empieza a llegar el buen tiempo y la tripulación ha decidido recorrer a pie los mil seiscientos kilómetros que los separan del primer puesto comercial de la bahía de Hudson. Irán a lo largo del Black River, que creen lo bastante rico en pescado como para satisfacer sus necesidades.

Ninguno de ellos sobrevivirá.

En 1854, un cartógrafo canadiense informó sobre la presencia de caníbales en el Gran Norte. El episodio marcó profundamente a varios grupos

inuit, testigos de la existencia de unos demonios blancos caníbales de aspecto inhumano.

Una decena de aquellos marinos había llegado al límite suroeste de la isla King William, donde había un campamento inuit. El encuentro fue tan brutal, que ciento cincuenta años más tarde su recuerdo seguía firmemente arraigado en los descendientes inuit. Algunos de estos testimonios fueron recogidos en 1999 por Doroty Eber. La primera en ver unas siluetas aterradoras, tambaleantes, de ojos vacíos, piel azul e incapaces de hablar fue una mujer. Corrió sin aliento hasta su campamento: «¡Huid! ¡Huid! ¡No son humanos!».

Desde hace ciento setenta años, los científicos encuentran regularmente restos dispersos de aquellos barcos. Y los restos de la tripulación siguen apareciendo hoy en día al ritmo de las expediciones polares. Tras analizar los huesos, se hallaron marcas de excarnación y de fractura para consumir la médula, así como pulimentos que se desarrollan de manera característica cuando los huesos giran en cuencos para hacer caldos… Todas las calorías disponibles habían sido recuperadas. Resulta que en el Black River apenas había ningún pez. Los propios inuit conocían bien esa región y la evitaban cuidadosamente porque allí la comida era escasa.

He aquí los testimonios de un canibalismo de subsistencia de gran envergadura, que afecta a la totalidad de la tripulación de dos grandes buques británicos, y que puede documentarse gracias a la tradición oral inuit, así como por el análisis de los restos de sus cuerpos. Una macabra demostración de que el canibalismo de subsistencia puede afectar a la totalidad de un grupo humano enorme, provocando que, a las puertas de la muerte, más de cien personas se devoren entre sí. Estos actos de desesperación son perpetrados por personas perdidas en un territorio desconocido, atrapadas en un entorno extremo donde no hay recursos suficientes para satisfacer las necesidades del grupo, o bien donde sí los hay pero los desconocen. Sin embargo, el factor determinante es el aislamiento de esos hombres, que no tienen cerca a otros seres humanos pertenecientes a su mismo cuerpo social. Nadie puede acudir en ayuda de estas tripulaciones, y sus valores culturales y morales serán barridos por la cruda realidad de su situación. Los miembros de la tripulación del Erebus y del Terror consiguieron llegar a otras poblaciones humanas, pero los inuit, que fueron quienes se cruzaron con ellos, quedaron aterrados por su apariencia inhumana, bestial, y huyeron por el mar para evitar todo contacto con aquellos monstruos caníbales, a quienes no reconocieron como humanos. Los inuit vieron a unas peligrosas criaturas salidas de los rincones más

oscuros de sus mitologías ancestrales… No los identificaron como humanos. Ante aquellas raquíticas entidades, se impuso la huida.

Por lo general, el canibalismo de subsistencia no afecta más que a los hombres aislados de su propio grupo social, en circunstancias excepcionales, y enfrentados a unos entornos sin recursos alimenticios. La anécdota también permite poner de relieve que, en nuestras sociedades, el canibalismo encarna lo inimaginable del comportamiento humano, en especial cuando se asocia con el espíritu de aventura, de descubrimiento y de progreso… Un poco como si en las primeras misiones a Marte, las naves quedaran varadas y la tripulación se devorara mutuamente. Desde nuestro imaginario occidental, podemos concebir de forma instintiva el contraste entre la nobleza de la exploración y los límites de la condición humana.

## ¿UN RITO NEANDERTAL?

Que yo sepa, estos episodios singulares de canibalismo por necesidad para la supervivencia del individuo, o del grupo, no se han dado nunca en la vida cotidiana de poblaciones de cazadores-recolectores cuando están instalados en sus territorios tradicionales, y en el ambiente que les es conocido.

En nuestras latitudes, y a escala de una vida humana, los cambios climáticos, por abruptos que sean, no pueden modificar la estructura profunda de los biotopos. Ningún neandertal de las estepas, cazador de caballos, se vio de pronto inmerso en un bosque templado poblado por ciervos. Los neandertales de Moula abandonaron sílex en el suelo mezclados con restos óseos. Esos sílex demuestran la explotación de rocas procedentes de un territorio bastante amplio y bien controlado de varias decenas de kilómetros y a ambas orillas del río. El conocimiento cabal de esos recursos silíceos nos permite pensar que el grupo estaba bien asentado en su territorio tradicional y que controlaba el conjunto de sus recursos desde hacía mucho tiempo. Nada que ver con un grupo aislado y en movimiento, en un territorio desconocido cuyos recursos le serían desconocidos o no tendría bien evaluados. Pero entonces ¿qué pasó en esa pequeña cueva de Ardèche? ¿De verdad esos caníbales de Moula fueron realmente caníbales? ¿De verdad ingirieron la carne de los cuerpos que descuartizaron?

El despojo de la carne no es discutible. De hecho, extirparon y separaron de los huesos el conjunto de las partes orgánicas; no solo los músculos sino también la piel, el cuero cabelludo, el cerebro, la médula y la lengua. Pero

¿ingirieron de verdad un solo gramo de esa carne? Y de haber sido así, ¿cuál fue el impacto de semejante gesto en esa población?

Eso nos lleva a la inmensa riqueza de las prácticas tradicionales en cuanto al tratamiento del cuerpo. Si endocanibalismo y exocanibalismo tienden a veces a superponerse, es porque la ingestión de un cuerpo humano nunca es un acto anodino, siempre está investido de una gran potencia simbólica en la que se teatraliza la última danza de los vivos a las puertas de la muerte. En cierto sentido, podría hablarse del origen neandertal de las danzas macabras medievales… Y es que entramos de lleno en el ámbito de la ritualización y del comportamiento irracional, propios de cualquier sociedad humana.

Y luego… estaban los huesos humanos en sí mismos, que parecían contarnos una historia distinta. Así es, esos vestigios neandertales registran abundantes rastros netamente vinculados con la excarnación. Abundantes o más bien… sobreabundantes. Fijándose en detalle, se aprecia que la mitad de esos huesos humanos presenta rastros de excarnación, una cantidad muy alejada a la de los rastros visibles en los huesos animales, en cuya compañía se encontraron mezclados. En los huesos de los animales cazados hay menos rastros de explotación, solo uno de cada cuatro revela marcas de corte con sílex. Más sorprendente aún: en los huesos humanos, las huellas son también visibles en partes anatómicas con escaso interés nutritivo. Metápodos, falanges, clavículas y mandíbulas presentan marcas que difícilmente podrían interpretarse en términos de explotación proteínica. Y, a diferencia de los animales, ninguno de estos huesos humanos está quemado. Un análisis comparativo de esos restos, incluso muy genérico, permitió entrever que hombres y ciervos no habían sido tratados de la misma manera. Como si esos cortes de la carne fueran fruto de hechos distintos. El corte de los ciervos y de los íbices se ajusta al modo en que los neandertales explotaban los recursos nutritivos animales. Pero las pistas en esos seis cuerpos humanos parecían contarnos una historia diferente. Cuanto más exploramos el contexto concreto de estos acontecimientos históricos, más parece alejarse la *cruda* evidencia de un canibalismo de subsistencia.

En la cueva de Krapina, en Croacia —lamentablemente excavada demasiado pronto, hace más de cien años—, se han hallado un gran número de restos humanos del neandertal. En ese yacimiento se propuso por vez primera la hipótesis —entonces muy discutida— de un canibalismo neandertal. Cierto que los datos arqueológicos solo pueden usarse de forma relativa, pues las colecciones están mayormente mezcladas, como en el caso del vasto agujero del refugio Moula, excavado por Pierre en sus ratos libres.

En Krapina fueron halladas cajas enteras de restos neandertales. Pero sin un contexto preciso. Se trata de los vestigios de varias decenas de neandertales. Hay quien propone la cifra de veintisiete cuerpos diferentes; otros, de ochenta… En cualquier caso, se trata de la mayor colección de neandertales, y podría tener la misma edad que los restos descarnados de nuestro yacimiento de Ardèche. Uno de esos vestigios, el fragmento de una cara neandertal, presenta unas sorprendentes marcas realizadas con sílex. Una veintena de marcas bien paralelas que también resultan difícilmente explicables en términos de extracción de la carne. Los neandertales de Krapina y Moula ¿estaban expresando una relación singular con los restos de sus muertos? ¿Estaremos aquí hablando de un rito neandertal?

Parece que los ritos, los símbolos, los actos vinculados con el mundo espiritual se nos escapan una y otra vez. ¿De verdad que también enterraban a sus muertos? La cuestión podría seguir resultando incognoscible para siempre. Ante la gran escasez de restos neandertales, una cuestión tan sencilla como la misma existencia de sepulcros divide de forma bastante dogmática a la comunidad científica en dos clanes subjetiva pero firmemente opuestos.

¿Descarnó ritualmente a sus muertos? De nuevo, el neandertal parece evadir nuestro análisis. No hay respuestas sencillas. No hay respuestas obvias. En nuestras almas y consciencias… cada cual barre para su casa. Cada cual saca sus conclusiones.

Sin embargo, en un contexto de gran dinámica científica internacional, nuestros conocimientos sobre estas poblaciones evolucionan deprisa. En abril de 2021, unos equipos españoles descubrieron ADN nuclear neandertal, no ya en huesos humanos fósiles, sino por primera vez en el propio suelo de las cuevas. El análisis genético de los suelos de la Galería de las Estatuas —cerca de Burgos, en el norte de España— revela una sorprendente disminución de las poblaciones neandertales precisamente después del periodo templado del Eemiense. Durante el óptimo templado, hace ciento treinta mil años, los análisis genéticos muestran una clara diversidad genética de las poblaciones neandertales. Sin embargo, unos miles de años más tarde, hace unos cien mil años, los suelos de la cueva no registran más que una sola población neandertal. Como si el regreso de los climas fríos llegase acompañado de un colapso de las sociedades humanas, de tal modo que los mismos territorios que en el pasado, cuando los climas eran más benignos, acogieron a una notable variedad de poblaciones, estaban ahora ocupados por una sola población. El patrón que surge a partir de estos datos genéticos no es ya el de un colapso de las poblaciones humanas por el recalentamiento climático, sino

justo lo contrario. Como sucede con la fauna —cuya biodiversidad floreció con el aumento de las temperaturas terrestres—, en nuestras latitudes los climas templados también propiciaron la difusión, la diversidad y la expansión humana. Y con el retorno de las condiciones climáticas glaciares se produjo un descenso de las biodiversidades; de todas las biodiversidades, tanto animales como humanas, puesto que en esos lejanos periodos el hombre también era plural. Así pues, los esquemas y las conclusiones que podemos sacar se oponen diametralmente a las teorías catastrofistas sobre el impacto que tuvo el calentamiento climático sobre las poblaciones neandertales. Por supuesto, la noción de biodiversidad humana va acompañada de las nociones de diversidad cultural y de esas lejanas sociodiversidades que prácticamente no conocemos. Para estos periodos antiguos, los yacimientos de los que podemos beneficiarnos son demasiado pocos. Y están demasiado mal datados. Y no registran sino episodios muy pequeños, siempre discontinuos en el tiempo. En este aspecto, una ventana arqueológica puede permitirnos ver lo que sucedió hace ciento treinta mil años; en otra cueva, ciertas informaciones nos hablan de las sociedades que vivieron hace cien mil años; y en otros lugares, tenemos a nuestro alcance algunos datos sobre las poblaciones de hace ochenta mil años. No existe casi ningún yacimiento que nos permita documentar con precisión la organización de las sociedades humanas y la evolución de su entorno en esa fase crítica, durante la cual los climas glaciares de la Tierra evolucionaron hacia un ambiente templado para después regresar gradualmente a una nueva era glaciar. En consecuencia, nuestros caníbales de Ardèche están descontextualizados, y no pueden vincularse de forma precisa con la evolución del entorno y las sociedades en esa zona de Eurasia. Y, sin ese contexto, la comprensión de esos despojos de cuerpos humanos —un rito o un último gesto de desesperación— sigue siendo esencialmente inaccesible.

¿Practicaron alguna vez estos neandertales alguna forma de canibalismo, o estamos ante un tratamiento ritualizado de los cuerpos?

Por otra parte, en el caso del neandertal, ¿puede llegar a documentarse, siquiera a vislumbrarse, el menor rastro de actos rituales?

# 4

# ¿RITOS Y SÍMBOLOS?

## EL NEANDERTAL SUJETO A LA PREGUNTA

Tal vez la cuestión de la naturaleza neandertal no sea tan distante de nuestra comprensión más general de la naturaleza humana. Se trata de un interrogante que nos persigue desde los albores de los tiempos y que no hemos sido capaces de resolver de forma satisfactoria. La cuestión de la naturaleza del hombre ha perseguido con gran intensidad a todas las sociedades humanas, y afecta más que nunca a todos los campos del pensamiento occidental, desde la filosofía hasta la psiquiatría. Si Platón definía al hombre como un bípedo sin plumas, a Diógenes el Cínico le bastó con hacerle llegar un gallo desplumado para ilustrar su absurdidad: «Este es el hombre de Platón»… Lo cual no hizo entrar en razón a Platón, quien redefinió al hombre como un bípedo sin plumas ni garras… Ten en cuenta que por mucho que le quites o le añadas atributos hasta el infinito a ese pobre pollo, nunca obtendrás una representación clara del hombre, y quién sabe si no acabarás por establecer que el hombre es simplemente el hombre. A lo que otros detractores podrían añadir que el hombre no es más que un primate autodomesticado, remitiendo el sentido de la naturaleza humana a la de los procesos que hicieron posible su hominización.

### LA MUERTE DEL GRAN SIMIO. ACEPTAR EL LUTO DE NUESTROS PREJUICIOS

Todo parece indicar que la concepción que tenemos de las poblaciones neandertales no representa más que una especie de resumen, o de mala caricatura, de esos pensamientos milenarios sin resolver. Si siguen sin resolverse, ¿se debe acaso a que el hombre no existe? Me refiero a que, más allá de nuestras frágiles construcciones mentales, no existiría ningún tipo de excepción humana. Porque, pensándolo bien, ¿hay que considerar al hombre como distinto del reino animal? Cada especie animal es similar y al mismo tiempo distinta de las demás especies. ¿Encajaría el hombre en esa variabilidad general del reino de los vivos? Cuanto más avanzamos en nuestro conocimiento de la etología animal, más claro resulta que ni el uso de herramientas ni el pensamiento ni la risa ni la empatía ni el amor ni las estructuras sociales distinguen de forma decisiva a nuestra especie de la gran variabilidad de los otros seres vivos. Hoy en día, la investigación del comportamiento animal en todos estos ámbitos —que en su día se consideraron propios del ser humano de forma exclusiva— revela profundas conexiones que unen nuestra especie a los otros seres vivos. Lejos de distinguirlo radicalmente del reino de los vivos, nuestro conocimiento actual tiende a abordar al ser humano como una especie más. Ya no existe una distinción evidente, una frontera clara y sólida, sino grados de realidad en la definición del conjunto de nuestras propiedades humanas. Un razonamiento que solo puede resultar sorprendente si transigimos en seguir siendo prisioneros de una perspectiva estrecha de nuestra concepción de los seres vivos. Un interesante pensamiento del filósofo y antropólogo Lucien Scubla nos permite cambiar el eje de iluminación de nuestra noción de humanidad: «Añadamos que los cognitivistas rechazan, y con razón, el razonamiento de que hombres de culturas diferentes vivirían en universos cognitivos diferentes, pero admiten un poco demasiado rápido, por lo menos en nuestra opinión, el razonamiento de que especies diferentes vivirían, por su parte, en universos cognitivos diferentes. Una vez más, nos parece que lo explica mejor Leroi-Gourhan —que muestra que el mismo tipo de fenómenos estéticos (plumajes y cantos en las aves, adornos y ritmos musicales en los hombres, etc.) logra establecer tanto la identidad de las especies como la de las etnias —, tanto eso como la unidad del mundo de los seres vivos, y la diversidad cultural entre los hombres».

El razonamiento es valioso por inesperado, pues vuelve a introducir las expresiones culturales de las sociedades humanas en el total de las expresiones de los seres vivos. Y nos recuerda que, desde ángulos muy diferentes, todas las sociedades humanas imitan comportamientos que

acontecen ante sus ojos en el reino de lo vivo, sin que eso nos interpele profundamente.

La cuestión de dilucidar si el neandertal es humano —en el sentido en que lo entendemos dentro de los vivos— depende muy íntimamente de las implicaciones de este razonamiento de Scubla.

Ya he mencionado el hecho de que existen dos grandes corrientes enfrentadas de «razonamiento científico»: una considera al neandertal como una humanidad fundamentalmente diferente, y la otra proyecta en ella *ex abrupto* el conjunto de las consideraciones que en principio caracterizarían a nuestra especie. Escribo aquí «razonamiento científico» entre unas elegantes comillas porque, para empezar, lo que es científico no es el razonamiento, sino las herramientas y los procesos desplegados para analizar el mundo. Y si bien es cierto que esas herramientas son científicas, no lo es menos que solo en segunda instancia se utilizan para desarrollar y legitimar un razonamiento. Porque el razonamiento, en sí mismo, nunca es científico. El razonamiento es libre y, en no pocas ocasiones, prisionero de sí mismo.

¿Cómo puede pues afectar este razonamiento de Scubla a nuestra comprensión del neandertal? Quizá porque los prehistoriadores intentan o bien distinguir o bien integrar al neandertal en los comportamientos de nuestra humanidad, basándose en un pequeño número de indicios que asumimos como propios de la naturaleza humana, tal como nosotros la concebimos. Si hubo un tiempo en que el elemento diferencial que distinguía al hombre del animal se situaba al nivel de las plumas del pollo, hoy en día, y en lo que a la arqueología se refiere, distinguimos la naturaleza y la cultura a partir del elemento diferencial que supone la aparición del razonamiento simbólico.

¿Qué es el razonamiento simbólico?

El núcleo de esta noción puede resumirse de un modo muy sencillo: mientras que un sombrero es un objeto, un tocado es una función; hace la función de sombrero, pero también la de informarnos sobre su portador. Lejos de servir solo para protegernos del sol, el sombrero también sirve para enviar un conjunto de mensajes conscientes e inconscientes que hablan de los valores de su dueño y expresan su estatus entre los miembros del mismo grupo. Aquí el grupo no es ni la etnia ni la tribu ni la nación. Me refiero a una noción de grupo ampliada, es decir, a todos aquellos que instintivamente entienden la función de ese tocado, a todos aquellos que no necesitan ningún tipo de explicación para entender a primera vista la diferencia entre lo que significa la corona de la reina de Inglaterra y una gorra de publicidad. A partir

de la comprensión instintiva e inmediata de la diferencia de significado que aquí se expresa, puede inducirse que basta con identificar estos objetos para situar al individuo en un imaginario concreto, cuyas reglas tácitas son lo bastante sólidas como para no tener ningún tipo de necesidad de ser verbalizadas. Esta función de signo ha sido reconocida y analizada desde hace tiempo por los sociólogos y filósofos. Y hoy en día, el razonamiento simbólico representaría uno de los principales elementos diferenciales que distinguen lo humano de lo infrahumano. Digo «infrahumano» porque, consciente o inconscientemente, la mayor parte de los estudios sitúa al hombre en la cima evolutiva de los seres vivos, de lo cual se desprende en la práctica que los seres vivos no-humanos, desde un punto de vista evolutivo, están situados en una posición inferior. A la pregunta de si el neandertal es un infrahumano, el arqueólogo responde con auténticas listas de la compra que permiten determinar la existencia o inexistencia de ese famoso pensamiento simbólico en el seno de esas poblaciones. Para nosotros los arqueólogos, que a la hora de comprender a nuestros lejanos antepasados solo disponemos de objetos fósiles, estos indicadores serían discernibles —en primera instancia— en el arte, los adornos, las sepulturas, los ritos…

Ahora bien, en unas pocas frases, Lucien Scubla despeja un horizonte que reintegra al hombre en la esfera general de los seres vivos. Una perspectiva amplia, generosa, pero que sigue remitiendo a los principales descriptores del pensamiento simbólico humano: los cantos, los ritos, las danzas, los adornos, las ceremonias más comúnmente difundidas del reino animal…

Esta perspectiva divergente afecta precisamente a la cuestión de las tumbas de los neandertales, a las que tanta importancia se otorga para determinar si el neandertal sería o no sería otro nosotros-mismos.

Tomemos otro ejemplo. La existencia de las sepulturas neandertales es un campo de estudio científico muy conflictivo, pues si existe sepultura, muchos investigadores se verían obligados a aceptar que el neandertal es otro nosotros-mismos. Cierto, pero ¿por qué?

Porque la inhumación sobreentiende que el grupo tiene consciencia del carácter único de cada individuo. Sobreentiende que el grupo tiene consciencia de que cada pérdida es en sí irreparable. De este modo, las sepulturas pasan a formar parte de un conjunto de indicadores que permitirían reconocer los elementos estructurales de las interrelaciones de los individuos, en el seno de estas poblaciones humanas. Así, podemos entender si el neandertal consideraba a cada individuo como una entidad única e irremplazable, lo cual afecta a nuestra propia mirada sobre la empatía, el

respeto y la sensibilidad de estos humanos los unos con los otros. La consciencia de sí mismo y la consciencia del otro. La sepultura indica la existencia de mi voluntad de protección del prójimo, del ser amado. Con independencia de si me beneficia en algo o no, y, por lo tanto, cueste lo que cueste. La percepción del «yo soy» y del «tú eres» entre estas poblaciones. La arqueología dispone de otros indicadores a la hora de abordar estas nociones de la consciencia de sí mismo y del otro, como el descubrimiento de restos humanos de personas mayores, discapacitadas o desdentadas, que solo pudieron sobrevivir porque el grupo se hizo cargo de sus necesidades.

Si bien es cierto que en el seno de la comunidad científica internacional la cuestión de la realidad arqueológica de las sepulturas neandertales sigue siendo conflictiva, yo personalmente no tengo ninguna duda de que, en efecto, el neandertal enterraba a sus muertos e intentaba preservar sus restos, siguiendo las miles de tradiciones desarrolladas por estas sociedades a lo largo de los milenios. Como tampoco tengo ninguna duda de que estas poblaciones cuidaban de los individuos más frágiles, como los jóvenes, los ancianos y los inválidos. Pero hay que ir más allá y llevar nuestro razonamiento hasta el límite de su propia lógica… Esta relación con los débiles, por una parte, y por otra con los muertos ¿de verdad acredita la existencia, en el seno de estas poblaciones, de unas estructuras mentales profundas? Estos gestos ¿de verdad representan algo único y específico del hombre? ¿Algo que nos llevaría a concluir que nuestra concepción del mundo y la forma de estar en él es la misma que la del neandertal?

Los etólogos han demostrado que esa empatía y ese dolor por la pérdida del ser querido son compartidos y expresados por muchos animales, desde los grandes simios hasta los elefantes, pasando por los perros que duermen sobre las tumbas de sus amos fallecidos.

En 2010, un estudio de James R. Anderson para la prestigiosa revista *Current Biology* describió la muerte de Pansy, un chimpancé hembra de más de cincuenta años que vivía en un zoológico. Tal como se acercaba al momento de la muerte, la respiración de Pansy se iba volviendo jadeante. En sus últimos diez minutos de vida, los otros chimpancés se acercaron, cuidaron de ella y la acariciaron hasta once veces; un comportamiento del todo inusual en este grupo de homínidos. Tras su muerte, los chimpancés buscaron en Pansy algún tipo de señal de vida inspeccionando su boca y manipulando sus extremidades. Tras esta inspección, un macho adulto atacó los restos de Pansy, gesto que los investigadores interpretaron como un intento de despertarla, o como la expresión de su frustración. A continuación los

chimpancés abandonaron el cuerpo, pero Rosy, su hija de veinte años, se quedó sola junto a los restos de su madre durante toda la noche, despiojando su cuerpo de vez en cuando; y Rosy nunca había pasado la noche en ese lugar. Al día siguiente, el equipo del zoológico se llevó el cuerpo, pero durante varios días los chimpancés se negaron a acercarse al lugar en el que Pansy había encontrado la muerte. Todos estos inquietantes acontecimientos fueron filmados y documentados con precisión. Las respuestas de este grupo de homínidos incluyen: los cuidados especiales prestados a la hembra poco antes de su muerte, la inspección minuciosa del cuerpo en busca de señales de vida, el intento de reanimación o acaso la expresión de la ira del macho, la limpieza de su cadáver, un auténtico velatorio por parte de la hija y, luego, el hecho de apartarse del lugar donde le había llegado la muerte. El estudio demuestra, de la manera más inesperada, que estos homínidos poseen consciencia de la vida y de la muerte. Plena consciencia de sí mismos y del otro, así como empatía y amor filial.

A pesar de que estos gestos y sentimientos los considerábamos solo humanos, hay que aceptar que no nos distinguen en nada del reino animal, sino que más bien remiten al lejano origen común de los chimpancés y los humanos. En consecuencia, estos gestos nos hacen retroceder por lo menos trece millones de años —a un periodo en que unas poblaciones y las otras aún no estaban separadas—, y nos obligan a considerar uno de los rasgos que creíamos más humanos como la herencia muy lejana de algún gran simio ancestral, del cual descenderían tanto los hombres como los chimpancés. Este gran ancestro —ni hombre ni mono, sino ambas cosas en potencia— ya tenía pues consciencia de sí mismo, consciencia del otro, consciencia de la vida y de la muerte, consciencia del amor filial, empatía… Los elementos aquí registrados remiten a ciertas asociaciones de sentimientos y gestos que, por tanto, no son propios del hombre de forma exclusiva. En menor grado, en casi todos los mamíferos también hay formas de altruismo y empatía ampliamente documentadas. La rata o el lobo —entre muchas otras especies— expresan un altruismo y una empatía que atestiguan una comprensión compartida de sí mismos y del otro. Así, esta forma de estar en el mundo no solo no sería exclusiva del hombre, sino que tendría su origen en el lejano ancestro de nuestras especies. Si tomamos como punto de partida los rasgos de carácter que unen al hombre y al lobo en su comprensión del mundo, la consciencia del otro ya debía de estar presente en nuestros ancestros comunes hace más de cien millones de años…

Mira que somos animales, nosotros, los asombrosos sapiens modernos, si nos quedamos estupefactos, o acaso admirados, ante la demostración de que el neandertal puede cuidar de los suyos, tanto de los vivos como de los muertos…

Dejemos algo bien claro. No estoy diciendo que entre los seres humanos y los animales no haya ninguna diferencia. Tampoco digo que no haya distinción posible entre nosotros y el neandertal. Lo que digo es que, a la hora de preguntarnos por la naturaleza del neandertal, no podemos basarnos en si existen o no existen sepulturas, ni en si cuidan o no cuidan a los miembros más débiles de su grupo, pues eso no nos permitirá comprender, en ningún grado, la estructura de las humanidades pasadas.

¿Entonces…? Entonces el hecho de que el neandertal cuide de sus difuntos responde a un rasgo etológico compartido por el conjunto de los homínidos, y no vincula en absoluto al neandertal con los conceptos conscientes o inconscientes que caracterizan a nuestra propia humanidad. Y esa evidencia nos dice que los hechos arqueológicos no están ni infra ni sobreexplotados, sino generalmente mal comprendidos; forman parte del ámbito inaccesible de los pensamientos prehistóricos. Y sin embargo, partiendo de otras perspectivas, de otras preguntas, existen otros miles de datos que podrían sernos útiles.

Frustración.

En arqueología, los hechos en sí suelen resultar más interesantes que la lectura que se les da. Pero si el bagaje interpretativo es más débil que la realidad empírica de una etnografía de esas sociedades, ¿qué nos queda?

Si estas realidades sociológicas no eran ni blanco ni negro, ni estrictamente simbólicas ni puramente utilitarias, sino que presentaban una multitud de realidades sutiles en cuyo seno las actividades humanas no podrían clasificarse en categorías binarias y caricaturescas, entonces habrá que admitir que el debate sobre el improbable origen de un simbolismo humano es, sencillamente, superfluo.

El debate demuestra que el simbolismo —noción cuya fragilidad acabamos de evidenciar— supone solo un indicador arqueológico de que, en nuestro pasado lejano, existieron actos que iban más allá de lo estrictamente utilitario.

Pero, cualquier producción material ¿no revela en sí misma que se ha superado ese umbral? Ese ir más allá parece ineludible, a menos que consideremos las técnicas —desde el tallado del sílex hasta las técnicas aeroespaciales— como el simple resultado de un mimetismo ciego, como una

especie de acto reflejo, cuyo aprendizaje solo nos informaría de la existencia de una herencia de conocimientos funcionales, ajenos a cualquier tipo de significado intelectual. Y eso ¿quién se lo puede creer?

¿Entonces…? Entonces puede que la respuesta sobre el origen del pensamiento simbólico esté ya inserta en la propia pregunta.

Cierto. Sí. Pero entonces, al final, ¿quién fue el neandertal y qué lecturas nos permitirían acceder a algunas de sus realidades pasadas? No existe un pequeño compendio de pensamiento neandertal, pero sí que existen hechos que nos interpelan, y que deberían permitirnos interrogar nuestros archivos arqueológicos.

Si ni la consciencia de uno mismo y del otro ni la empatía ni la relación con la muerte ni el cuidado de los seres vivos nos diferencian de muchos de nuestros primos animales, y tampoco nos hablan de nuestros antepasados humanos —sino de ciertos comportamientos animales muy antiguos, de hace millones de años—, ¿de qué forma podemos acercarnos a la concepción que tenían del mundo las humanidades del pasado? Adiós a la idealización de la sepultura neandertal. Hay razones de sobra para creer que esos gestos no representan más que una de las numerosas variables etológicas que tendrían su origen en un fondo animal mucho más antiguo que cualquier forma humana. La relación con la muerte, el dolor de la pérdida, la comprensión del carácter único de cada individuo dejan de tener el valor que les suponíamos. Por lo tanto, lo mismo sucede para la arqueología y su búsqueda de sepulturas como indicador de humanidad. Un daño colateral… Lo que sería propio del ser humano de forma exclusiva no es el cuidado de un cuerpo difunto, ni tampoco su inhumación, sino la ritualización de ese proceso. Pero el rito, tal como ya hemos visto en las miles de formas de la antropofagia, solo deja marcas intangibles, frágiles, cuestionables. El debate sobre la existencia y el significado del canibalismo ilustra a la perfección cuán complejo resulta cualquier análisis de los actos perpetrados por las sociedades neandertales.

Si bien la teoría del canibalismo de subsistencia se basa en gran medida en la hipótesis de un colapso de las sociedades neandertales ante un cambio climático y medioambiental, el análisis preciso de los archivos arqueológicos nos revela que, básicamente, desconocemos las particularidades de esos entornos, sus recursos precisos y la organización de las sociedades humanas que se enfrentaron a ellos.

Sin embargo, si nos fijamos en ese momento de cambio climático, los datos arqueológicos podrían enseñarnos un poco más sobre la posible existencia de auténticos ritos neandertales.

# UNA FALLA TEMPORAL

Estas alteraciones climáticas son mundiales y están bien documentadas gracias a grandes perforaciones de exploración en los fondos marinos y en los hielos eternos de la Antártida y de Groenlandia. Las burbujas de aire atrapadas en el hielo fosilizan tanto el agua como las burbujas de agua, que conservan muestras de las atmósferas del pasado. Estos componentes atmosféricos del pasado quedan atrapados en los hielos fósiles y permiten reproducir con gran precisión la evolución del clima terrestre. En cambio, no es nada fácil cuantificar el impacto real que tuvieron estos cambios climáticos en los espacios continentales. La reacción de la biosfera no se conoce con igual precisión. Para las temperaturas terrestres pueden trazarse curvas muy exactas, pero es difícil determinar cómo reaccionaron los biotopos en los diferentes continentes y en cada latitud. Por eso hay que buscar en un medio continental algún tipo de archivo que haya fosilizado elementos indicadores de la evolución del medio natural. Pero más allá de los hielos árticos y antárticos, los indicadores están cada vez más dispersos, y solo registran pequeñas secuencias temporales desconectadas de la evolución real y progresiva de los entornos durante decenas de miles de años. Con todo, el análisis de turberas antiguas puede darnos acceso a archivos fósiles, pues en ellas quedaron atrapados millones de pólenes, que trazan una primera imagen de los biotopos del pasado. A ese tipo de archivos climáticos también puede accederse mediante el análisis de concreciones en cueva, estalactitas y coladas, pero por norma general solo obtendremos pequeñas ventanas temporales, de unos pocos siglos o de algunos milenios. De este modo se obtienen indicadores que documentan la respuesta de los medios naturales a los cambios climáticos a escala mundial. Pero esos registros continentales siguen siendo discontinuos, y por lo general solo ofrecen una imagen muy parcial, o muy local, de la evolución del entorno. Los archivos glaciares y oceánicos nos permiten saber que esta fase templada estuvo compuesta por cinco ciclos climáticos bien diferenciados: tres fases cálidas, intercaladas con dos fases más frías. Fue entonces, durante unos cincuenta mil años —entre hace ciento treinta y ochenta mil años—, cuando las sociedades humanas se enfrentaron a estos entornos forestales. Los primeros diez mil años de esta «era cálida» son mucho más cálidos que los climas actuales, pero para el arqueólogo, esos diez mil años son difíciles de distinguir de los otros dos grandes periodos templados. El análisis de carbones, huesos y polen permite restituir con bastante exactitud las tendencias climáticas, pero para esos

periodos de hace más de ochenta mil años, los métodos de datación presentan grandes inexactitudes estadísticas que llegan a varios miles años. Por lo general, la correspondencia de los niveles arqueológicos con uno u otro de esos momentos templados es inexacta. Durante esa larga era interglaciar, al parecer Australia y América aún no habían sido colonizadas por sociedades humanas. Por lo tanto, solo los continentes euroasiático y africano permiten documentar la evolución de estas lejanas sociedades a la hora de enfrentarse a estos profundos cambios climáticos. En cuanto al viejo mundo, que yo sepa, no existe secuencia arqueológica alguna que registre la totalidad de estas variaciones climáticas templadas. Sin embargo, lo que nos permitiría analizar con precisión las estrategias que desarrollaron las sociedades humanas ante estos cambios —probablemente bastante rápidos— sería un registro completo y en una misma secuencia arqueológica. ¿Fue el canibalismo, para algunos de nuestros pueblos del bosque, una de esas estrategias de supervivencia extremas? ¿O acaso tales actos apuntan a algo más profundo y constituyen el frágil testimonio arqueológico de unos ritos antiguos que no habríamos sabido reconocer?

Para abordar a estos caníbales del valle del Ródano, para acercarnos lo suficiente a ese gesto de supervivencia o acaso a ese rito, habría que comprender el esqueleto, la estructura exacta de esos pueblos del bosque. Pero la piedra de Rosetta de ese largo periodo del último interglaciar está aún por descifrar. Por descifrar, no por descubrir, porque es muy posible que en esa región de la Francia mediterránea ya dispongamos de la piedra de Rosetta que permitiría acercarse con precisión a la realidad de esos inmensos bosques primarios, de sus recursos concretos y de las tradiciones propias de esos pueblos del bosque.

Esa piedra de Rosetta habría que buscarla cerca del flanco norte del monte Ventoux, el gigante de Provenza. El Ventoux representa la montaña mediterránea más alta a orillas del Ródano. Este monolito —que destaca a lo lejos en el paisaje durante decenas de kilómetros— esconde inmensas reservas de sílex explotadas a lo largo de los siglos, pero también algunos yacimientos neandertales de primera importancia. Hasta hace muy poco, esas lejanas huellas neandertales no habían sido exploradas, y la investigación para la comprensión de los «neandertales cálidos» no pudo ponerse en marcha hasta el año 2008. Hay que decir que, en realidad, la pista inicial estaba muy pobremente fundamentada, y que el yacimiento no había llamado la atención de los prehistoriadores porque, quizá, no estaban dispuestos a involucrarse en una gran investigación sobre la base de un único sílex encontrado en los años

sesenta, directamente en el suelo, en una especie de falla horizontal, al pie de un acantilado de piedra caliza blanda. Y sin embargo esa falla acabaría revelándose como una auténtica piedra de Rosetta de los pueblos del bosque. En menos de una década de investigaciones iba a salir a la luz de forma progresiva una impresionante secuencia arqueológica que, a doce metros de altura, fosilizó las principales pulsaciones climáticas de esa fase templada.

Aquel sílex recogido del suelo fue depositado en el Museo Requien —el Museo de Historia Natural de Aviñón—, en una pequeña caja de cartón, junto con un puñado de huesos de esa misma falla en la roca. Una falla, o más en concreto una especie de fisura que, a lo largo de unos cincuenta centímetros de altura, desgaja dos grandes paredes lisas en el techo y en el suelo. Una colección de huesos muy pequeña: no más de una decena de fragmentos óseos, pero que representan una sorprendente diversidad de fauna. Cada pedacito de hueso pertenece a una especie diferente, con lo que al parecer hablamos de toda una pequeña comitiva animal, claramente forestal. Porque así es, hay lobos y dos especies distintas de osos, pero también linces, caballos, corzos, bisontes, íbices y tortugas. Hay un pequeño fragmento de hueso que incluso parece pertenecer a una hiena de las cavernas. Tratándose de unas pocas esquirlas de hueso, la lista no está nada mal. La combinación de lobo, oso cavernario, oso pardo, lince, hiena e íbice es notable. Estamos en Vaucluse, y solo un yacimiento conocido hasta la fecha presenta este tipo de combinaciones. La presencia de osos de las cavernas es casi única en Provenza. El único sílex atestiguado, en cambio, proporciona poca información sobre las tradiciones artesanales de quien lo abandonó, pero lo que sí nos permite afirmar es que el artesano tal vez fuera un neandertal. Herramienta neandertal, huesos que denotaban entornos forestales y una biodiversidad profunda. Había que probar suerte. El yacimiento está en el grandioso marco de las gargantas del Ouvèze, un afluente del Ródano en su margen izquierda. Las gargantas tienen solo unos kilómetros de longitud, ¡pero qué marco! El río fluye con suavidad entre enormes acantilados de un amarillo luminoso. Para llegar hasta la zona del descubrimiento de este sílex, pasamos bajo unos enormes refugios naturales, el acantilado forma impresionantes voladizos ampliamente ocupados por viejas lianas de hiedra. Las paredes están cubiertas por un musgo espeso, y sobresalen unas concreciones enormes. Según las primeras investigaciones —llevadas a cabo entre el siglo XIX y mediados del siglo XX—, los refugios acogieron a muchas poblaciones prehistóricas: pescadores mesolíticos hace unos diez mil años, cazadores de renos magdalenienses unos milenios antes, y algunas

indicaciones de asentamientos mucho más antiguos, que nos llevaron al encuentro de tan majestuosos acantilados. Si bien nuestro sílex proviene de la era interglaciar, tiene diez veces la edad de las otras ocupaciones prehistóricas documentadas en esas gargantas del Ouvèze. La escala da vértigo. Pero, avanzando a lo largo del acantilado, también entiendo por qué los investigadores dejaron de interesarse por las ocupaciones prehistóricas fosilizadas al pie de esos inmensos acantilados. El suelo que nos interesa está cubierto por montones de bloques bastante impresionantes, de entre tres y diez metros de lado. La piedra caliza, compuesta de arena de antiguos fondos marinos fósiles, es extremadamente blanda. Las rocas están consteladas de millones de conchas fósiles, erizos de mar, corales, y hasta de tantísimos dientes de tiburón que uno no sabe qué hacer con ellos. Esas rocas fosilíferas son frágiles, se deshacen enseguida y liberan las arenas que las componen; lentas lluvias milenarias de arenas finas, intercaladas a su vez con lluvias meteóricas de bloques enormes, de varios metros de lado… Para excavar, hay que adentrarse entre ese caos de acumulaciones de grandes rocas. Las superficies despejadas por la excavación son bloqueadas con rapidez por todo ese escombro rocoso. La ambición de los arqueólogos se estrelló con la dura realidad de la piedra. Llegamos al yacimiento. Poco más que una falla, en efecto, de ahí su denominación de «cueva baja», en realidad muy baja. Una falla horizontal de una decena de metros de longitud, cuya apertura —comprendida entre la losa del techo y la roca del suelo— en su punto más alto no alcanza los cincuenta centímetros. Su segundo nombre, el Gran Refugio de las Pulgas, no es mucho más alentador, y, de hecho, de nuestra primera expedición volveremos en efecto llenos de picaduras de tan querido insecto. Me adentro en la falla para tratar de entender de dónde podría venir aquel puñado de huesos rotos y aquel sílex tallado. Me arrastro a duras penas, pero no se ve gran cosa. El suelo está cubierto por un caos de bloques de piedra de entre cincuenta centímetros y un metro de lado. En los aproximadamente cincuenta metros cuadrados de la falla no hay sedimentos que excavar, pero sí una pesada dispersión de rocas. Arrastrándome hacia los bordes de la cueva, descubro una pequeña columna estalagmítica. Atrapado en las concreciones, doy con un hueso bastante grande, puede que de bisonte, y con un gran trozo de carbón bien conservado. Formidable, las concreciones debieron de fosilizar viejos suelos, hoy ya desaparecidos. Al regresar de esta pequeña expedición a Ouvèze, decidí embarcarme en la investigación del Gran Refugio, con la ayuda de un pequeño equipo, y con un presupuesto cercano al cero absoluto. ¿Quién iba a apostar por una falla y una concreción? Pero acabo de ser

reclutado por el CNRS, y mi pequeña paga de joven investigador debería bastar para lo más básico. Con un equipo compuesto por un puñado de allegados y de amigos nos lanzamos a la aventura. Me encantan esos procesos científicos que, como en la etnografía, no requieren más que de fundirse en el tema de estudio. Para ponerse en marcha basta con convencerse de que hay que ir. La ciencia aquí es el proceso, unos sencillos métodos lógicos sobre cómo articular tu pensamiento, tus diez dedos, y una mirada singular sobre el mundo. Prever que habrá que comer, localizar un lugar donde dormir y, sobre todo, llevar contigo mucha, mucha pasión y energía. ¿La estrategia? Evacuar los bloques y tamizar finamente los pocos sedimentos arenosos que van apareciendo en cuentagotas entre las piedras. Los recuperamos con sumo cuidado y los tamizamos con una malla muy fina, de un cuarto de milímetro. Mi propósito es salvaguardar hasta el menor indicio del paso de los neandertales y de los indicadores de su entorno. Un milimétrico diente de roedor podría traer consigo su modesta cantidad de información. Pero la tarea es titánica. Para obtener unos pocos cubos de ese primer sedimento prehistórico, hay que retirar… algunos bloques… El precio de nuestra decena de cubos tamizados será la evacuación de 75 metros cúbicos de rocas. Pero estamos en una grieta estrecha. La atmósfera seca enseguida se vuelve extremadamente polvorienta. Nos lloran los ojos, tenemos la nariz y la garganta congestionadas, y después de unos pocos días de esfuerzo arrastrando, empujando y rompiendo, los pañuelos siempre están manchados de sangre. Las arenas finas en suspensión están compuestas sobre todo del polvo silíceo de los moluscos fósiles, especialmente agresivo para las vías respiratorias. Los dientes de tiburón que encontramos por cientos siguen estando muy afilados. A pesar de los guantes profesionales que llevamos, uno de los miembros del equipo está a punto de perder un dedo al seccionarse un tendón con un hermoso diente de tiburón que sobresale de uno de los bloques. Y es que la entrada a la falla no permite evacuar los bloques más grandes. Tenemos que romperlos con martillo y cincel, en nuestro pequeño espacio confinado, para luego hacerlos rodar sobre la losa ascendente del suelo y evacuarlos en la pendiente. Semanas de fractura y evacuación de bloques, de sangrado de la nariz, de desgarraros en la carne. Tras un mes en este régimen extremo, sin pausa alguna, bajo los restos de los bloques empieza a perfilarse no la losa del suelo sino —sorpresa— un suelo muy amarillo compuesto de arenas endurecidas. Bajo aquellas acumulaciones de bloques calcáreos, en realidad se habían conservado algunos niveles arqueológicos fuertemente sellados. Así que tal vez ¡aún se conservan auténticos niveles arqueológicos, y

no solo vagos remanentes de concreciones en los bordes! Gritos de alegría en una cavidad en la que ahora ya casi podemos ponernos de pie… Nuestra campaña de primavera toca su fin, pero el descubrimiento es demasiado hermoso, portador de grandes esperanzas. Volveremos en otoño sin ninguna gratificación adicional más allá de la esperanza del descubrimiento…

En octubre las gargantas se visten con las luces del veranillo. El yacimiento sobresale por encima de unos viejos álamos que las excavaciones abisman durante unas semanas en un deslumbrante amarillo oro. Podría decirse que la luz viene tanto del cielo como de la tierra, pero quizá no sea más que nuestra mirada, nublada por la esperanza del descubrimiento tras tantos esfuerzos y meses de espera. Abordamos un sondeo de dos metros cuadrados en esas hermosas arenas claras. Con rapidez aparecen huesos increíblemente frescos, como si los animales acabaran de descomponerse en la cueva. De pájaro, de tortuga, de ciervo y de castor… ¡Muchísimos castores! Más castores que en ningún otro yacimiento prehistórico de la Europa continental. Mandíbulas enteras, magníficas. Los huesos muestran hermosas marcas de corte. Y luego restos de león, ¡y los de un cachorro de león! Y de lince, y de lobo, toda una serie de vertebrados que no dejan de sucederse. Increíble, todas las vértebras de lobo presentan series de estrías paralelas, muy finas pero muy nítidas: fueron infligidas por herramientas de sílex. ¡A ese lobo lo cortaron para hacer filetes! El lince también presenta claras marcas de corte, bien visibles al final de las patas, en los metápodos, una zona que realmente no da acceso a la explotación de su carne… Y luego aparece el primer sílex. Para quitar el hipo. Aparece en horizontal sobre la arena y… está como nuevo. Como si acabara de ser tallado. De una frescura inaudita. Yo he dirigido misiones desde el ecuador hasta el círculo polar, y ni siquiera en las tierras heladas del Gran Norte polar había visto jamás una materia tan fresca. Es como si acabaran de tallarlo, color caramelo oscuro, no presenta la más mínima alteración. A simple vista, sus filos —más afilados que una cuchilla de afeitar— no muestran la menor muesca. Está depositado junto a los huesos, allí donde lo abandonaron los hombres hace más de cien mil años, no hay duda; en compañía de los restos de fauna templada. Los análisis posteriores así lo confirmarán. Poco después, los carbones nos permitirán identificar los restos de un bosque templado muy rico, así como miles de restos de roedores, de serpientes, de batracios. Un raudal de conchas de caracoles hallado en esas arenas permitirá reconstituir un entorno extremadamente forestal y una inmensa biodiversidad. Pero ¿de qué manera pudieron conservarse a tal extremo esos huesos y esos sílex, como congelados

a lo largo del tiempo? Es como si en el corazón de la falla el tiempo se hubiera detenido. Aquello no era una falla en la roca, era una falla temporal… Huesos y herramientas de piedra habían quedado cubiertos por una arena muy amarilla, procedente de la descomposición de las rocas del techo. Cubiertos en la misma arena que petrificó los restos de tiburones y de peces del mar miceno hace unos quince millones de años… Los sílex, los huesos, los carbones se habían conservado tan increíblemente bien gracias a esa arena fosilífera. Su capacidad de conservación había obrado de igual modo sobre los restos miocenos y sobre los restos de caza neandertal… Con la continuación de nuestra pequeña investigación, íbamos a descubrir una pequeña pero notable colección de restos neandertales. Cuanto más avanzan las operaciones, más asombrosas nos parecen las propiedades de esa arena capaz de detener el tiempo. Poco a poco vamos sacando a la luz cueros de ciervo tan bonitos como en el momento de su muerte, un caparazón entero de tortuga terrestre —la única conocida para todo el Pleistoceno europeo—, un pequeño hogar acondicionado por los cazadores, con sus cenizas, sus carbones y sus piedras enrojecidas por el fuego, y además con… ramitas de madera. No carbón, sino madera sin quemar; ramitas mineralizadas por la arena… Nunca antes habíamos observado semejante proceso de conservación. Pero el trabajo había sido titánico. El medio había sido generoso con los restos prehistóricos, pero exigente con los arqueólogos: rodillas y manos arañadas a diario, respiración dificultosa, y toda esa cantidad de bloques que romper, que hacer rodar, que arrastrar hasta arriba para luego evacuar. Además, había que dejar la zona circundante tan adecentada como nos la habíamos encontrado. Habíamos llegado a un acuerdo con los propietarios del yacimiento para no desfigurar ese flanco del valle con montañas de pedruscos. Así que hubo que hacer muros de piedra seca, a la antigua, bonitas alineaciones de rocas como ya hicieran nuestros antepasados, desde la Antigüedad hasta el siglo XIX…

A pesar de tan duras condiciones, decidimos seguir adelante y volver dos meses al año durante ocho años seguidos. Año tras año, el desprendimiento de los suelos permite comprender las propiedades de la falla en la roca. La gran losa que hay en el suelo, y que cubre toda la abertura de la cueva a lo largo de diez metros, no es la base de una falla en la roca sino un trozo del techo que se derrumbó sobre la entrada de la cueva. Bajo esa inmensa losa debe de haber hundidos varios niveles arqueológicos. Es perentorio explorar esa zona de la entrada de la cueva, donde los neandertales pudieron acondicionar el yacimiento y abandonar importantes vestigios. Pero esta vez no se trata de

bloques de cincuenta centímetros de lado, sino de una enorme losa que, por sí sola, representa más de cuatro metros cúbicos de roca… Entonces me vuelvo hacia los equipos de espeleología. Entre ellos hay maestros artificieros, acostumbrados a intervenir en caso de accidente para sacar a la superficie a espeleólogos atrapados en el medio subterráneo. Dominan a la perfección ciertas técnicas… explosivas, y cuando rescatan a algún espeleólogo, pueden colocar las cargas a unos pocos centímetros de su cara. Su perfecta destreza resultará sumamente útil. Bajo la gran losa de la entrada aparecen por fin unos niveles arqueológicos tan bien conservados como en la sala principal. Y, lo más importante, tras evacuar decenas de metros cúbicos de bloques se aprecia al fin la morfología original de la cueva en la que estamos trabajando. Es entonces cuando advertimos que la cueva no tiene paredes en ninguno de sus lados. En lugar de los costados naturales de una cueva, lo que descubrimos es una mezcla de concreciones y acumulaciones de bloques… No estamos en una cueva, tampoco en un refugio. Estamos simplemente bajo un enorme peñasco, y a la entrada de un enorme laberinto de gigantescos bloques colapsados. Algunos de esos bloques pueden alcanzar veinte metros de lado… Es cuando entendemos que los hombres se instalaron en la entrada de un formidable caos natural. En ese espacio de las gargantas del Ouvèze, con altos acantilados que dominan el río, mucho antes de que el hombre viniera a instalarse se derrumbó un inmenso montón de rocas. Los huecos entre los bloques de ese enorme caos crearon un laberinto subterráneo. No un laberinto plano, sino en tres dimensiones… Un dédalo que no conoce otros límites que los bordes de tan impresionante derrumbamiento. Esos vacíos atrajeron y acogieron a hombres y a carnívoros, y se fueron llenando progresivamente de unos sedimentos que luego quedaron fosilizados, y que atraparon tanto huesos como sílex de sus sucesivos ocupantes. El yacimiento ni siquiera queda limitado a las pocas decenas de metros cuadrados que nosotros excavamos bajo el primer bloque. Toda la ladera de las gargantas del Ouvèze registra y fosiliza restos de aquellos lejanos pueblos del bosque. Tras evaluar los bordes de la primera cueva, detectamos sílex y osamentas. Miremos hacia donde miremos, distinguimos mobiliario arqueológico. El terreno de investigación parece abrumador. Nos disponemos a explorarlo con nuestros propios conocimientos, combinados con los de los equipos de espeleología, que están acostumbrados a las exploraciones subterráneas. En las inmediaciones del yacimiento, localizamos una de las innumerables entradas generadas por el caos de bloques. Entradas atiborradas de rocas y sedimentos que fosilizaron los restos del paso de los neandertales. Por encima y por los lados de nuestro

megabloque, se distinguen lo que podrían ser otros accesos. Tras excavar solo unos pocos centímetros alrededor de esas entradas laterales exteriores, aparecen de inmediato los restos de faunas templadas. Sin embargo, estamos doce metros por encima de los suelos explorados hasta el momento en la sala principal. Empezamos a comprender que, en estos doce metros, los registros arqueológicos conciernen en exclusiva a ese periodo templado interglaciar. Durante seis años, intentamos conectar la parte alta del laberinto con su parte baja. Instalamos sistemas de vagonetas y tirolinas, ubicamos con precisión cada objeto arqueológico en el espacio, tamizamos cada puñado de arena a un cuarto de milímetro. Aparece mobiliario arqueológico por todas partes. Y en todas partes maravillosamente conservado. Avanzamos poco a poco hacia esa zona subterránea rellenada, pero nuestro avance resulta lento debido a la cantidad de enormes bloques de roca que hay que romper y evacuar a rastras, a la vez que registramos toda la información arqueológica, geológica y topográfica que vamos sacando a la luz. El trabajo es agotador, pero empezamos a entender la estructura de este vasto yacimiento. Tras seis años de esfuerzos subterráneos, la alegría es inmensa: ese domingo por la noche, con la ayuda de nuestro maestro artificiero Frédéric Chauvin, acabamos de conectar la parte superior de los rellenos con la parte trasera de la primera sala que exploramos en 2008. Por fin empieza a perfilarse ante nuestros ojos la importancia del yacimiento. Estas operaciones han permitido enlazar las diferentes zonas de exploración arqueológica. Ya se pueden apreciar los doce metros de espesor de registros arqueológicos. Se distinguen quince niveles sucesivos, bien distintos los unos de los otros. Las amplias colecciones de huesos y carbones que hemos descubierto nos hablan de unos ambientes exclusivamente templados, desde la base hasta la cima del enorme relleno arqueológico subterráneo. Ante la importancia de los descubrimientos, *National Geographic* concede dos premios a nuestras exploraciones arqueológicas. Esas ayudas nos permiten instalar pasarelas de circulación y de seguridad en la zona profunda, en el corazón de este impresionante laberinto subterráneo.

## De los pueblos del bosque al pueblo del ciervo

Ahora podemos subdividir la secuencia arqueológica en grandes fases, determinadas en función de la fauna más representativa que descubrimos en

cada una de ellas: fase del castor, de la tortuga, del ciervo, de la hiena… Pero no son menos de sesenta, y también encontramos otras especies animales diferentes, desde elefantes hasta leones y culebras… Una de las biodiversidades más importantes que se conocen hasta la fecha en un contexto prehistórico. El análisis de los carbones nos habla de la existencia de un medio forestal muy denso. Parece que el yacimiento fosiliza de forma exclusiva ese periodo interglaciar —hace unos cien mil años—, con una fase en la parte inferior claramente más cálida, que interpretamos como el primer cambio climático, el óptimo templado, lo cual confirma las hipótesis que lanzamos en 2010 en el *Journal of Archaeological Science*. Pero queda por averiguar en qué punto del tiempo nos situamos con precisión. Nuestros colegas de las universidades de Oxford en Gran Bretaña y de Adelaida en Australia ponen en juego un amplio corpus de dataciones que abarcan todas las fases arqueológicas conocidas. Los resultados superan nuestras expectativas. La fosilización de los suelos atestigua momentos de ocupación que van desde 123.000 años, en el caso de los más antiguos, hasta ochenta mil años —doce metros por encima—, en el de los más recientes. Esta vez no hay duda de que los niveles más profundos de la cueva registran los primeros momentos del interglaciar. Hace 123.000 años las temperaturas son al menos 2 °C superiores a las actuales. La demostración es definitiva: la sucesión de fechas obtenidas está en perfecta sincronía con la sucesión de nuestros niveles arqueológicos; a medida que ascendemos hacia los niveles menos profundos, las edades obtenidas son cada vez más recientes. Por primera vez, todo el periodo interglaciar registrado y documentado en un solo lugar: tanto la evolución de los biotopos forestales como las estrategias de las poblaciones neandertales en el seno de esos entornos. Es probable que esta secuencia represente el registro arqueológico más completo del mundo para las diferentes fases de este periodo interglaciar…

Las enseñanzas obtenidas sobre nuestros pueblos del bosque son fundamentales. En primer lugar, subrayan la importancia de los carnívoros en esos ambientes forestales. Desde la hiena de las cavernas hasta el gato salvaje, aparecen representadas todas las especies de carnívoros conocidas. Además, ampliamente representadas. Semejante abundancia de carnívoros nos informa de que el biotopo forestal podía abastecerlos. Un lobo come 5 kilos de carne por semana, una hiena necesita cuatro kilos al día, y un león nueve, aunque los días que se da una comilona puede llegar a consumir hasta 25 kilos… Todos ellos son animales sociales que viven en grupos —solo de forma excepcional viven aislados—. Hoy en día, las hienas moteadas viven en

grandes clanes de hasta ochenta individuos… El análisis del polen hallado directamente en las defecaciones fosilizadas de las hienas apunta a un panorama forestal muy rico. Sin embargo, normalmente se considera una especie asociada a prados grandes y despejados. En este caso, parece ser que las hienas se han adaptado a la perfección a los grandes bosques templados… Algunos de los niveles subterráneos de la cueva registran hasta dos metros de espesor, pero no de sedimentos sino casi en exclusiva de defecaciones fosilizadas de hienas. Hubo grandes poblaciones de estos carnívoros que se instalaron en estas gargantas e hicieron de ellas su territorio. En todas las fases de este periodo templado, los recursos de proteínas animales de estos inmensos bosques parecen excepcionales, lo cual les permite acoger una notable densidad de grandes carnívoros. El gran bosque eemiense es también un gran proveedor de recursos. Las sesenta y una especies animales detectadas nos hablan además de una increíble biodiversidad. Los hombres disfrutan de toda esta biodiversidad. Se enfrentan y explotan todas las especies, incluidos los grandes carnívoros. Los huesos de los lobos, los osos y los linces presentan marcas propias de haber sido procesados por los hombres. La localización de los cortes permite pensar que, a veces, estas poblaciones no estarían interesadas en la carne sino en las pieles. Estos grandes carnívoros comparten con el castor la particularidad de poseer unas pieles de alta calidad. El análisis del filo de algunos de los sílex permite confirmar actividades peleteras, que incluían el uso de ocres para desinfectar y flexibilizar los cueros. Los aguzados filos de los sílex todavía conservan esos depósitos rojos, apreciables a simple vista… Los carnívoros ocupan este laberinto subterráneo con regularidad, lo mismo que los hombres, que pasado un tiempo vuelven a ocupar la cueva. Incluso en los ambientes más profundos, en esas madrigueras de hienas con el suelo lleno de huesos de rinocerontes y bisontes, así como de defecaciones de hienas, nos sorprende el hallazgo de un objeto de sílex, aislado en ese medio subterráneo. Una única punta de sílex trabajada, cuyo extremo acuminado explotó al contacto con un hueso… ¡Los neandertales llegaron hasta ese lugar subterráneo en busca de las hienas de las cavernas! Hasta el corazón de su hábitat, hasta su propia madriguera… La explotación del lobo no parece tan arriesgada, pero tampoco deja de sorprender. ¿De qué manera se puede sorprender a un lobo? El lobo te huele y te oye a cientos de metros, mucho antes de que puedas detectarlo tú. Es sumamente inteligente y cauteloso, no se deja sorprender. En cuestión de segundos alcanza una velocidad de 60 km/h. Tanto en velocidad como en resistencia le da una

paliza a cualquiera de nuestros campeones olímpicos… En muchas sociedades tradicionales, al lobo no lo cazan, lo atrapan con trampas.

Todo ello nos habla de la explotación de unos recursos extremadamente variados, y del dominio de muy diversas estrategias que tal vez oscilan entre el cuerpo a cuerpo en un medio subterráneo —con la temible hiena de las cavernas, armados con una lanza robusta—, hasta la captura con trampas de los animales más inaccesibles. Consumen sus carnes, buscan las más bonitas de sus pieles. Pero lo más sorprendente es la capa Alfa, en la fase llamada del ciervo. Estamos en un ambiente subterráneo, la luz del día no puede penetrarlo. Usaban antorchas o fuego para iluminarse. Las paredes todavía conservan unas finas capas grisáceas. En los bordes rocosos de la cavidad aún se conserva a la perfección el hollín adherido hace poco más de cien mil años… En esa época, el laberinto subterráneo no está ocupado por carnívoros. Los huesos de la «formación del ciervo» fueron acarreados allí por los cazadores neandertales, que llevaron sobre todo corzos y ciervos enteros hasta esa parte profunda de la cueva. Cendrine Beraud, de la Universidad de Burdeos, llevó a cabo un análisis específico de los huesos de esas unidades, que arrojó una luz inesperada sobre estas poblaciones. En un contexto clásico de cazadores del Paleolítico, por lo general el análisis de la fauna cazada revela que se cazaban presas de todas las edades y sexos. Para el caso de estas poblaciones de cazadores-recolectores, la distribución clásicamente reconocida de la fauna cazada muestra un predominio de adultos, a los que habría que añadir unos cuantos ejemplares jóvenes y unos cuantos viejos. En lo tocante a los machos y las hembras, son cazados por igual. La capa Alfa no encaja en absoluto con esta distribución aleatoria en cuanto a la edad y el sexo de los ciervos cazados. Aquí no hay jóvenes ni viejos ni hembras… Los cazadores se han centrado con claridad en los ciervos macho que están en la flor de la vida, excluyendo cualquier otra categoría de ciervos. En estas colecciones, las cornamentas —aún unidas al cráneo de los ciervos— están ampliamente representadas. Se trata de una caza viril. Una caza centrada en los individuos más fuertes y más peligrosos. Es probable que fueran abatidos con lanza en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Las armas de sílex halladas en esta capa arqueológica son puntas largas, afiladas pero bastante grandes, y ricamente trabajadas.

## ¿Ritos neandertales de paso a la edad adulta?

Pero el perfil de estas cacerías a través del tiempo tiene algo que decirnos. Además de un tipo de caza peligrosa —lobos, osos, linces— o compleja —lobos—, los hombres se adentran en la madriguera de las hienas para enfrentarse a esos grandes carnívoros en su propio terreno. En la fase del ciervo, la selección sistemática de machos grandes en la flor de la vida no remite a ninguna necesidad alimentaria. Etológicamente, en su medio natural, los machos y las hembras suelen vivir en manadas separadas, pero la manada de los machos comprende individuos jóvenes y ancianos, por más que algunos ciervos viejos vivan de forma solitaria. Se expresa de este modo una voluntad muy singular que no acaba de encajar con una visión estrictamente logística o económica de la caza neandertal. Quizá la búsqueda exclusiva de machos adultos nos está diciendo algo más.

Un corpus etnográfico muy rico procedente de todos los continentes nos enseña que para el hombre la caza nunca se limita a la búsqueda de proteínas. Siempre se ritualiza, se inviste de unos códigos que superan con mucho las razones racionales de la alimentación. La caza nunca es puramente logística, puramente alimentaria. El hombre es ante todo materia irracional. El hombre y el animal tienen muchos puntos en común, pero esta singular selección de las presas nos proyecta muy lejos de la esfera animal, hacia un lejano espacio cultural profundamente codificado. Ningún gran carnívoro ha centrado nunca su caza en la selección sistemática —dentro de una especie— de un único género y de una única franja de edad. Eso es estrictamente humano. Y en extremo sorprendente. En su estudio *Sang noir*, sobre la caza y el mito del salvaje en Europa, el etnólogo Bertrand Hell ha documentado ampliamente —desde la antigüedad hasta nuestros días, y en diferentes sociedades europeas — que la caza del ciervo y en particular de los grandes machos nunca es casual. En general se lleva a cabo en solitario y consiste en una confrontación directa del cazador con el ciervo. Estas cacerías tradicionales cuerpo a cuerpo no se interesan ni por las hembras ni por los jóvenes ni por los viejos, sino solo por los machos más poderosos. Son cacerías exclusivamente masculinas y determinan la entrada del cazador en el mundo de los hombres de una manera muy ritualizada y codificada. Hell habla de una auténtica transformación del cazador en hombre-ciervo, que entra en una confrontación directa cara a cara con su presa, como si el cazador se convirtiera en ciervo y se enfrentara con su rival sexual. A pesar de que los ciervos acaben siendo

consumidos, estas cacerías no tienen más razones formales que el enfrentamiento directo entre el ciervo y el hombre-ciervo. Así, el rito está muy por encima de las razones *estúpidamente* racionales y estadísticas de la consecución de carne con fines alimenticios.

La cuestión de las sepulturas neandertales nos ha enseñado que ni la consciencia del otro ni el dolor ni los cuidados en el momento de la muerte nos distinguen del reino animal, sino que más bien nos remiten a él. Así topamos por primera vez con el rito, y en consecuencia, con los rasgos de comportamiento humanos en exclusiva. Por supuesto, esta perspectiva podría contrargumentarse examinando el comportamiento animal e intentando encontrar formas conductuales ritualizadas. En cuanto a la existencia de formas rituales dentro del reino animal, yo no tengo ninguna duda. Hace mucho que las investigaciones sobre el comportamiento animal demostraron que son muchas las especies que poseen auténticas tradiciones transmitidas a través del tiempo, de generación en generación. Así pues, también los animales se alejan del *estúpido* comportamiento animal, pues analizan el mundo, inventan y desarrollan estrategias, y transmiten estas estrategias a sus descendientes. Desarrollan estrategias propias no de su especie —ya sea urraca o lobo— sino de una familia concreta de urracas o de lobos en el seno de un territorio concreto. Es fascinante comprobar cómo los animales trascienden la mera etología y, al igual que nosotros, son legatarios de tradiciones y culturas que vuelven a transmitir. De culturas que les son propias, claro. Ratón de campo, rata de ciudad…, a cada cual sus valores…

Como nosotros mismos, nuestro lejano neandertal —humanidad extinta— tampoco escapa a estas estructuras. Nos corresponde a nosotros, los investigadores, asumirlo plenamente y no limitar nuestra mirada mediante enfoques positivistas, mecanicistas, estadísticos, cuantificados y racionales que representan nada menos que la negación de la naturaleza humana. Una desviación cientificista de nuestra visión del mundo. Ese positivismo —que solo analiza al ser humano por medio de sus estructuras superficiales matemáticamente perceptibles— es una deriva, un fracaso, un escollo del pensamiento. Semejante positivismo conlleva una especie de negación de la naturaleza humana y de las lógicas animales arraigadas en el hombre. Se esconde detrás de gráficos, medidas y tablas para no tener que mirar de demasiado cerca, directamente a los ojos, el fondo de la naturaleza humana. Es riguroso, claro. Pero de un rigor tan pertinente como el del estadístico que cuenta el número de gotas de agua que hay en el océano. También es

prudente, pero con la prudencia del pudor. Esconded a ese hombre, que no soy capaz de verlo…

Lo cierto es que al limitar la concepción del hombre a su racionalidad cuantitativa, ese positivismo se quiere ciencia. En el fondo, y tristemente, lo que expresa es un simple rechazo del pensamiento. Un alzamiento de las ciencias duras contra las humanidades…, que proyecta sobre el hombre y en el hombre una naturaleza inhumana. Hay que contemplar, analizar y asumir una auténtica mirada del hombre sobre el hombre. Una forma de etnología participativa de las viejas humanidades extintas. Ni proyección ni fantasía ni construcción, sino aceptación de la realidad y de la riqueza de los seres vivos. Aceptación de las lógicas expresadas por el comportamiento del pasado.

Las sociedades neandertales reaccionaron según sus propios códigos a unas cacerías que, por mucho que tuvieran lugar hace más de cien mil años, podrían estar ya ritualizadas. Pasamos de los pueblos del bosque al pueblo del ciervo. De los pueblos del bosque todavía no sabemos casi nada, lo mismo que del asombroso pueblo del ciervo que atisbamos por vez primera en el laberinto subterráneo de las gargantas del Ouvèze. Para acercarnos a esas sociedades queda todo por hacer. ¿Apuntan esos registros arqueológicos a la existencia de ritos de paso a la edad adulta?

Ya hemos visto que el origen del pensamiento simbólico —que por mucho que se pretenda exclusivo del hombre, tal vez no lo sea de forma absoluta, sino solo de grado— radicaba en la presencia de indicadores arqueológicos que parecían una mala lista de la compra. Póngase una pizca de sepultura, tres gotas de adornos corporales, un poquitín de arte mobiliario y unos pellizcos de arte parietal y cocínese a fuego lento durante cien mil años: saldrá un suculento hombre moderno, presto a expresar pensamientos simbólicos en toda su profundidad…

A diferencia del pensamiento simbólico, para evidenciar la presencia del rito no necesitamos descubrir objetos excepcionales —una sepultura, un adorno—, basta con el análisis de las estructuras generales de las sociedades humanas. Aquí puede que se perfilen los ritos de paso a la edad adulta, allí ciertas formas ritualizadas de canibalismo. Ahora que conocemos un poco mejor a los pueblos del bosque, volvamos a nuestra cueva caníbal. Cualquiera que sea la época real en que tuvieron lugar aquellos acontecimientos —ya sea en efecto hace ciento veinticinco mil años, en la misma época de nuestros cazadores de castores del Ouvèze, o hace cien mil años, en la época de nuestro pueblo del ciervo—, ¿cabe aceptar que esas sociedades neandertales del valle del Ródano no fueran capaces de adaptarse a la vida en aquellos

inmensos bosques? ¿De verdad cabe considerar que no supieron encontrar animales que cazar, cuando a tres días de camino esos mismos bosques eran lo bastante ricos como para acoger la mayor biodiversidad animal jamás documentada en la región mediterránea? ¿Pudieron esos bosques alimentar a familias de leones, pero no a hombres?

Lévi-Strauss señalaba que, cuando el deseo antropófago no es señal de hambre extrema, su causa solo podía ser mágica, mística o religiosa…, una antropofagia positiva…

Lejos de la búsqueda de objetos o de actos constitutivos de sentido, un enfoque estructural de estas sociedades pasadas, de estos pueblos del bosque, nos permite contemplar la existencia del rito. De ritos de paso a la edad adulta, de ritos concernientes al tratamiento del cuerpo de los muertos.

Eso asimilaría la criatura a la humanidad. ¿Pero a nuestra humanidad? No estés tan seguro…

# 5

# SOBRE LA ESTÉTICA NEANDERTAL

¿Existe una contemplación estética propia del neandertal? Yo no tengo la menor duda. El conjunto de sus artesanías lo atestigua de miles de formas. Miles de sus objetos presentan, en su producción material, la búsqueda de un equilibrio y una elegancia muy por encima de su funcionalidad. Por lo general, estas cualidades de las herramientas neandertales solo se consideran de forma marginal, como si su estética no fuera más que un subproducto de su funcionalidad. Un daño colateral, y además bastante nocivo, pues no nos informaría sobre las estructuras mentales neandertales…

## EL ARTE NEANDERTAL, PENSAMIENTOS VOLÁTILES

Pero toda una parte de la comunidad científica te asegurará que hemos descubierto el arte neandertal. Arte mueble, adornos e incluso arte parietal, el gran arte de las cavernas… Por lo tanto, la criatura no sería en sus estructuras mentales más que nosotros-mismos, y solo nuestra mirada racista nos habría permitido obviar su humanidad. Otra víctima del maldito hombre de las cavernas…

No te equivoques, las bases de ese arte neandertal son muy poca cosa. Rastros ambiguos, mucho más ambiguos que los ritos de la vida y la muerte de los pueblos del bosque… Garras de aves rapaces, grandes plumas de aves de presa, conchas perforadas…, y ahí tenemos el collar del neandertal.

En 2014 publiqué junto con unos colegas italianos un estudio sobre la recuperación de garras de águilas procedentes de dos yacimientos, datados en unos cincuenta mil años. La primera de esas garras procedía de la cueva de

Rio Secco, en el norte de Italia. La segunda la había descubierto yo en el valle del Ródano, en la cueva Mandrin, una notable secuencia arqueológica que fosiliza ochenta mil años de asentamientos humanos, desde los pueblos del bosque hasta la extinción neandertal.

Tres años antes, ese mismo equipo italiano había publicado un estudio que armó mucho ruido. El análisis de unos huesos de aves descubiertos en la cueva de Fumane —en la ladera sur de los Prealpes venecianos— mostraba el acopio de unas plumas remeras, ese tipo de plumas que hay en el extremo de las alas. Que el hombre había estado recogiendo estas grandes plumas se descubrió en Fumane gracias al análisis de los huesos de numerosas especies de aves: quebrantahuesos, buitre negro, águila real, cernícalo patirrojo, paloma torcaz, chova piquirroja. El descubrimiento provenía de unos suelos datados hace cuarenta y cuatro mil años, asociados a cientos de herramientas de sílex sin duda neandertales. En esos tiempos, *Homo sapiens* todavía no había llegado a Europa occidental, y había razones para pensar que el hecho de hacerse con esas grandes plumas no estaba vinculado con estrategias funcionales o alimenticias. Por lo tanto, el neandertal las habría recogido sencillamente por su belleza. Lo más seguro es que para adornar su cuerpo. Los medios se hicieron eco de la noticia y en las redes sociales enseguida aparecieron un montón de imágenes del neandertal adornado con grandes plumas de colores. Nuestra mirada sobre la criatura volvía a dar un vuelco… Ya no era el neandertal, sino el último mohicano…

Estas indicaciones parecían coincidir con el sensacional anuncio del descubrimiento, en 2010, de unas conchas perforadas en los yacimientos neandertales de la cueva Antón y de la cueva de los Aviones, en el sureste de España: unas conchas que también fueron interpretadas como adornos neandertales.

Cuatro años más tarde, el descubrimiento de nuestras garras rapaces podía confirmar a la perfección esa imagen del neandertal coqueto, adornado con el tipo de atributos volátiles que resultan simbólicamente más recurrentes en numerosas sociedades tradicionales. Por otra parte, en diferentes yacimientos neandertales franceses ya se habían identificado otras cinco garras. Hoy en día, con el descubrimiento en 2015 de otras ocho garras de rapaces en el yacimiento de Krapina, en Croacia, puede decirse que ya se han hallado una docena. En cuanto a la edad exacta de las garras de Krapina, las excavaciones que allí tuvieron lugar en 1905 no garantizan ninguna fiabilidad, pero que son neandertales es casi seguro.

Estas indicaciones, procedentes de yacimientos del perímetro mediterráneo, fueron tomadas de inmediato como la prueba de expresiones visuales y simbólicas en el seno de las sociedades neandertales, atestiguadas desde hace ciento veinte mil años, hasta la extinción de esas poblaciones hace poco más de cuarenta mil años.

## Cenizas de nuestras ilusiones

En febrero de 2018, un estudio que aparecía en portada de la revista *Science* iba a poner la guinda en el pastel de estos descubrimientos sucesivos y a darle el golpe de gracia a una cierta imagen arcaica de las poblaciones neandertales, acabando de asimilar el neandertal a la plena humanidad. A nuestra humanidad.

El estudio anunciaba nada menos que el descubrimiento del arte parietal más antiguo del mundo, hallado en tres cuevas españolas: Ardales, La Pasiega y Maltravieso. Diferentes signos dibujados con ocre rojo, e incluso una mano negativa, hacían retroceder el arte de las cavernas más allá de los 67.000 años. El descubrimiento es desconcertante, esos 67.000 años se refieren a la edad de la capa superficial de concreciones que cubre los dibujos realizados con ocre. Por lo tanto, la datación establece una edad mínima; en realidad, las expresiones gráficas expresadas en esas paredes españolas podrían ser aún más antiguas. Pero 67.000 años es el doble de la edad de la cueva Chauvet, la cueva ornamentada más antigua del mundo, y estas tres cuevas nos estaban proyectando a una época en la que esas regiones ibéricas estaban ocupadas en exclusiva por el neandertal.

Pero es que, además, el arte neandertal no dejaba de retroceder en el tiempo. Si en 2010, las primeras publicaciones que mencionaban adornos neandertales apuntaban a una datación relativamente reciente —entre 50.000 y 44.000 años—, a partir de entonces la antigüedad de ese tipo de vestigios no ha dejado de retroceder. Así, poco a poco fuimos pasando de 50.000 a 70.000 años, y luego a 120.000. Como si el arte neandertal hubiera existido siempre. Como si fuera consubstancial a esa humanidad desde que el neandertal es el neandertal. Pero en 2019, el equipo científico de la cueva de Qesem, en Israel, notificó la recuperación de unas plumas de cisne, de paloma, de cuervo y de estornino, en niveles arqueológicos que tenían más de… 420.000 años… Mucho antes de cualquier población neandertal, y muy anterior a cualquier población sapiens…

Estas lejanas poblaciones pasadas anteriores al neandertal ¿se parecerían cada vez más a otro nosotros-mismos?

Algo no encaja.

Si tenemos en cuenta que la artesanía neandertal —conocida a partir de millones de objetos desenterrados desde hace más de ciento cincuenta años— nunca nos ha revelado esa sensibilidad neandertal, ¿cómo cabe entender esas poderosas expresiones simbólicas en las paredes de las cuevas?

Pero ¿y el collar de los neandertales? ¿Y esas garras de rapaces, esas conchas perforadas, esas enormes y coloridas plumas remeras?

En realidad, el análisis crítico reduce a cenizas todas esas ilusiones… Ni uno solo de esos objetos está siquiera mínimamente manufacturado, ninguno presenta la menor huella intencional de una modificación artesanal. En realidad, después de un siglo y medio de investigaciones, ¡no hemos encontrado ni un solo agujero en un solo adorno neandertal! No estamos ante hechos concretos, tangibles, objetivados, sino ante interpretaciones, proyecciones y construcciones.

En este juego, los pájaros coleccionistas de objetos brillantes o bien coloridos —como la urraca— lo hacen tan bien como los neandertales. Los *bowerbirds* —aves de Nueva Guinea y Australia— llegan al punto de recoger cientos de objetos como rocas, flores, conchas y plumas, en función de categorías de formas y colores, con el propósito de colocarlos con fines estéticos, adornando la entrada de sus nidos para hacerlos acogedores y atraer a las hembras. Los neandertales a tanto no llegan, aquí la criatura es superada por los pájaros que ella misma se supone que usaba como vestimenta… La recuperación de objetos singulares —cristales, fósiles, rocas de colores— está atestiguada en el neandertal desde hace mucho tiempo. Pero también lo está en el australopiteco, hace unos tres millones de años, en este caso bajo la forma de un pequeño guijarro de jaspe con formas sorprendentes, que fue hallado en el yacimiento de Makapansgat, en Sudáfrica. Así pues, en este punto —el del pájaro y el del australopiteco— estamos en el territorio de la etología de los animales antiguos, lo cual no establece la menor noción de humanidad.

¿Deberíamos tirar a la basura el collar del neandertal, como una nueva proyección de nuestras fantasías sobre la criatura? ¿En serio?

Pero ¿y las conchas perforadas?

El análisis microscópico detecta zonas pulidas en su superficie, consecuencia tal vez de la suspensión de esos moluscos por medio de un cordel o de fibras vegetales, o incluso del roce de algunos de esos moluscos

entre sí… ¡Eso vencería por KO tanto a los pájaros como a los australopitecos!

Pero no nos precipitemos… Esos agujeros los hicieron… unos cangrejos. Lo único que hizo el neandertal fue recoger un puñado de conchas de la playa, algunas con agujeros naturales, otras sin. Si recogieron algunas conchas sin agujero, ¿no será que el agujero no establece la función del objeto? Un estudio llega al punto de demostrar que, en una recolección aleatoria de moluscos saldría la misma proporción de moluscos perforados que de no perforados. Otros estudios llegan a conclusiones distintas. No creas que ni unos cálculos ni los otros nos permiten discernir la función de las conchas, lo único que conseguimos es contraponer unos planteamientos estadísticos con otros… Pero con independencia de si el agujero hace o no hace la función de esas conchas perforadas, una cosa está del todo clara: sus agujeros son naturales, y no le confieren en absoluto a esos objetos la función de adorno. Precisamente, los indios de las llanuras usaban el mismo tipo de moluscos como herramientas acústicas. No para producir melodías sino como objetos puramente técnicos: carracas que al ser agitadas servirían para hacer ruido y azuzar a las presas en ciertas técnicas de caza…

Pero ¿y las garras de rapaces?

Cuando en 2014 accedí a firmar aquel estudio en colaboración con mis colegas italianos, puse como condición calibrar muy bien nuestras conclusiones en lo tocante a la función simbólica de esos objetos. Propuse hablar de evidencia negativa… Una evidencia positiva sería un objeto manufacturado, bastaría con un simple agujero horadado por el hombre. Con un simple agujero. Pero tras ciento cincuenta años de arqueología, todavía estamos por encontrar un solo agujero neandertal, o una mínima pista que nos permita afirmar que esos objetos fueron portados a modo de adorno. La garra de un águila aun atrapada en su caja córnea puede constituir una herramienta muy útil para perforar materiales blandos o cueros. Al agarrarla con la mano, podría producirse un efecto de pulido que se asemejaría a las marcas encontradas en algunas de las garras de Krapina. Los restos de una fibra animal (¿tendón?) asociados con depósitos de ocre y carbón, presentes en la base de una de esas garras, podrían sugerir que la base de la garra fue cubierta por una resina. El uso de resinas para enmangar herramientas está ampliamente documentado en contexto neandertal. Y esas técnicas suelen requerir del uso de fibras, así como de la adición de una mezcla de ocres y carbones, que confiere resistencia y elasticidad a las colas usadas. Esta

interpretación los equipos de Krapina no la aceptan, ni siquiera la mencionan, y una vez más arraigan esos indicios en un inconsistente collar neandertal.

Pero ¿y las plumas?

Como en ellas no se intuye ninguna función inmediata —ni nutritiva ni funcional—, y su belleza es evidente, por lo general se las sitúa en el ámbito simbólico. Precisamente a esa belleza le han sacado provecho innumerables sociedades tradicionales del mundo. Esa belleza es un hecho objetivo, eso es cierto. No es en absoluto el subproducto de la mirada subjetiva de ciertas culturas humanas sobre las plumas. En el medio natural, una de las funciones de las grandes plumas de colores remite directamente a la ostentación del macho para seducir a la hembra. Es el principio de la cola del pavo real… ¿Se estaría limitando el hombre a imitar al pájaro? Si ese es el caso, entonces sí, el neandertal se habría adornado el cuerpo usando un modo de expresión que evoca al instante un comportamiento documentado en el seno de nuestras propias sociedades sapiens. Belleza objetiva pues, universal, atravesando no solo las culturas, sino las especies animales. La belleza de la pluma no es cultural, no es solo cosa de los navajos o los indios Kayapó; tiene el poder de marcar e impresionar a cualquier cultura humana, y de forma más amplia a los seres vivos —desde *Homo sapiens* hasta el urogallo—, lo cual nos remite directamente a las ideas de Lucien Scubla y de André Leroi-Gourhan, que de algún modo relacionan a los hombres con el reino animal: plumajes y cantos entre los pájaros, adornos y ritmos musicales entre los hombres. Pero al hombre no le crecen plumas de forma natural, y el hecho de recogerlas y transformar unos productos naturales en adornos culturales marcaría un salto dialéctico fundamental en cuanto a la estructura de las sociedades humanas. Y si en el caso de las garras de rapaces o las conchas —que ningún neandertal perforó jamás de forma voluntaria— podemos dudar de su función real —¿las garras se usarían como barrenas?—, la búsqueda sistemática de grandes plumas nos interroga con mayor profundidad, porque instintivamente no les vemos otra función inmediata, aparte de la visual.

Entonces ¿¡la pluma sí funciona!?

Hay que contemplar la posibilidad de que no… Poniéndome un poco cínico podría afirmar que tal vez las plumas fuesen unos maravillosos mondadientes, y que precisamente el uso de mondadientes está bien documentado en el neandertal por medio del análisis de las marcas que dejaron en sus dientes. Pero no trato de ser cínico. Trato de entender. Trato de tomar a la criatura por lo que es, de renunciar a mis propios sentimientos, a mis propios deseos, a mis propias proyecciones. Trato de entender contra mí

mismo. Contra mi instinto. De abrir con severidad los ojos ante la criatura y ante aquellos lejanos antepasados, puesto que ahora mismo la recogida de plumas está atestiguada hace más de 420.000 años.

Por desgracia, la pluma ha sido sancionada demasiado deprisa como inútil y no consumible. Nuestros reflejos de occidentales no nos permiten entender qué hay en la pluma que podría ser consumido. Ese es tal vez uno de los indicadores de los muchos conocimientos perdidos de las sociedades de cazadores-recolectores.

Me viene a la memoria la siguiente frase de Jean Malaurie, nuestro explorador polar: «Iba a empezar a cazar, a conducir mi trineo, a comer carne cruda, a chupar la energética grasa blanca rosada y muy olorosa de los cálamos de las plumas de pájaro y de los huesos podridos de pájaros (el famoso Kiviak)». Soponcio.

Las plumas no solo no son residuos sin proteínas, sino que poseen propiedades energéticas excepcionales, y entre los inuit son especialmente populares…

También la pluma había caído, uniéndose a las conchas de cangrejo y a aquella preciosa pulsera de garras de águila…, en nuestro imaginario había caído. En nuestras fantasías. En nuestras miradas. En nuestras proyecciones… Insisto, es el sapiens mirando al neandertal. El sapiens vistiendo a la criatura con lo que el sapiens es. Forjándolo como él mismo, incapaz de concebir una humanidad que no sea la suya.

Las malas lenguas dirán que uso un doble rasero, que lo que en el sapiens lo interpreto como adorno, en el neandertal lo interpretaría de otro modo. Semejante acusación sería en realidad una mentira cínica. Supondría negarse a aceptar, a ver, a concebir. ¿Por qué?

Porque en *Homo sapiens*, interpretar una concha perforada de forma natural como un adorno supone recordar que en esa humanidad conocemos millones de conchas perforadas deliberadamente y adornadas de modo inequívoco. También supone olvidar que los más antiguos adornos de conchas —descubiertos en la cueva de Blombos, en Sudáfrica, que tiene unos ochenta mil años— ya están trabajados, y no son el simple ensamblaje de unas conchas perforadas por cangrejos. La presencia en los moluscos o en las garras de rapaces de tal o cual microtraza de pigmento ocre no enriquece en nada su interpretación. Los ocres se utilizan en numerosos procesos técnicos, que van desde el tratamiento de pieles hasta la protección solar o la confección de resinas para enmangar herramientas. Se encuentran comúnmente dispersos en los suelos prehistóricos, donde sus polvos tiñen

herramientas y huesos de forma aleatoria. La presencia de ocres, de hematites o de cualquier otra materia que tiene el efecto colateral de colorear no ofrece evidencia alguna sobre la sensibilidad estética de aquellas poblaciones.

Es probable que una cierta cantidad de los moluscos perforados hallados en yacimientos sapiens del Paleolítico e interpretados como adornos, en realidad solo hayan tenido una función puramente técnica: pesos, carracas de caza o herramientas para tensar fibras o cuerdas. Pero en las sociedades sapiens se han documentado millones de adornos de concha, a veces cubriendo los cuerpos de los difuntos en sus sepulturas. Por tanto, el error no tiene ninguna incidencia particular. La interpretación errónea no afecta en absoluto a nuestra comprensión de esas lejanas poblaciones pasadas. En cambio, proyectar ese error sobre una humanidad de la que no sabemos nada, y para la cual ciento cincuenta años de investigación no han permitido documentar ni un solo adorno manufacturado, es un error de bulto. Un error que puede tener consecuencias desastrosas para nuestra concepción de esas realidades pasadas.

Sencillamente, el primer agujero neandertal —ya sea practicado en una concha, en un diente o en un hueso— está aún por aparecer. Así pues, lo que hacemos es aceptar sin el menor recato el confinamiento de esa humanidad en nuestras propias concepciones, en nuestra propia forma de estar en el mundo. Aceptarlo comporta negarse a estudiar esas poblaciones por lo que fueron en realidad. Convertir al neandertal en un espantapájaros mal disfrazado que no es él, sino nosotros. Matamos dos veces la criatura.

Armados con este conocimiento sobre los asombrosos «símbolos neandertales», ahora ya podemos enfrentarnos al origen del arte de las cavernas, y a aquel estudio que en 2018 fue portada de una de las revistas científicas más prestigiosas del mundo… *Neanderthal made cave art… Really?*

No encaja. No encaja en absoluto con los millones de datos de que disponemos sobre estas poblaciones. Encaja a la perfección con una cierta visión orientada —y en auge desde hace varias décadas— pero no se ajusta en absoluto a los hechos arqueológicos concretos. Pero ¡en fin! Después de más de ciento cincuenta años de arqueología, de excavar millones de metros cúbicos de suelo neandertal, ¿dónde están los adornos trabajados por los artesanos, o los colgantes evidentes y patentes del *collar*? ¿Dónde están las estatuas de marfil? ¿Dónde están las placas de esquisto decoradas con símbolos? ¿Dónde están los huesos grabados con frisos de caballos y bisontes? En las sociedades paleolíticas llevadas por sapiens —que sustituyen

al neandertal en un mismo momento y en esos mismos territorios—, ese tipo de objetos los producen en cantidades casi industriales…

El neandertal es un gran artesano. ¿Por qué no iba a transformar la materia con fines estéticos, visuales o simbólicos? Si los arqueólogos no disponemos de esos objetos transformados, de esos objetos manufacturados, es o bien porque no existen o bien porque son tan excepcionales que quizás todavía no los hemos encontrado —o porque habiéndolos encontrado no los hemos sabido reconocer—. Si tales objetos llegasen a emerger de las viejas cuevas neandertales, deberíamos evaluar su significación profunda sin proyectar en ellos nuestra propia concepción del mundo. Semejante descubrimiento nos abriría las puertas de su mundo mental, que nunca hemos podido documentar con precisión, puede que entre otras cosas porque, básicamente, en el neandertal no vemos más que al sapiens…

Sobre la base de todos estos interrogantes, y en colaboración con Jean-Michel Geneste —director del equipo científico de la cueva Chauvet—, acabaríamos montando un equipo para analizar con precisión la estructura de las medidas fisicoquímicas de las dataciones que permitieron reconocer ese arte parietal neandertal. Nuestro estudio será publicado en la misma revista, *Science*, y su conclusión es que las edades obtenidas en esas cuevas españolas no pueden validarse, partiendo de las bases —incluso fisicoquímicas— presentadas en la publicación. Mucho más que de ciencia, ese arte neandertal de las cavernas era cuestión de fe…

## El juego de los garabatos y otras monerías

En el punto en que estamos, del arte neandertal ya no nos queda gran cosa. Interpretaciones de trazos confusos, unas pocas líneas paralelas o entrecruzadas sobre un hueso, sobre un guijarro o sobre el suelo de una cueva. Trazos. Garabatos…

En 1962, el famoso zoólogo Desmond John Morris publicó un compendio notable: *Biología del Arte. Estudio de la creación artística de los grandes simios y de su relación con el arte humano*. En él se refiere al proceso de aprendizaje de los monos en el uso de un trozo de tiza o de un pincel. Los monos se apasionaron por ese juego del garabato. Cada individuo desarrolló un estilo propio que fue evolucionando a lo largo de los años, pasando de hacer trazados en abanico a trazados circulares o en cruz. Desmond Morris no supo establecer un paralelismo completo entre sus propias investigaciones y

los datos prehistóricos, pues no los dominaba bien, y fue Franck Bourdier —uno de los grandes prehistoriadores del siglo XX— quien planteó las posibles conexiones que podían intuirse entre esos experimentos con monos y lo que sabemos de los neandertales gracias a la arqueología.

Sesenta años más tarde, y a pesar de la frenética búsqueda del menor indicio que estas poblaciones hubieran podido dejar atrás, para intentar acercarnos a un arte neandertal que cada vez parece más inconsistente, una mirada distante no encuentra nada mejor que esos pocos garabatos. ¿Tan alejada de nosotros estaría la criatura en sus estructuras neuronales? Puede que estemos buscando mal. Que no estemos buscando en el lugar correcto. Que nuestra estrechez de miras en relación con esa humanidad nos impida formular las preguntas que permitirían evaluar serenamente la realidad objetiva de esas poblaciones.

Pero sea cual fuere la razón de esta paradoja neandertal, ni las conchas que hemos visto ni las plumas ni las garras ni los colorantes nos permiten llegar a conclusión alguna sobre la posible sensibilidad estética del neandertal. Hoy en día, lo que adorna a la criatura con esos colgantes de colorines es nuestra mirada y nada más que nuestra mirada. Y cuando a uno lo caracterizan de lo que no es, siempre se ve un poco ridículo…

Tendremos que volver a abrir este expediente cuando descubramos el primer agujero, la primera ranura, la primera evidencia artesanal de la transformación voluntaria de un objeto con formas y colores singulares. Solo entonces podremos plantearnos cuál es el significado de tales actos. Mientras tanto, circulen por favor, el archivo está vacío. ¿O es que por el contrario estará demasiado lleno de nuestras ideas preconcebidas de la humanidad?

En tal caso, en los trescientos mil años que dura el Paleolítico medio, del collar del neandertal no quedaría nada en absoluto.

Qué pensar entonces de los adornos hallados para los últimos milenios de la era neandertal, durante la cual la cultura Châtelperroniense presenta los más antiguos colgantes deliberadamente transformados de Europa occidental: dientes perforados, arandelas de marfil labradas, fósiles ranurados…

## ¿Caída de nuestra última fantasía neandertal? Neandertal, ¿estás ahí?

En una buena novela, la historia da un vuelco en las últimas líneas, arrojando una luz nueva sobre la trama y modificando la percepción del lector. Pues el neandertal, lo mismo. Durante mucho tiempo hemos aspirado a comprenderlo a partir de sus últimas creaciones artesanales y sus últimas herramientas, que atestiguarían su genio a las puertas de la muerte. El lacito final antes de que caiga el telón, el último momento en que el jugador de póker descubre sus cartas y revela su juego. Durante mucho tiempo, la búsqueda de un arte neandertal se ha venido dando de bruces contra un vacío prácticamente sideral de algún tipo de simbolismo neandertal. Ningún adorno. Ninguna cueva ornamentada. Ninguna decoración grabada. Fue entonces cuando se empezó a buscar frenéticamente el menor pintarrajo neandertal para atribuirle la expresión creativa de la criatura, lo cual se reveló una quimera cercana a la pareidolia, un desconcertante juego de creaciones de formas en las nubes que nunca ha arrojado material satisfactorio, justo cuando en las últimas expresiones culturales de estas sociedades neandertales, en especial dentro de la cultura Châtelperroniense, parecían aparecer datos significativos.

La Châtelperroniense es una cultura prehistórica en apariencia muy localizada en ciertas regiones de Europa occidental. Precisamente, parece estar muy circunscrita a Francia, entre los Pirineos y Borgoña, exceptuando la zona mediterránea y el amplio valle del Ródano, que no obstante representa uno de los corredores migratorios más importantes del continente europeo. También en la península ibérica, entre la cornisa cantábrica y la costa mediterránea, existen también algunos puntos aislados de estas sorprendentes tradiciones châtelperronienses. Se trata de tradiciones bien definidas en el tiempo, ya que sustituyen a las tradiciones clásicas neandertales en sus últimos milenios, hace entre 40.000 y 45.000 años. Desde hace más de setenta años, una gran parte de la comunidad científica atribuye el Châtelperroniense a las últimas poblaciones neandertales. Sin embargo, para algunos investigadores, entre los que yo me cuento, esta atribución sigue siendo objeto de un intenso debate, pues si se estudia con atención, el origen de estas tradiciones no parece vincularse sino de un modo muy superficial con las habilidades neandertales conocidas para esos mismos espacios geográficos.

Y con razón, pues con el Châtelperroniense los filos finamente puntiagudos han reemplazado de forma definitiva las toscas esquirlas del Musteriense. Moldeados en punta de dorso retocado, estos objetos relativamente estandarizados no se corresponden sino de un modo muy lejano con la producción artesanal neandertal anterior. En cambio, presentan una afinidad muy clara con las herramientas y el armamento de las poblaciones

modernas que más adelante ocuparán Europa. Así, con la cultura del Châtelperroniense, se supone que el neandertal estaría reelaborando su artesanía siguiendo la moda del nuevo orden mundial, justo cuando *Homo sapiens* se expande por Europa… ¿Cómo es eso posible? Qué casualidad más grande que unas sociedades cuyo equilibrio artesanal se ha mantenido estructuralmente inmutable durante cientos de miles de años, inventen de repente unas formas de estar en el mundo que, a fin de cuentas, serán propias de sus sucesores sapiens durante los últimos treinta mil años de la prehistoria…

En los años cincuenta, André Leroi-Gourhan encontró una serie de «vestigios humanos modestos, pero presentes en todas las capas», en las excavaciones arqueológicas de los asentamientos châtelperronienses de la cueva del Reno, en Arcy-sur-Cure, en Borgoña. Se trata principalmente de unos dientes cuya singular morfología permitía pensar que el neandertal estaría en el origen de esas asombrosas producciones del Châtelperroniense. Una artesanía prehistórica muy notable, que también incluía bonitos adornos elaborados a partir de dientes y de marfil, así como cantidad de puntas de hueso y de cuernos de reno, y pequeñas perlas perforadas en fósiles. De repente, las tradiciones de la prehistoria antigua que habían guiado la artesanía durante cientos de miles de años eran cosa del pasado, y en esa nueva forma de estar en el mundo del Châtelperroniense aparecía toda la modernidad del nuevo mundo.

En 1979, con el descubrimiento de un esqueleto neandertal en el yacimiento de Saint-Césaire —precisamente en una unidad arqueológica atribuida a ese famoso Châtelperroniense—, se confirmaría la atribución al neandertal. Así pues, el neandertal habría roto de forma repentina con un mundo artesanal y un universo mental que, no obstante, se había estado perfeccionando y renovando de generación en generación desde el albor de los tiempos. Este nuevo universo neandertal expresaría, con un nivel de competencia absoluto ya de entrada, las funciones de signos y de afirmaciones simbólicas y estéticas, tanto del individuo como del grupo, a través de una enorme cantidad de objetos manufacturados en materia animal.

Las sociedades neandertales se quitarían pues la máscara justo al llegar a la línea de meta, en el preciso instante de su extinción. Serían plenamente humanas desde el principio, y su estasis técnica, nunca puesta en cuestión en más de trescientos mil años, sería nada más que la expresión de una singular opción cultural que no dejaba apreciar su naturaleza profundamente moderna.

Ante la improbable convergencia entre esta explosión creativa y la llegada a Europa de *Homo sapiens*, las malas lenguas propusieron que el neandertal fue un mal imitador de los hombres modernos recién llegados a su territorio. La criatura copiaba sin entender, repetía como un lorito frases sin gramática. Y sin embargo, puede que en los diferentes horizontes arqueológicos del Châtelperroniense encontremos más objetos sobreinterpretados que en la totalidad de restos arqueológicos de los primeros hombres modernos en todo el continente europeo. Es un extraño embrollo, en que por una parte tendríamos a un neandertal genial, y por otra a una criatura que imitaría las nuevas artes modernas. Dos ideologías enfrentadas. No se trata de una lucha entre el neandertal y el hombre moderno. La lucha es nuestra. Una lucha que divide a la comunidad científica en dos posiciones irreconciliables. El neandertal ya no está, así que solo existe en nuestras almas y en nuestra conciencia. Y no hay solución sencilla, ni en nuestras ciencias ni en nuestras conciencias.

Cuando el asunto parecía cerrado desde hacía más de treinta años, en 2010 un estudio del laboratorio de Oxford aportó información nueva. Consistía en un análisis detallado de los niveles châtelperronienses de Arcy-sur-Cure, basado en un amplio corpus de dataciones con carbono-14. Los resultados iban a hacer mucho ruido. La edad del Châtelperroniense de Arcy se extendía a lo largo de más de veinte mil años, entre 25.000 y 45.000. No obstante, las tradiciones del Châtelperroniense no perduraron más que cuatro o cinco mil años… La excavación —meticulosa pero antigua— no había podido distinguir restos arqueológicos que pertenecían a edades muy diferentes, y reagrupó objetos de naturaleza y edad radicalmente diferentes. El alcance de esta mezcolanza —anecdótica para algunos, definitiva para otros— ha sido y sigue siendo objeto de sangrientas controversias, con dos bandos científicos irreconciliablemente enfrentados, sin concesiones ni posibilidad de diálogo.

El monólogo es oro, y nadie puede saber si en el Châtelperroniense de Arcy el neandertal tenía el papel de maestro cantor o el de lorito…

La cuestión podría aclararla otro yacimiento. Estamos en 1979 en Saint-Césaire, un pequeño municipio de Charente-Maritime, cerca de Saintes. La paleta de albañil de François Lévêque encuentra los restos de un cuerpo neandertal. El descubrimiento crea una gran expectación: los restos neandertales son muy escasos; solo hay que tener en cuenta que, desde entonces, en Francia no se ha vuelto a descubrir ninguno. Igual de relevante es que el cuerpo es hallado en un nivel châtelperroniense, lo cual parece clausurar el debate sobre quién sería el autor de esas primeras tradiciones

modernas. Pero casi cuarenta años después, en 2018, un equipo de la Universidad de Burdeos dirigido por Brad Gravina y Jean-Guillaume Bordes se pregunta por la relación entre los restos y el cuerpo, y demuestra que el cadáver neandertal podría pertenecer a algún asentamiento más antiguo y que no nos ofrecería ninguna información sobre el autor de ese famoso Châtelperroniense…

Así que la secuencia de la cueva del Reno en Arcy-sur-Cure vuelve a ser la única que nos permitiría reconocer a la población que estaría en el origen de una de las primeras culturas modernas de Europa occidental… Pero ya hemos visto que la integridad de los niveles arqueológicos de Arcy sigue estando en cuestión, y a falta de nuevos descubrimientos, ahora se intenta hacer hablar hasta al último huesecillo de Arcy, contrarrestando los problemas de datación y de homogeneidad de sus colecciones con múltiples análisis biomoleculares y dataciones directas. Pero eso es como usar la tortura para hacer hablar al acusado. Ya hemos visto la escasísima fiabilidad de las dataciones radiométricas para este periodo, y los análisis biomoleculares se basan en la premisa de que, en el género *Homo*, existe una distinción clara entre el sapiens y el neandertal, la cual partiría del análisis de las proteínas antiguas halladas en sus huesos… Hoy en día, el debate dista mucho de estar cerrado. Y si bien es cierto que los dientes encontrados en estos niveles arqueológicos de Arcy son sin duda neandertales, no puede asegurarse que estén asociados a la artesanía del Châtelperroniense. Además, el análisis de la artesanía de Arcy revela una sorprendente convivencia de tecnologías modernas con otras clásicamente neandertales. Un poco como si encontráramos un transistor en una ciudad galorromana…

Así pues, desde la década de 1970 no hay ninguna nueva secuencia completa —con sílex, vestigios óseos y restos humanos— que nos permita actualizar nuestro conocimiento sobre la estructura concreta de estas sociedades, que no obstante representan una de las primeras culturas modernas reconocidas en Francia. Entonces ¿quién fue el autor: el sapiens o el neandertal?

En los escasos yacimientos châtelperronienses nuevos que han aparecido durante los últimos cuarenta años no se ha encontrado ningún vestigio humano, y de restos óseos solo unos pocos. ¿Cómo vamos a conocer a estas poblaciones sin restos óseos? No podemos considerar de forma directa su caza, sus estrategias logísticas ni su organización. En cuarenta años, los pocos yacimientos châtelperronienses apenas nos han dado un puñado de huesos corroídos por los suelos y por el tiempo, lo cual afecta directamente a nuestra

comprensión de estas sociedades. En cuanto a quién estuvo en el origen de estas tradiciones, si el neandertal o el sapiens, si excluimos el esqueleto de Saint-Césaire —de cuyo vínculo con el Châtelperroniense no podemos estar seguros—, básicamente solo contamos con los restos de un solo yacimiento, desenterrados hace más de sesenta años. Desde entonces, no se ha encontrado ni un solo hueso humano, ni un solo diente. Lo mismo puede decirse de herramientas de huesos y adornos hechos con marfil o con cuerno de reno, para el instante preciso de la aparición de esta artesanía. Una muy mala noticia, pues este material artesanal es el que determina la entrada de las sociedades humanas en la prehistoria reciente, y el que en Europa acredita el tránsito del neandertal al sapiens.

La epopeya moderna del Châtelperroniense podría ser obra del neandertal. Pero es muy posible que los restos de ese transistor no sean romanos, y que al considerar sus componentes electrónicos estemos soslayando esa posibilidad y transformando a la criatura en nosotros-mismos, con fórceps y con prisas.

La paleogenética —en plena expansión— podría acabar demostrando que el autor del Châtelperroniense no es el que esperábamos. En tal caso, ¿cabría la posibilidad de que esa cultura no representase la última expresión de ciertas sociedades neandertales, sino que marcase la llegada a estos territorios europeos de poblaciones sapiens?

Hago la pregunta sin ninguna idea preconcebida. Como también descifro sin ningún tabú —en un estudio reciente— las asombrosas relaciones que podríamos establecer entre las estructuras del Châtelperroniense y las de algunas tradiciones contemporáneas documentadas en el este del Mediterráneo. Este estudio propone que la zona geográfica en la que aparece esta cultura es la región levantina. Pero en las laderas de la cordillera del Líbano, estas tradiciones técnicas están sin duda asociadas al hombre moderno.

La hipótesis invita a redefinir por completo nuestra concepción de las primeras tradiciones modernas en Europa occidental, devolviendo el Châtelperroniense al ámbito exclusivo de *Homo sapiens*.

De ser así, parece fundamental contemplar la duda en nuestro planteamiento. En caso de que futuras investigaciones llegaran a confirmar mi hipótesis, y teniendo en cuenta cuán ambiguos son los datos sobre la existencia de un arte neandertal, hoy en día no habría una base científica lo bastante sólida para sostener que el neandertal y el sapiens siguieron trayectorias evolutivas convergentes, las cuales, de forma sorprendentemente sincrónica, coincidirían en la aparición del pensamiento simbólico.

Teniendo en cuenta el modo en que tanto las grandes revistas científicas como los medios de comunicación de masas han aprisionado a estas poblaciones en una visión estrechamente antropocéntrica, puede que la lectura de este capítulo sorprenda a algunos, ya sean investigadores o apasionados del tema. En mi opinión, semejante visión supone un alejamiento de los hechos estrictamente arqueológicos. No remite a ninguna realidad concreta en cuanto a la producción material o inmaterial del neandertal, ni ofrece información alguna sobre la estructura mental concreta de esas poblaciones.

La lectura aquí propuesta sobre este «arte neandertal volátil» no es un simple ejercicio de deconstrucción. No pretende provocar, ni tampoco cuestionar de forma gratuita la naturaleza de la criatura. Vuelve a centrar el debate en su materialidad real, y se interroga sobre las nociones de verdad histórica y etológica aplicadas a unas poblaciones de las que sabemos muy poco, y que tenemos que dejar con urgencia de disfrazar de nosotros-mismos.

## EL ESPANTAPÁJAROS MAL DISFRAZADO

Con seguridad habrás escuchado que si te cruzaras en el metro con un neandertal no lo reconocerías. Pues bien, te han mentido…

En libros y entrevistas sobre la criatura, encontrarás innumerables variaciones de esta frase. Normalmente, los investigadores sitúan el origen de la parábola en los escritos de William Strauss y Alexander Cave, publicados en 1957 con motivo del centenario del descubrimiento del espécimen tipo del hombre de Neandertal. Sin embargo, fue escrita casi veinte años antes por la pluma del profesor Carleton S. Coon. En concreto, en su obra de 1939 sobre las razas del Europa,[3] donde Coon utilizaba esta imagen de un neandertal recién afeitado, con traje, corbata y sombrero neoyorquino, para «ilustrar que, muy a menudo, la impresión que tenemos de las "diferencias raciales" entre grupos humanos suele depender en gran medida de la barba y la forma de vestir». Estamos en 1939, una época en que las nociones sobre la clasificación de las poblaciones humanas conducirán a Occidente hacia su colapso, hacia una guerra total. Ese mismo año de 1939, en una cueva de la región de Tánger, en Marruecos, Carleton S. Coon descubre un fragmento de maxilar y lo atribuye al neandertal —hoy en día sabemos que en realidad pertenecía a un *Homo sapiens*—. La obra de Coon dividía a la población europea en diecisiete razas, algunas de ellas mestizas con el neandertal, que él opone a los «sapiens puros» de la Europa mediterránea. Para Coon, la imagen de ese

neandertal a la moda neoyorquina —con su sombrero trilby— no se inscribía en un proceso de rehabilitación del neandertal, sino en una propuesta más atrevida: la posible continuidad de las poblaciones —y en consecuencia, de sus rasgos morfológicos— en las diferentes regiones del mundo.

Ilustración publicada en 1939 por el antropólogo Carleton S. Coon en su libro *Races of Europe*. (Macmillan Company, cf. https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.222580/page/n5/mode/2up, p. 24).

Este neandertal en el metro no supone ningún tipo de rehabilitación de la criatura, porque no deja de ser una simple construcción imaginaria. Fijémonos en que el sombrero oculta nada menos que lo más decisivo de sus rasgos morfológicos, localizados precisamente en la parte superior de la cabeza, desde las cuencas de los ojos hasta la parte posterior del cráneo: torus supraorbitario, frente huidiza, moño occipital. Hay que reconocer que, bien oculto por telas, velos y disfraces, nadie podría reconocer a un neandertal en el metro. Pero sucede que nos estamos proyectando en el universo folclórico de los Grimm y de Perrault, donde el lobo imita a su propia víctima: «La abuela estaba acostada con el gorro tapándole casi toda la cara, tenía una pinta muy rara». En relación tanto al lobo como al neandertal, cabe recordar que, para los que van disfrazados, la historia siempre acaba de forma trágica…

Esta proyección de un neandertal vestido con traje, urbanita y deambulando de incógnito por el metro, se ha instalado desde los años treinta en el discurso y las exposiciones dirigidas al gran público. Al convertirlo en ciudadano, ¿estamos rehabilitando al neandertal? No es más que un travestí de nosotros-mismos, un producto de nuestra mirada fantasiosa, un símbolo de nuestras proyecciones occidentales. Y no hablo de una simple proyección popular y divertida, como la del cavernícola arrastrando a su hembra por el

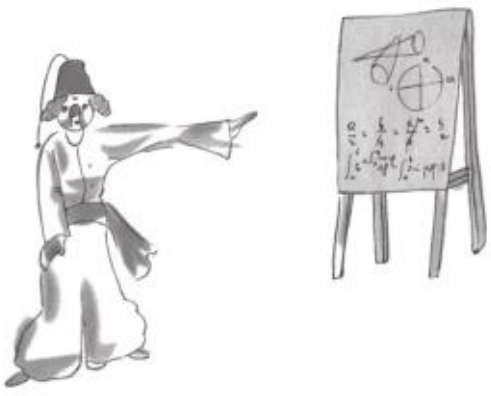
pelo. En este caso el daño es mucho más profundo. Esta imagen, que surgió hace casi un siglo, ha sido retroalimentada de generación en generación por el propio estamento científico. El neandertal en el metro no es en absoluto una rehabilitación de la criatura basada en los más recientes descubrimientos científicos. Es una construcción nuestra, un mito, una representación. El neandertal en el metro es una obra estrictamente ideológica que nada nos dice del neandertal, sino más bien de nuestra propia sociedad, de nuestros tabúes y de nuestro puritanismo intelectual en relación con la noción misma de diferencia.

Vemos así el desafío que supone la simple representación del neandertal. De hecho, para comprender lo que fueron estas poblaciones extintas, su morfología ósea tiene una importancia muy secundaria. Si en efecto el neandertal, en un momento dado del *Homo traje-corbata*, hubiera tenido la capacidad de fundirse por completo en lo que somos nosotros, la forma de su cráneo no sería más que una anécdota. Pero la forma del cráneo es solo una cáscara vacía, la parte fácilmente clasificable, morfológicamente analizable por el primer ordenador que se presente, sin necesidad siquiera de recurrir a una improbable inteligencia artificial. Hoy en día, el cráneo del neandertal no contiene más que aire. Ni siquiera escaneado a gran precisión nos dirá gran cosa sobre la estructura mental de estas poblaciones. El neandertal «profundo», el ser propiamente dicho no aparece fosilizado en ninguna de las estructuras óseas de su cráneo. La comprensión de esa materia —inhallable en el factor cráneo— exige de un conocimiento íntimo de la criatura, y este conocimiento no está al alcance ni de antropólogos ni de genetistas, que en este ámbito no saben nada. La estructura del pensamiento es sutil por naturaleza, sujeta a interpretación, y solo puede basarse en un conocimiento muy íntimo de los rastros que esta población dejó tras de sí.

Se trata de los conocimientos técnicos de estas poblaciones, de su forma de aplicarlos, de su relación con el mundo natural y con el mundo mineral, de su percepción del mundo de los seres vivos y del mundo de los muertos, de su concepción de sí mismos y de los demás. En eso reside todo. Y por eso nos proyectamos de forma inconsciente en la representación del neandertal con traje y corbata. Porque en este caso el hábito sí hace al monje. Es verdad que le confiere, que le impone a la criatura una cierta humanidad, pero solo nuestra humanidad. En toda sociedad humana, ya sea tradicional o irremediablemente globalizada, los códigos de vestimenta establecen tanto el nivel social como el estatus de humanidad.

También hay que entender que, sin llegar al determinismo de las diferencias estructurales de la capacidad cerebral, que podrían distinguirnos de los neandertales, existen simples divergencias culturales que, ocultas en nuestro inconsciente, distinguen entre humanos e *infra*-humanos. La literatura etnográfica sobre la representación de la vestimenta y la noción de humanidad es abundante. Saint-Exupéry nos recuerda que, en este punto como todos los demás, Occidente es una sociedad sin perspectiva sobre sí misma, prisionera de sus códigos étnicos: «Tengo poderosas razones para creer que el planeta del cual venía el Principito era el asteroide B 612. Este asteroide solo fue visto una vez con el telescopio en 1909 por un astrónomo turco. El astrónomo hizo una gran demostración de su descubrimiento en un congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su manera de vestir. Las personas mayores son así. Felizmente para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, el vestido a la europea. Entonces el astrónomo volvió a dar cuenta de su descubrimiento en 1920 y, como lucía un traje muy elegante, todo el mundo aceptó su demostración».

En su lúcido texto —escrito en 1942, una época en que las personas mayores, prisioneras de su propia historia, iban a revelar su rostro más detestable—, Saint-Exupéry señala las estructuras de la representación del sí mismo. Precisamente en la época en que aparece nuestro neandertal del metro, rehabilitado en tanto que disfrazado de nosotros-mismos, Saint-Exupéry señala lo absurdo que es juzgar a los individuos y a los pueblos por su apariencia.



Antoine de Saint-Exupéry, *Le Petit Prince*. (© Éditions Gallimard).

Disfrazar a una persona con ropa y posturas que no pertenecen a su cultura como una manera de rehabilitarla en realidad supone asimilarla. Asumiendo semejante perspectiva, lo que en verdad emerge bajo la capa

superficial y biempensante de nuestras proyecciones es una realidad mucho más insidiosa que remite a los momentos menos gloriosos de la historia de Occidente. Ese neandertal en el metro recuerda inevitablemente a los programas americanos de asimilación —Cultural Assimilation of Native Americans— que pusieron en marcha George Washington y Henry Knox, y en función de los cuales, entre 1790 y 1920, los Estados Unidos llevaron a cabo unos procesos de transformación cultural forzada de las poblaciones indias. En 1879, la escuela de educación forzada Carlisle —fundada por el capitán Richard Henry Pratt— se regía por la siguiente consigna: «*Kill the Indian… and Save the Man*» (‘Mata al indio… y salva al hombre’). Los niños se veían obligados a cortarse el pelo, abandonar su lengua, sus tradiciones y sus trajes tradicionales para hablar inglés y vestirse al estilo americano; una política que, una década antes de que se dibujase el retrato del neandertal con traje y corbata, en los Estados Unidos aún seguía vigente.

Tom Torlino, navajo, en el momento de ingresar en la escuela Carlisle, en 1882, y cómo se presentaba tres años más tarde. (National Archives and Records Administration, RG 75, Series 1327, box 18, folder 872, http://carlisleindian.dickinson.edu/student_files/tom-torlino-student-file).

Si lo pensamos un instante, disfrazar al neandertal con un sombrero neoyorquino es un juego peligroso. Y cuando uno juega con fuego se acaba quemando. El problema no es que el sombrero oculte que tenía la frente un poco baja; la morfología de los huesos no nos dice nada de la capacidad cerebral de una población. Pero al haberlo presentado así, y más aún al seguir haciéndolo casi un siglo después, estamos negando cualquier posibilidad de analizar y comprender lo que fue el neandertal. El procedimiento consiste básicamente en jugar con el inconsciente del gran público —que en el mejor de los casos no posee más que un conocimiento muy limitado de estas poblaciones, ya que hasta el bachillerato no se le da ningún contenido—, con el propósito de imponerle una imagen ajena a cualquier discusión. ¿El neandertal? Éramos nosotros, punto. Y ese «éramos nosotros, punto» es un prejuicio, pero al mismo tiempo, científicamente, también una mentira. Una mentira que secuestra literalmente nuestro imaginario, nuestra concepción de la realidad pasada. Y no solo una mentira de cara al gran público, pues también tiene un efecto directo sobre la comunidad científica, que en una desconcertante competición mediática de descubrimientos siempre está tratando de demostrar, de probar, de cerrar el debate sobre la naturaleza del todo humana de esta población (= nosotros, nuestro igual, nuestro espejo).

¿Necesita pues «la criatura» de nuestros conceptos para rehabilitarse, para elevarse hasta lo que somos o nos vanagloriamos de ser? En 1929, la pluma y el pensamiento de muchos estudiosos ya la habían modelado según una cierta visión de nosotros-mismos: el *Homo traje-corbata*. Decididamente, hoy en día el neandertal no es más que un títere desarticulado, una marioneta macabra en manos de aprendices de brujo.

Aquí hay que tener en cuenta que las poblaciones nativas americanas solo se diferenciaban de las poblaciones occidentales por sus tradiciones técnicas y culturales. El neandertal, por su parte, es una humanidad tres veces fósil: cultural, biológica y éticamente. Así que la cuestión está en determinar si su biología le impone un comportamiento —una etología— propio y exclusivo. Y puesto que el 99,9 por ciento de su producción artesanal está compuesta en exclusiva por sus herramientas de piedra dura —sílex, cuarzo, obsidiana y cuarcita—, solo el análisis de esos objetos puede hablarnos de la estructura mental de esas poblaciones. Pero ¿qué nos dicen tales objetos de sus artesanos? ¿Qué nos dicen de las otras humanidades que fueron contemporáneas suyas? Y, claro, no podemos conformarnos con su competencia técnica precisamente por eso, porque es solo técnica, y lo que define y distingue nuestra humanidad es el alma en la materia, el revestimiento de nuestros objetos con valores culturales, simbólicos, trascendentes. Nuestros objetos están habitados por nuestros signos, por nuestra irracionalidad.

Instintivamente todos lo sabemos, si nuestros objetos no fueran ante todo la expresión de nuestras fantasías, un Van Gogh no sería más que un lienzo tensado y manchado con colores. Todas estas formas irracionales del adorno, del arte, del alma proyectada en la materia, arqueológicamente son fáciles de reconocer y están atestiguadas en grandes cantidades desde la aparición de las primeras sociedades de *Homo sapiens* y a lo largo de todo el periodo del Paleolítico reciente europeo, y, además, en los mismos territorios que fueron abandonados por el neandertal y colonizados desde entonces por la nueva humanidad sapiens. Esas formas irracionales —las de nuestros antepasados sapiens— están respaldadas por decenas de miles de perlas labradas, estatuillas humanas y animales, flautas, cuevas ornamentadas, representaciones figurativas y abstractas sobre todo tipo de materiales, como marfil, hueso, piedras o paredes.

Así que nos pusimos a buscar esas proyecciones de nosotros-mismos en el neandertal. Cada pedacito de hueso mínimamente raspado, vagamente arañado, ha sido una y otra vez investigado de forma minuciosa. Había que

interpretar cada trazo por pequeño que fuera, y del trazo pasar al alma. Espíritu, ¿estás ahí?

# 6

# Comprender a la criatura humana

Si el neandertal no fue nunca otro nosotros-mismos, para determinar cuáles fueron sus propias maneras de ser humano queda todo por hacer. El desafío es fascinante, y fundamentalmente nos anima a explorar qué somos nosotros, los sapiens; a explorar nuestra naturaleza no como *la* humanidad, sino como *una* humanidad.

## Sobre la autoconsciencia

En abril de 2021, la revista *Nature Molecular Psychiatry* publicaba un estudio que fue relativamente poco difundido entre los grandes medios franceses. Sin embargo, la investigación se proponía descifrar el surgimiento de la creatividad humana, centrándose en tres de los principales aspectos de la personalidad: la reactividad emocional, el autocontrol y la autoconsciencia. El estudio revela que, en cuanto a su capacidad de respuesta emocional, el neandertal posee estructuras genéticas similares a las de los chimpancés, así como una posición intermedia entre chimpancés y humanos modernos en cuanto a autocontrol y autoconsciencia, lo cual afecta directamente a su potencial creativo, a su autoconsciencia y a su comportamiento prosocial.

No te equivoques, esos análisis no cambiarán en absoluto la mirada de los investigadores que se entestan en simplificar al neandertal como si fuera otro nosotros-mismos, y sin embargo, la posición de estos investigadores no depende solo de posiciones dogmáticas. La determinación de lo que define al hombre no está a nuestro alcance a través de sus componentes moleculares en mayor medida de lo que lo estaba para Platón en la Antigüedad, cuando definió al ser humano como un bípedo sin plumas… Y por mucho que esos

estudios puedan impresionar por esa apariencia suya tan científica, recuerda que ni los genetistas ni los especialistas en antropología física están convenientemente armados para desentrañar las estructuras sociales, mentales, etológicas y culturales de esas sociedades extinguidas.

No obstante, estos estudios son un recordatorio y una seria advertencia. El recordatorio es el del ancestro común de estos tres homínidos. En términos de divergencia en el tiempo, hace unos diez millones de años existía un homínido que era el antepasado de las distintas humanidades y al mismo tiempo también del mono. Y esta distancia temporal es solo veinte veces mayor que la que nos separa del neandertal, hace aproximadamente medio millón de años. Asumir la premisa de que esos quinientos mil años de divergencia entre el neandertal y nosotros no han afectado a las estructuras neuronales de nuestras dos poblaciones, o que ambas poblaciones han evolucionado de forma independiente hacia un mismo fin (otro nosotros-mismos), hablando con propiedad representa un nuevo creacionismo. Un creacionismo presentable, un Creacionismo 2.0. La genética nos dice que entre nosotros y el neandertal existe una cantidad de tiempo incompresible. Si para separarnos del chimpancé bastan diez millones de años, este medio millón de años no habría que tomarlo a la ligera. Y este estudio constituye una formidable advertencia al respecto.

Hay que volver al material arqueológico. Interrogarlo con urgencia. Volver a aquella artesanía antigua, a aquellos objetos abandonados por una humanidad extinta. Interrogarlos. Cuestionar también el encuentro entre nuestros antepasados y aquellas lejanas poblaciones. Pero el encuentro entre humanidades distintas en un mismo territorio nunca ha sido demostrado, y arqueológicamente sigue sin resultar visible en ninguna parte. Hoy en día lo deducimos, y solo por la información genética que apunta a la existencia de mezclas entre unas poblaciones y otras. Pero estas extrañas citas entre dos humanidades no están documentadas con precisión en ningún yacimiento arqueológico. Estas poblaciones están demasiado alejadas de nosotros en el tiempo, y los elementos que de ellas conservamos son demasiado fugaces, demasiado escasos para demostrar que en efecto hubo un encuentro. Es una lástima, pues esos momentos de encuentro entre diferentes humanoides constituyen una articulación fundamental de la historia de la humanidad. Quizá fuera entonces cuando se produjeron los principales hitos en el fulgurante desarrollo de nuestra especie. En estas articulaciones se estructuran todas las expansiones de nuestra humanidad a través del viejo mundo. Probablemente, esos momentos son clave en el desarrollo técnico y en los

modos de representación de nuestros antepasados. Lévi-Strauss nos recuerda que las sociedades humanas tienen la necesidad de diferenciarse, de destacarse, de expresar su particularidad en la organización de cada grupo. La proximidad entre grupos humanos, sus contactos mutuos —mucho más que su aislamiento—, es lo que los impulsa a expresar sus diferencias culturales, la necesidad de expresar en qué y de qué modo somos seres humanos, de expresar a través de la comunicación visual nuestra singularidad y, por consiguiente, aquello en lo que «esos de enfrente» no son del todo humanos. Esa necesidad de diferenciarse del otro es un clásico de la etnografía, pero aquí se expresa entre dos humanidades distintas. Las implicaciones sociales y culturales de estos encuentros entre humanidades debieron de afectar profundamente al conjunto de los modos de representación de esas poblaciones.

Pero en los pocos yacimientos europeos donde se conservan rastros tanto de los últimos neandertales como de los primeros hombres modernos, ¿cuánto tiempo transcurre exactamente entre los dos asentamientos? Esa es la eterna pregunta. Dominando el valle del Ródano, la cueva Mandrin —en la que yo trabajo desde 1998— permite documentar ese singular momento de inflexión entre una humanidad y la otra. Un día aparecieron dos objetos: una punta musteriense tallada en un sílex negro —un clásico de la industria neandertal — y una lámina blanca cuyo análisis permitía demostrar sin lugar a dudas que había sido producida por un hombre moderno. En el momento de la excavación, estos dos objetos aparecieron en contacto directo. Un buen ejemplo de un contacto físico que supone un interesante testimonio, pero que no se puede interpretar a la ligera. ¿Ocuparon esas dos poblaciones la misma cueva al mismo tiempo? ¿O para cuando un sapiens abandonó su lámina, la punta neandertal ya llevaba en el suelo mil años? En el fondo, esto no es más que una simple anécdota. Pero, si el hecho de que dos objetos representativos de estas dos sociedades aparezcan reunidos físicamente no nos dice nada sobre la realidad de un posible encuentro, ¿de qué otra forma podemos abordar una cuestión tan importante? Si nos basamos en la información que ofrecen los restos óseos y en los análisis fisicoquímicos, llegamos a ese mismo callejón sin salida. Las dataciones por carbono-14 no resultan fiables más que a una distancia de siglos o de milenios, pero en este caso no permiten establecer una contemporaneidad en el mismo territorio. Tal como demuestran las respectivas edades de las últimas ocupaciones neandertales y de los primeros rastros de *Homo sapiens*, la contemporaneidad de estas poblaciones en Europa queda reducida a una probabilidad estadística, y eso

no basta para establecer una realidad histórica o etnográfica. En Europa, el encuentro entre estas poblaciones es invisible, y puede que nunca haya tenido lugar… Nuestro nivel de ignorancia acerca de uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de la humanidad es sobrecogedor.

## Sobre la memoria del fuego

Ante semejante callejón sin salida —que no concierne a mis investigaciones específicas en la cueva Mandrin, pero limita el desarrollo del conocimiento de toda la comunidad científica—, en la cueva Mandrin tuvimos la suerte de desarrollar un método notable basado en el análisis de los fragmentos de pared de la cueva. Este método se basaba en el estudio de las capas de hollín adheridas a la bóveda de la cueva cuando los prehistóricos encendían allí su fuego. El estudio fue realizado gracias a una investigación doctoral llevada a cabo por Ségolène Vandevelde, la cual reveló por primera vez —bajo el microscopio— cada una de las estancias de esos cazadores del Paleolítico. Los depósitos de hollín en las paredes de la cueva Mandrin dejan una marca perfectamente reconocible, que en este caso permite distinguir con claridad cuáles corresponden a fuegos neandertales y cuáles a fuegos sapiens. A esta auténtica «memoria del fuego» la hemos llamado crónicas. Hemos trabajado durante unos quince años para obtener muestras de bóveda que documentan el conjunto de los asentamientos prehistóricos a través del tiempo: ¡a lo largo de más de ochenta mil años!

Hasta que, después de catorce años de investigaciones, nuestros análisis de altísima precisión arrojaron un resultado inesperado: el estudio de esas películas de hollín revelaba que no había transcurrido ni siquiera un año entre el paso por la cueva de las dos humanidades. Y el dato que revelaba la datación era un tiempo máximo. Eso significa que, por primera vez en Europa, tenemos ante nosotros el encuentro físico entre esas dos humanidades en un territorio definido a la perfección. Las dos humanidades debieron de encontrarse físicamente en el territorio de ese lugar concreto. De momento, no podemos ir más allá de esa distancia de un año, pero por primera vez podemos demostrar que los dos grupos humanos fueron contemporáneos en un territorio muy preciso; que en el territorio de esas poblaciones, en el valle del Ródano, o incluso en el interior de esa cueva, se produjo el encuentro.

En tanto que la cueva Mandrin estuvo siempre ocupada por poblaciones neandertales durante casi ochenta mil años, el hecho de que el momento de

este encuentro coincida con el final de las sociedades neandertales en toda Europa difícilmente podría tenerse por una coincidencia desafortunada. Después del momento exacto de este encuentro, no es solo que no volvamos a encontrar ni rastro de las culturas neandertales, sino que, aparte de unas pocas zonas muy periféricas del continente —las posibles zonas de refugio polar que ya hemos abordado—, todo indica que, biológicamente, estas poblaciones ya ni siquiera existen.

Y como, a diferencia de muchos de mis colegas, yo ni siquiera contemplo la posibilidad de que el neandertal muriese por un frío súbito o que se evaporase —que se derritiese como la nieve al sol—, deduzco de forma natural que las razones de la desaparición de las poblaciones neandertales están fundamentalmente relacionadas con la llegada de esa otra humanidad. Con independencia de cuáles fueran las relaciones de unos con otros, tanto en Mandrin como en otros lugares, lo cierto es que unas nuevas poblaciones de hombres modernos —visiblemente muy dinámicas— se instalan en estos territorios y sustituyen a las poblaciones aborígenes neandertales, que llevaban arraigadas en esos espacios desde hacía decenas de miles de años. Puede sugerirse que las poblaciones sapiens no se desplazaron de forma progresiva —migrando poco a poco hacia el oeste durante siglos o miles de años—, pero eran auténticos conquistadores. Según los registros arqueológicos, tal vez hubo varias oleadas de poblamiento. En mi opinión, pueden distinguirse tres oleadas distintas, las dos primeras, en las que habrían fracasado en su intento de ocupar el territorio de forma definitiva. Y la tercera, que en cambio representa una auténtica avalancha de población, culturalmente homogénea, y que ocupa deprisa la totalidad del territorio del continente. Hablamos de las primeras formas del Auriñaciense, cuyos descendientes pintarán la cueva Chauvet en esta misma región del valle del Ródano. El neandertal cede su lugar y ya no vuelve; hacia el cuadragésimo segundo milenio, su linaje se extingue en todas partes. Y gracias a la cueva Mandrin, sabemos que la sustitución se produce en unas pocas estaciones. En otras palabras, las poblaciones neandertales se retiran de forma abrupta. Podría decirse que esta instantánea es fruto de la exactitud de nuestros análisis —a la manera del carbono-14, que solo resulta fiable para unos siglos o milenios—. La exactitud de las cronologías basadas en el análisis de los genes de las poblaciones fósiles no es mayor, y tras su apariencia de ciencia dura, podría resultar incluso más incierta. Pero no hay duda de que nuestro hollín, nuestra memoria del fuego, supera esos límites metodológicos. En este caso, la sustitución de una población por otra no queda establecida con un margen

de milenios ni de siglos, ni siquiera de lo que dura una vida humana, sino de un suspiro…

Así que el neandertal no se evaporó ni se fundió genéticamente en nosotros. No fue erradicado por ningún cometa ni por la explosión de un volcán. El neandertal tampoco se volvió estéril tras trescientos mil años de existencia y de forma curiosamente sincrónica con la llegada de los sapiens a sus territorios un año después… Podemos hacer otros paralelismos: las poblaciones de América fueron diezmadas por virus y bacterias que portaban los europeos, eso es cierto, pero no las extinguió ni la viruela ni el sarampión ni el tifus ni el cólera. En primera instancia, la erradicación de las sociedades aborígenes americanas es responsabilidad de los europeos y de toda una serie de acontecimientos históricos que, en efecto, fueron muy diversos, pero todos ellos tienen su origen en la llegada de poblaciones colonizadoras.

## TE AMO, YO TAMPOCO…

Hay que revisar también las perspectivas que niegan ni más ni menos que la extinción total o parcial de las humanidades fósiles, y que —hablando en términos biológicos o genéticos— proponen que pudieron *fundirse* en nosotros. Pero hoy la genética no nos enseña nada sobre el destino de los últimos neandertales. Y es que el escaso porcentaje que persiste en las poblaciones actuales parece proceder de cruces muy anteriores, puede que alrededor del año 100.000 en algún lugar de Asia. Por lo que respecta a Europa, en todos los casos en que es posible restituir una parte de la información genética, se constata que los primeros *Homo sapiens* poseen siempre antepasados neandertales, sistemáticamente. Algo que también se ha comprobado para restos óseos hallados en Rumanía, Bulgaria, República Checa y Siberia. Pero al mismo tiempo, en esas fases de colonización, resulta que la paleogenética no muestra ningún tipo de mestizaje entre los sapiens y las últimas poblaciones neandertales. En otras palabras, en el momento de su extinción, no se ha encontrado población neandertal criolla, fruto de una hibridación entre neandertales y sapiens. Parece pues que los intercambios genéticos funcionaron en una sola dirección: del neandertal al sapiens.

Puede que esa paradoja comporte la información más decisiva sobre la relación entre estas dos poblaciones. En esta fase de contactos en el continente europeo, cabe señalar que la presencia de ADN neandertal o denisovano en el seno de las primeras poblaciones sapiens no solo está bien

documentada, sino que el flujo genético entre las diferentes poblaciones del Pleistoceno resulta bastante sistemático. Sin embargo —y sorprendentemente —, a la inversa no sucede lo mismo: la secuenciación genética de las poblaciones neandertales europeas más recientes señala que no hay ningún tipo de introgresión sapiens en las poblaciones aborígenes neandertales. Además, con cada nueva secuenciación genética de las viejas poblaciones sapiens, el desarrollo del análisis paleogenético parece confirmar este esquema. Las implicaciones en cuanto a las relaciones entre neandertales y sapiens son cruciales, y podrían suponer una primera comprensión global de la interacción histórica y etnográfica entre estas dos poblaciones, en el momento de la colonización de Europa.

Puede que en esta paradoja tengamos una de las claves para determinar las relaciones que existieron entre esas poblaciones durante la expansión sapiens en el extremo oeste euroasiático. Gracias a los trabajos de Claude Lévi-Strauss sobre las estructuras elementales del parentesco, de 1949, sabemos que el intercambio de mujeres es una constante de la organización de toda sociedad humana. En el contexto de una alianza entre dos grupos humanos, las mujeres se instalan sistemáticamente en el grupo del hombre. Hoy en día la genética sugiere que ese «patrón de residencia posnupcial» ya era vigente para el neandertal. Pero este intercambio de mujeres, que permite la supervivencia biológica de la población, está basado en la reciprocidad: «Yo te entrego a mi hermana, tú me entregas a tu hermana». Más allá de asegurar la simple supervivencia genética de dos grupos humanos, a través de este acto creamos o acaso perpetuamos una alianza entre nuestros pueblos. La ausencia en Europa de genes sapiens en los últimos neandertales y, *al contrario*, la presencia sistemática de genes neandertales en los primeros sapiens podría constituir un indicador valiosísimo sobre el tipo de relación que mantuvieron estas poblaciones, tanto en Europa como en Asia. La paleogenética estaría revelando una inesperada no-reciprocidad, que podría resumirse así: «Me llevo a tu hermana, pero no te entrego a la mía». En tanto que afecta a una de las estructuras fundamentales de la relación entre poblaciones, esta falta de reciprocidad resulta inquietante. En etnografía, el intercambio de genes no informa de una historia de amor, sino que funda y caracteriza la estructura de las alianzas entre sociedades humanas. Si futuros análisis paleogenéticos confirmaran el carácter sistemáticamente asimétrico de este esquema, podríamos hallarnos ante la primera clave de lectura sólida sobre las relaciones —poco apasionadas— entre estas poblaciones durante su encuentro en Europa. A su vez, supondría una pista substancial sobre el

proceso de extinción de las poblaciones neandertales y sobre el origen de ciertos genes neandertales presentes en las actuales poblaciones de Eurasia. Por desgracia, la paleogenética todavía no nos ofrece la posibilidad de seguir desarrollando estas pistas. Pero, por primera vez, podemos atisbar la naturaleza real de la interacción entre el neandertal y el sapiens, cuando este último coloniza el continente europeo.

## SEGUIR LA PISTA DEL NEANDERTAL DE VALLE EN VALLE

La paleogenética no documenta la interacción concreta entre estas poblaciones en el momento de su desaparición. Sin embargo, cuando el sapiens aparece en nuestros registros arqueológicos, el neandertal desaparece. Nos enfrentamos así a un hecho arqueológico que tiene lugar ante nuestras narices, que entraña una evidente relación de causa y efecto, y que se repite en cada región de Europa hasta la extinción total de la especie.

Hay algo que debe quedar muy claro: el neandertal es una población extinta. Estrictamente extinta. Extinta por completo. Si todas las poblaciones de lobos desaparecieran, relativizar su extinción porque los caniches, los chow chows o los shar-peis siguen siendo portadores de la práctica totalidad de los genes de los lobos representaría una incongruencia intelectual. El neandertal está muerto, y el caniche de la abuela no es un lobo, por fortuna para la abuela… Y eso que, paradójicamente, en estos perros —que no se parecen en nada a los lobos— es donde la proximidad genética perro/lobo es más alta.

En cuanto a las zonas de pervivencia más allá del año 42.000 —como por ejemplo el yacimiento de Byzovaya, en las laderas de los Urales polares, donde demostré la presencia de Musteriense después del año 28.500, aunque sin huesos humanos que permitan identificar al autor—, parece poco probable que se trate de poblaciones expulsadas del corazón de Europa. Es probable que estas sociedades árticas fueran pueblos autóctonos que sencillamente siguieron viviendo a la manera antigua, por lo cual sus tradiciones se extinguieron algunos milenios más tarde. Sobre el destino de estas sociedades boreales tampoco sabemos nada. Podemos seguir discutiendo eternamente sobre las fechas, el clima y otros factores, pero hay que admitir que estamos ante una sustitución de la población estricta y radical. Cuando el sapiens aparece en los registros arqueológicos, el neandertal desaparece.

Por eso deduzco que tal vez el neandertal no habría muerto por causas naturales. Sin embargo, para este periodo no tenemos arqueológicamente documentado ningún rastro de ese conflicto. Para encontrar los restos arqueológicos de una guerra neandertal-sapiens necesitaríamos disponer de muchos más yacimientos arqueológicos para ese periodo clave. En Europa hay pocos yacimientos donde esté documentada la ocupación neandertal digamos entre los años 44.000 y 40.000, y donde, a su vez, la fiabilidad de las fechas sea indiscutible —como es el caso de la cueva Mandrin—. Y por definición, la probabilidad de encontrar en tales yacimientos concretos la zona exacta en que esas poblaciones se habrían enfrentado es ínfima. Una excavación arqueológica es una ventana muy pequeña abierta a un pasado muy lejano. Uno no puede mirar hacia los lados para ver lo que sucedía en los alrededores de la cueva. Para ello, sería necesario que los niveles arqueológicos se extendieran más allá de la cueva, que se hubieran conservado, y que las investigaciones contasen con los medios suficientes para encontrarlos. No solo sería necesario tener un conjunto excepcionalmente conservado, sino también desarrollar una arqueología total. Excavar no solo una cueva —aunque podría constituir un espacio de investigación estratégica— sino toda una colina, un valle, seguir la pista de nuestros neandertales a través de los valles cercanos, llegar incluso a seguir los distintos asentamientos de valle en valle, de cueva en cueva… Semejante panorama de conservación podría existir, y también podría darse el caso de contarse con los medios necesarios para una investigación de ese tipo —que supondría un programa científico ejemplar—, pero hasta donde yo sé jamás se ha hecho nada tan ambicioso. La cueva Mandrin es una pequeña cavidad, pero en general no podemos considerar la cueva como el espacio de la vida cotidiana de estas poblaciones. Es un lugar excepcional porque su bóveda crea una zona de acogida privilegiada, pero el espacio natural donde viven estas poblaciones durante sus asentamientos en la cueva Mandrin se extiende mucho más allá, sin límites reales en el sentido en que los entendemos hoy en día. Desde nuestro sedentarismo hereditario, desde nuestro mundo artificialmente rodeado de paredes, barreras, carreteras y rejas, cuesta imaginar la noción de libertad de los cazadores nómadas, que viven en un universo natural absoluto, solo antropizado de forma muy marginal. Un yacimiento no excava más que unas pocas decenas de metros cuadrados. Es una ventana muy pequeña abierta al pasado, una ventana que no se corresponde en absoluto con el espacio real que ocuparon esos grupos. Basta que el conflicto tuviera lugar a dos kilómetros de nuestra zona de

investigación, o incluso a diez metros, para que simplemente no encontremos el menor rastro. Quizá nunca sepamos nada de esta historia. También puede suceder que los posibles restos del enfrentamiento, siendo de periodos lejanos, simplemente no se hayan conservado. No podemos comparar nuestras antiguas fuentes arqueológicas con las evidencias de enfrentamientos que en ocasiones se han conservado del final de la prehistoria, durante el Neolítico, pues esas evidencias competen a periodos diez veces más recientes. En el Neolítico encontramos sepulturas colectivas que revelan matanzas guerreras por la sencilla razón de que esos acontecimientos tuvieron lugar hace solo algunos milenios. El neandertal desaparece en periodos cronológicos incomparablemente más alejados. A diferencia de esos periodos recientes, conocemos muy pocos yacimientos neandertales, lo mismo que cuerpos neandertales mínimamente completos. Para trescientos mil años, apenas conocemos unos cuarenta… Cuando señalamos la ausencia del enfrentamiento, lo que estamos señalando es la ausencia de los cuerpos de los últimos neandertales… Sostener que ese enfrentamiento no tuvo lugar porque no se han encontrado rastros arqueológicos es tan pertinente como sostener que los neandertales no han desaparecido porque no se han encontrado sus despojos… La situación es más prosaica, estamos ante un vacío arqueológico, una falta de visibilidad, y no ante la demostración de que no hubo enfrentamiento.

Un año como mucho separa a nuestras últimas poblaciones neandertales de nuestros primeros sapiens. Aquí —aunque es probable que también en otros lugares— el encuentro es indudable. En cuanto a la extinción y a su sincronía, partiendo de la base que suponen los registros ejemplares de la cueva Mandrin, parece bastante indiscutible. Así que disponemos de los elementos científicos esenciales que permiten el análisis de la extinción de esta humanidad: el encuentro físico, el reemplazo inmediato y la finalización del proceso; la extinción de la especie.

Supongamos que en la cueva Mandrin encontráramos una serie de cuerpos alineados. Demostrar que hubo una matanza tampoco sería sencillo. La posibilidad de reconocer rastros de actos violentos depende estrechamente del nivel de conservación de los huesos. Cabe también señalar que, cuando en un yacimiento aparece un cuerpo neandertal, suelen aparecen varios. Así, de la cuarentena de cuerpos neandertales que se han descubierto en total tras ciento cincuenta años de investigaciones, diez de ellos fueron hallados en un solo yacimiento, el de Shanidar, en Irak. Por lo tanto, ese único conjunto documenta por sí mismo una cuarta parte de los datos fundamentales de esta

población. Eso significaría o bien que la cueva funcionó de forma específica como espacio sepulcral a través del tiempo, o bien sencillamente que, siendo una cueva tan inmensa —pues constituye un elemento destacable del paisaje —, atrajo durante milenios a una población neandertal lo bastante importante como para justificar, en términos estadísticos, el hallazgo de varios cuerpos. La interpretación del hallazgo de múltiples cuerpos en un mismo yacimiento o en un mismo nivel arqueológico nunca es sencilla, ya que una sola capa arqueológica puede registrar asentamientos humanos durante varios siglos o varios milenios. Así, gracias al análisis de nuestro hollín, sabemos que las últimas sociedades neandertales de la cueva Mandrin regresaron allí más de un centenar de veces, y al parecer no dejaron tras de sí ningún cuerpo. ¿Fue porque durante ese centenar de pasajes por la cueva ninguno encontró la muerte? ¿Porque no enterrarían a sus muertos en esa cueva debido a que no era su costumbre? ¿O porque los cuerpos se depositan en otra parte, en el exterior de la cueva, puede incluso que cerca de las superficies excavadas?

## UN TARTAMUDEO A TRAVÉS DE LOS MILENIOS

Sea como fuere, hay un antes y un después del cuadragésimo segundo milenio. En cuanto a la cueva Mandrin, estamos en el valle del Ródano, un singular corredor migratorio que funcionó siempre como un espacio neurálgico de circulación a través de Europa. No estamos en absoluto en una zona geográficamente periférica, sino en el mismo corazón de una arteria de intercambios a escala continental. Por lo tanto, la lógica nos dice que no es el lugar donde deberíamos encontrar ni a los últimos neandertales ni los últimos vestigios de su cultura. Por el contrario, sí se constata la llegada de los hombres modernos, tal vez de forma muy prematura. Y, puesto que proponemos una relación de causa y efecto entre la llegada de una población y la desaparición de la otra, a menos que concibamos alguna clase de procesos más complejos que podrían haber influido en la extinción de la especie, no cabe esperar que vayamos a encontrar restos tardíos del neandertal.

¿Dónde podemos reconocer el rastro de los últimos neandertales, o acaso los rastros diagnósticos de su artesanía? Puede que en el sur de España, así como allá por el círculo polar, lo cual nos devuelve al meandro del río ruso Pechora y a aquellos sorprendentes cazadores de mamuts de Byzovaya, cerca de los Urales polares.

Con todo, en Mandrin tenemos un importante espacio de circulación —el corredor del Ródano—, donde encontramos rastros muy precisos tanto de las últimas sociedades neandertales como de los primeros hombres modernos. Estos nudos neurálgicos de circulación los podríamos distinguir de las zonas geográficamente marginales, donde se registraría una persistencia muy circunscrita de estas sociedades. Aquí, como en otras partes, constatamos que la desaparición del neandertal llega de la mano del desarrollo del sapiens. Para las diferentes regiones de Eurasia, entre las últimas expresiones del Musteriense y la aparición del Paleolítico reciente nunca hay un espacio en blanco. Lo único es que, en el corredor del Ródano, estos acontecimientos se manifiestan antes, y cuanto más nos alejamos de las arterias migratorias, más tarde se manifiestan. Pero siempre se repite el mismo patrón de reemplazo. Lo cual refuerza la hipótesis según la cual no es que la aparición del hombre moderno represente el factor principal de la extinción de las poblaciones neandertales y de sus conocimientos tradicionales, sino que mucho me temo que representa su causa directa y única. También me temo que la tapadera diplomática que supone cuestionar la extinción de esa humanidad —cambios climáticos, debilidades genéticas y demográficas, enfermedades…— representa un posicionamiento mojigato frente a un acontecimiento histórico importantísimo, por ser potencialmente perturbador. Algo así como negar un pecado colonizador original.

Por supuesto, no se pueden proyectar los datos de un único yacimiento arqueológico para elaborar un esquema explicativo global. Pero Mandrin representa un ejemplo decisivo que nos permite basarnos en treinta años de investigación interrumpida, lo cual ha producido datos originales robustos y una exactitud temporal única —a la vez que inesperada—, y convierte la cueva en un caso ejemplar. Para entender e ilustrar los registros de la cueva Mandrin, yo suelo hacer un paralelismo con la colonización del continente americano por las poblaciones europeas, y su encuentro con una gran diversidad de sociedades aborígenes que ocupan ese territorio desde hace milenios. Está claro que no podemos considerar esos acontecimientos como un todo. La historia de esos encuentros no es para nada la misma en el Gran Norte canadiense, en la Amazonía o en la Tierra del Fuego. Sin embargo *a posteriori*, en cuanto a sus resultados, estos procesos acaban siendo idénticos, pues suponen la inevitable sustitución de la población local, lo cual afecta a sus conocimientos tradicionales ancestrales, a su organización social, a sus valores, a sus modos de vida y a sus idiomas. La estructura general de estas poblaciones fue erradicada, en dos grandes continentes y solo en unos pocos

siglos, mientras que no había en escena más que una única especie humana. Esta historia de colonización reciente nos enseña que, si bien cada región tiene su propia historia, el proceso general que afecta a todas las sociedades humanas de América sigue siendo el mismo. A lo largo de varias generaciones, aunque de forma sistemática, la llegada de colonos europeos desestabilizará de forma inevitable a las sociedades aborígenes y constituirá el eje de la desaparición de esas sociedades o, dicho de forma más precisa, el eje de la erradicación de esas sociedades. Analizar estos procesos y su implacabilidad ofrece un contexto que ilumina el enigma de la extinción neandertal. Un poco como si la colonización de América representara un eco —a través de los milenios— de la colonización del oeste de Eurasia. Aunque este proceso radical de sustitución de humanidad no esté todavía documentado con exactitud y región por región, desde un punto de vista científico, considero que este tipo de procesos quedan intensamente marcados en los hechos arqueológicos, y me extrañaría que no se acabasen imponiendo como una evidencia. Para abordar con exactitud las estructuras históricas de esta sustitución de humanidades, necesitaríamos una cueva Mandrin cada quinientos kilómetros. En cualquier caso, creo que no se puede sacar al sapiens de la ecuación, pues constituye su articulación lógica. Sin embargo, muchos de mis colegas matizan y limitan esta evidencia de forma sistemática. Algunos objetan que los grupos neandertales se habían reducido mucho en número, lo cual los llevó al colapso genético. Otros invocan una breve subida de las temperaturas que habría traído consigo el desarrollo de una nueva cobertura forestal, lo cual habría aislado un poco más a estos grupos humanos. Ese habría sido el golpe de gracia al conjunto de la especie. Existen muchas propuestas que matizarían el proceso de sustitución. Yo, por mi parte, no lo matizaría. No parece que las poblaciones de neandertales dependan en absoluto ni del clima ni del medio, pues ya hace mucho que se han emancipado de ellos. Creo que ni el clima ni las condiciones ambientales en un sentido amplio pueden explicar la desaparición radical de una humanidad en su conjunto. El acontecimiento fundamental de este proceso, el único que permite abordar de manera comprensiva la extinción de esta población, es la llegada de los hombres modernos a los territorios neandertales. No podemos redimir al sapiens. En cuanto a la variedad de situaciones específicas de cada región de Europa, basta con tomar como ejemplo la variedad de situaciones que existe en América y en Australia cuando se produce la suplantación de sus poblaciones aborígenes.

## ¡A LAS ARMAS! APARICIÓN DE DIVERGENCIAS

Incluso si admitiéramos —por otra parte sin la menor base científica lo bastante sólida— que la genética de las poblaciones neandertales de esta época tiene una dinámica más débil —¿por qué no?—, habría que explicar por qué y de qué manera pudo evolucionar esta humanidad —durante cientos de miles de años, y desde España hasta Siberia y aún más allá— sin encontrar ningún problema importante en cuanto a la supervivencia de la especie. Incluso en ese caso, el descenso demográfico podría estar vinculado con las capacidades intrínsecas de las sociedades sapiens, cuya tecnología cinegética parece muy superior, lo cual les permitiría acceder con mayor facilidad a importantes recursos animales. En este sentido, no hay que perder de vista que el acceso a los recursos puede haber tenido una notable importancia en la capacidad de expansión demográfica de los grupos sapiens.

Otra cosa que me parece fundamental para entender no solo estos fenómenos de sustitución, sino también el funcionamiento de las sociedades neandertales o sapiens en su conjunto, es la cuestión del armamento. Cazar un caballo o un búfalo mediante un tipo de tecnología que implica un contacto físico directo con la presa es una cosa. Abatir sin mayor esfuerzo y en serie, en media jornada, a grandes herbívoros con armas de propulsión mecánica de gran potencia —el arco, la estólica— es otra muy distinta. Tal como sugería Laure Metz en su estudio doctoral ¿*El neandertal armado*?, estas tecnologías garantizan por sí solas un acceso abundante, racionalizado y planificable a los recursos animales. La diferencia demográfica de estas poblaciones debe de radicar en este acceso fácil y planificado a los recursos.

Cabe considerar este tipo de escenario porque sabemos con certeza que las armas en el neandertal son muy escasas. Si tomamos una serie de varias decenas de miles de objetos de sílex de cualquier colección neandertal, no encontramos más que unas pocas armas. Y yo diría incluso que si las encontramos es porque las buscamos «a toda costa». Son siempre objetos bastante toscos, heteromorfos y a menudo poco logrados técnicamente. En el mejor de los casos, si es que son armas, serían extremos de lanzas, las cuales más que lanzadas se usarían plantadas. Recientemente, este tema ha sido objeto de numerosos estudios que llegan a conclusiones bastante binarias. La frenética búsqueda del arma neandertal recuerda la búsqueda del arte neandertal, una búsqueda cuya fragilidad intelectual ya hemos analizado. En el caso de las armas, los textos científicos muestran un paralelismo exacto que podría resumirse así: si el neandertal tenía armas, era como nosotros, de lo

cual se desprende sin ambages que esa población no difería en nada de las poblaciones sapiens contemporáneas.

Sin embargo, estas conclusiones y estas estructuras demostrativas son sumamente paradójicas. Si tomamos un poco de distancia con respecto a estas controversias científicas, enseguida advertimos que los datos empíricos nos dicen justo lo contrario. A pesar de la búsqueda sistemática de armas en el seno de conjuntos arqueológicos neandertales muy ricos, las pocas que se han encontrado parecen muy marginales. De ahí se desprende que hoy en día la cuestión de las armas en los neandertales sigue siendo muy poco conocida. La imagen que tenemos es la de una tecnología bastante básica centrada en la producción de lanzas o jabalinas enormes usadas en un tipo de caza que implica un trato cercano con la presa. Según este esquema, la caza se lleva a cabo por medio de un tipo de lanza que requiere de la aproximación y del cuerpo a cuerpo con el animal. Tanto en la cueva Mandrin como en otros lugares, cuando encontramos armas en niveles neandertales son siempre elementos enormes que funcionan como arma de asta. Quizá el control real de los recursos cárnicos sea más bien limitado, y ese podría ser el motivo de que los grupos necesiten ser numéricamente más modestos. *Al contrario*, en el caso de los sapiens, si buscamos armas basta con echar una mirada distraída a cualquier colección para localizar con bastante rapidez importantes series de objetos que podrían entrar en el ámbito de la actividad cinegética. Con la artesanía neandertal, en cambio, para sacar a la luz los escasos rastros que encajan vagamente con la función de arma hay que examinar enormes corpus de piezas de sílex. La escasez de las armas en el contexto neandertal es bastante asombrosa. Podría decirse que las armas forman parte del núcleo de todas las sociedades del Paleolítico europeo reciente ya desde su mismo origen con el Protoauriñaciense —hace más de 42.000 años—, e incluso puede que diez mil años antes, en las sociedades que podríamos llamar del Auriñaciense arcaico. Desde este enfoque, y desde varios otros, la barrera temporal del Paleolítico reciente puede hacerse coincidir con el desarrollo de la propulsión mecánica, que en sí misma conlleva una auténtica estandarización de esas labores de artesanía. La diferencia sería pues cualitativa y también cuantitativa. Al parecer, la tecnología del armamento de las sociedades de hombres modernos que colonizaron Europa habría afectado a su organización técnica, y tal vez también a la social. La propulsión mecánica, y más concretamente los arcos, provoca un viraje de la tradición técnica hacia la microlitización, la producción en serie y la estandarización. Este giro del sistema depende muy estrechamente de las necesidades

balísticas que se desprenden de esta tecnología de propulsión de enorme potencia.

Esta situación, estos condicionamientos técnicos y balísticos reconfiguran literalmente la tradición técnica de las sociedades sapiens, pero también su relación con el mundo animal y su capacidad para planificar el conjunto de sus necesidades. Así que la tecnología no solo repercute en la artesanía sino en el conjunto de las relaciones logísticas y sociales que entretejen las poblaciones, así como en su medio natural. Con todo ello, ya tenemos a nuestro alcance los elementos estructurales que explican el giro de esas sociedades, de su organización, de sus valores, de su capacidad racional para dominar el universo natural en que viven y se desarrollan. De esta cuestión de las armas derivan la estandarización, el acceso a las proteínas, la planificación y el éxito reproductivo y demográfico de las poblaciones.

En este punto topamos con una divergencia fundamental —puede que estructural— entre las sociedades neandertales y las sapiens.

Todo apunta a que los neandertales no cazaban de la misma forma que los sapiens, y es probable que tampoco tuvieran la misma relación con sus presas. Me estoy limitando a constatar dos modos de abastecimiento fundamentalmente distintos en el momento del encuentro de estas poblaciones en Europa. Un caso que recuerda el encuentro que tiene lugar durante la colonización de América, cuando unas sociedades armadas con arcos se encuentran con los europeos, que van equipados con fusiles. La relación de fuerzas es desequilibrada, asimétrica. En el éxito de la colonización, la cuestión de la tecnología del armamento allí también ocupa un lugar fundamental. Y no solo durante el conflicto armado, sino cuando en el siglo XIX los colonos deciden exterminar a los bisontes hasta extinguirlos por completo, condenando a los indios a unas terribles hambrunas. Basta con recordar la triste frase del coronel Dedge, en 1867: «Every buffalo dead is an Indian gone» (‘Cada bisonte abatido es un indio muerto’). En efecto, en Estados Unidos las vías de ferrocarril de este a oeste se construyeron siguiendo las pistas que habían trazado generación tras generación las columnas de bisontes a través de las llanuras. En el contexto de la famosa conquista del Oeste, la oferta de recompensas por cada cabeza de bisonte resultó tan efectiva que en el transcurso de un siglo su población se desplomó, pasando de varias decenas de millones a unos pocos cientos de cabezas, lo cual obligó a las sociedades amerindias a firmar unos injustos tratados de anexión que además casi nunca se respetaron. A pesar de todas las diferencias que por supuesto existen, la expansión territorial de los sapiens se caracteriza

por definición por representar unas sociedades extremadamente dinámicas, poseedoras de una tecnología de armamento que los grupos autóctonos no conocían, o que acaso rechazaron. Semejantes expansión y dinamismo no hay que tomarlos en absoluto como una cualidad positiva de estas sociedades así llamadas modernas, más bien tienen una connotación negativa en cuanto a su relación con las poblaciones aborígenes, tal como ilustra su paralelismo con la colonización americana.

En el fondo, lo más interesante no es la cuestión de las armas en sí, sino lo que nos permite entender sobre el comportamiento de esas sociedades y de esas poblaciones. Si aceptamos, como es mi caso, que las tecnologías del armamento representan una de las principales claves de comprensión histórica de esta sustitución de una humanidad por otra, habrá que reconocer que la capacidad de los grupos neandertales locales a la hora de acceder a los recursos animales era probablemente más limitada, y eso, a su vez, explicaría que sus grupos pudieran ser menos numerosos. Tal vez en el momento del encuentro las dos poblaciones estaban muy desequilibradas, tanto en números como en tecnología. Eso puede recordarnos de nuevo a la colonización de América, aunque allí la diferencia era tan solo tecnológica y cultural, y ese no es el caso del encuentro entre el neandertal y el sapiens.

## Por fin aparecen las estructuras fundamentales de dos humanidades

Porque habría que añadir una capa singular: la de la diversidad biológica de estas humanidades. Y es que además de las diferencias citadas, ¿no habría que considerar una cierta forma de estar en el mundo, de inscribirse en el entorno y entenderlo, propia de los neandertales?

Dicho de otra manera, ¿existe una etología neandertal diferente de la de los sapiens?

El hecho de que ninguna población neandertal haya desarrollado nunca una producción sistemática de armas —que nunca se haya interesado en una producción normalizada y estandarizada de armas que hubiera dado lugar a la aparición de sistemas técnicos específicamente articulados hacia la obtención de sus presas— presagia la existencia en su seno de unas estructuras de comprensión del mundo bastante singulares y drásticamente diferentes de las de nuestros antepasados sapiens. Estas diferencias conductuales nos pueden estar revelando la existencia de unas estructuras neurológicas singulares, que

en efecto apuntan a una etología humana característica de las poblaciones neandertales. La arqueología nos enseña que más allá de los sistemas tecnológicos, más allá de los conocimientos y las tradiciones, más allá de los modos de obtención de proteínas, habría en juego algo mucho más profundo que el simple hecho cultural, y que esos arcanos parecen trazar los contornos de *otra* humanidad. Eso indicaría que las sociedades neandertales se habrían organizado de manera más progresiva, más «sobre la marcha», demostrando un interés muy limitado por los modos de planificación que caracterizan y organizan directamente nuestras sociedades actuales. La observación de los sistemas técnicos sapiens revela la existencia sistemática de modos de planificación estandarizados. Técnicamente, la artesanía sapiens es muy avanzada. A simple vista, su artesanía y sus formas artísticas nos resultan muy cercanas. Para el especialista en la sociedad neandertal, no obstante, se trata también de una producción sorprendentemente aburrida y triste. Para decirlo de una vez: la artesanía sapiens del Paleolítico se reduce a nosotros-mismos. Nos habla de nosotros-mismos, de nuestras sociedades, de nuestras formas de ser. Miramos cien sílex y comprendemos con facilidad cuál es su lógica técnica; no solo eso, sabemos que con los siguientes mil sílex sucederá lo mismo. Entendemos de forma instintiva lo que quiso hacer el artesano. Y en el caso de la producción neandertal eso no sucede nunca.

Eso nos permite establecer una diferencia fundamental entre nuestras humanidades. Resulta inquietante imaginar que hace apenas unas decenas de milenios hubo otras humanidades —plenas y suficientes, con sus propias culturas, tradiciones y artesanías— que no eran humanas en el sentido limitado y *estúpido* que tan familiar nos resulta. Deberíamos ser capaces de representarnos a esas otras humanidades sin imponerles automáticamente nuestras prioridades, nuestras jerarquías subjetivas, nuestras nociones de superioridad y de inferioridad. Cuando retrocedemos en el tiempo, el patrón binario «humano / no humano» se revela falso al instante. En efecto, retroceder en el tiempo hasta un momento dado —un momento no tan lejano — nos sitúa en un planeta donde ningún hombre, ningún humanoide resulta reconocible. Existe una evolución —técnica, social, biológica—, y no podemos proyectar abruptamente nuestros esquemas y definiciones sobre unas humanidades lejanas. Menos aún sobre humanidades biológicamente fósiles. Esa arqueología nos enseña que nuestros esquemas de clasificación representan unas casillas limpias y rígidas que solo sirven para tratar de ordenar una historia cuya inmensa complejidad, en lo de veras fundamental, se nos escapa por completo.

Sin embargo, existen muchas culturas neandertales diferenciadas a la perfección. Nosotros, *Homo sapiens citadensis*, estamos del todo sujetos a las normas que nos marca nuestra sociedad. Basta con salir a dar una vuelta por la calle para constatar que la expresión de la diversidad queda más o menos reducida a la funda que le ponemos al *smartphone* o al color que escogemos para el coche. En realidad, nuestras sociedades no toleran la menor expresión real de pluralidad. Todo queda reducido a la funda. Si hoy en día, en nuestra sociedad occidental, las mujeres pueden llevar el pelo largo o corto, falda o pantalón, pueden o no pueden maquillarse, para el hombre eso mismo resulta mucho más problemático. Estamos encuadrados en el seno de una sociedad hipernormativa, anquilosada, pero en el fondo ese es el caso de todas las sociedades sapiens, tanto las actuales y subactuales como, por supuesto, también las pasadas. En todas las sociedades de nuestra especie, y en todo momento, la diferencia está muy mal vista y solo resulta tolerable en los márgenes más superficiales. Tal vez incluso en esos casos hablamos de etología, de un fenómeno profundamente arraigado en nuestros genes, y no de un simple hecho cultural. Vivimos embutidos en unas representaciones muy estandarizadas. A la hora de vestirnos, sin ir más lejos, hablamos de códigos de vestimenta. Gracias a esos códigos sociales reconocemos a los miembros de nuestro grupo y nos diferenciamos del resto solo porque no son como nosotros, ya que el Otro es sospechoso por definición, sospechoso de muchas cosas, cosas que por otra parte son siempre reprensibles. Todo lo hacemos encajar en nuestras casillas, en nuestras categorías, aunque sea a la fuerza. Son códigos culturales que pueden haber sido transmitidos desde el pasado y, en lo fundamental, no haber sido transgredidos a lo largo de varias decenas de generaciones.

En el caso del neandertal, todo esto me parece mucho más sutil. Porque ojo, no es que recoja del suelo el primer trozo de piedra caliza que encuentra para pillarse los dedos y contentarse con una esquirla deficiente. Su artesanía es técnicamente muy lograda, el neandertal es un gran maestro tallador. Algunos de sus objetos suponen todo un desafío técnico para quien quiera reproducirlos hoy en día. Se han detectado habilidades muy notables, así como su transmisión. Estos artesanos producen un amplio abanico de objetos que utilizan en su día a día para toda una serie de actividades (cortar carne, curtir pieles, etc.), pero nunca llevan a cabo dos veces esas actividades con la misma herramienta. No existen dos herramientas musterienses idénticas, lo cual supone un hecho muy curioso. Al contrario, se aprecian estilos distintos, muy connotados, que pueden considerarse característicos de diferentes grupos

humanos. No cabe duda de que existe la transmisión, así como los conocimientos especializados. Pero se trata de culturas mucho menos sujetas a normas, sin tanta estandarización, sin repeticiones sistemáticas, sin ese carácter cuasi industrial que define tanto a las culturas sapiens prehistóricas como a las de nuestras sociedades actuales. Ahí tendríamos pues una de las estructuras fundamentales de esas humanidades. Uno de los indicadores de las profundas diferencias entre el neandertal y el sapiens. Cada herramienta neandertal es una creación en sí misma. Juega con la forma natural que presenta la materia prima, con la textura de las rocas, con sus colores, con su tacto. Hay un equilibrio, una perfección absoluta del objeto musteriense, casi imposible de definir pero absolutamente presente, y que además atestigua una determinada percepción del mundo. El juego constante que establecen estas poblaciones entre el material utilizado y las tradiciones técnicas que les son propias nos habla de una enorme fecundidad creativa que nos supera por completo. Y esta infinita producción de obras originales —que no obstante revela con claridad la existencia de unas tradiciones bien definidas— establece una dialéctica con los materiales, las texturas y los colores de las rocas, que participan en el equilibrio de conjunto de la creación. Nos encontramos pues ante una creatividad infinita, incomparable con las producciones tecnológicas de nuestras sociedades. Esta sutil dialéctica del objeto con el material depende muy estrechamente de las diferentes herencias culturales de estos grupos, pero en mi opinión está en la base de la unicidad de cada objeto neandertal. Esta dialéctica entre las herramientas neandertales y las propiedades de los materiales con que están confeccionadas atestiguan una notable variedad de respuestas técnicas, así como una sistémica fluidez del proyecto técnico del artesano. En consecuencia, cada herramienta obtenida es básicamente un objeto único. Las propiedades singulares de la artesanía son perceptibles en el conjunto de las tradiciones culturales de estos grupos, que sin embargo satisfacen actividades cotidianas repetitivas en su esencia. Cada objeto está muy elaborado técnicamente, y al mismo tiempo es único en su elaboración. En ese aspecto remite necesariamente a las estructuras mentales de su artesano, cualquiera que sea la tradición técnica de la que provenga. Son creaciones que expresan una absoluta libertad artesanal y tal vez una concepción del mundo muy rica. De ello puede deducirse que la producción artesanal de objetos por parte de los neandertales expresa una percepción de la realidad del mundo que, estructuralmente, no tiene paralelo en las sociedades sapiens: ni en las paleolíticas ni en las actuales. Esto vincularía el objeto musteriense con ciertas concepciones orientales —como

el *shibui* y el *ma* japoneses, o el *mana* maorí—, y esos ámbitos sensibles son en efecto los que mejor nos ofrecen una primera definición de la producción material neandertal.

Pero, si es posible proponer un paralelismo entre la artesanía neandertal y ciertas corrientes espirituales actuales, ¿habría que concluir que desde un punto de vista estructural no existe ninguna diferencia entre la forma de estar en el mundo del sapiens y la del neandertal? A mí no me parece que esa sea la interpretación correcta de estos datos. Estamos considerando las sociedades neandertales como un conjunto determinado, cuando en realidad pueden documentarse una gran pluralidad de tradiciones diferentes, con distintas corrientes de pensamiento humano bien establecidas. Estamos comparando una estructura neandertal con ciertas expresiones marginales y aisladas de las culturas actuales. Estamos comparando una estructura que sería común al conjunto de toda una población biológica, con determinadas sensibilidades culturales muy circunscritas. Por lo tanto hay alguna posibilidad de que el ámbito de estas reflexiones saque a la luz una cierta realidad sobre la etología de las poblaciones neandertales. De ahí se desprende que los enfoques cuantitativos —que son los que se han utilizado de forma clásica en el análisis de estas sociedades fósiles— no podrían explicar estas particularidades etológicas, como tampoco pueden explicar el *shibui* ni el *mana*, ni en uno ni en mil objetos. Lo cual plantea la cuestión de la existencia de aquello que no puede ser cuantificado —estas corrientes, estas sensibilidades, estas concepciones—, aun poseyendo una existencia propia a partir de la cual se articula nada menos que la estructura de sociedades enteras. Por tanto, lo que aquí está en juego no es la realidad tangible de esas concepciones, sino la capacidad de los enfoques cuantitativos —pretendidamente científicos— a la hora de explicar estos elementos estructurales de las sociedades humanas. Sin embargo, lo que permitiría empezar a trazar una cartografía del universo mental de las poblaciones neandertales no es ni el enfoque sensible ni el enfoque estético. La estética solo nos remite a las capas más superficiales del objeto musteriense, pero el análisis de las estructuras mentales que hay ahí en juego nos permite intuir que se hace necesaria una investigación de la(s) etología(s) humana(s): toda una disciplina. En paralelo, el propio análisis de los sistemas técnicos —poderoso, aunque en constante emergencia desde hace cuarenta años— no ha permitido ni percibir ni conceptualizar la posibilidad de divergencias etológicas. Y no porque la herramienta no lo permita, sino porque nunca se ha usado en ese sentido. Solo ha sido usada desde el ámbito estricto de nuestros patrones mentales, desde el ámbito estricto de las

proyecciones de unas racionalidades limitadas. Las mismas falsas racionalidades que, hasta hace poco, nos obligaban a comprender la economía de las sociedades tradicionales como una economía de subsistencia. Tuvimos que esperar hasta 1972, con el importante análisis de Marshall Sahlins, *Economía de la Edad de Piedra*, para ser conscientes de nuestras propias proyecciones occidentales sobre unas sociedades que básicamente desconocemos. Hoy en día, en 2022, si bien es cierto que en lo que respecta a nuestra comprensión de las sociedades tradicionales hemos hecho algunos progresos, nuestra comprensión de las sociedades fósiles parece seguir igual de limitada por las concepciones occidentales actuales. Si uno no se obliga a sí mismo a plantear ciertas preguntas (im)pertinentes —aunque sea llegando al extremo de una precisión estúpidamente cuantitativa—, el análisis de esa lejana artesanía neandertal no puede —jamás pudo ni podrá jamás— enfrentarse a los universos mentales en acción.

Esta inteligencia de la mano neandertal —que hemos podido constatar, aunque no delimitar— va mucho más allá de una inteligencia estrictamente técnica, y transgrede todas las nociones de la estética, del equilibrio y de la función irracional del signo, señalando lo extraordinario del objeto fabricado, así como de quien lo creó. Las creaciones artesanales y artísticas del sapiens son bonitas. Pero no son más que bonitas, tan solo bonitas… Pocas veces van más allá. Para el sapiens, el arte no es más que una expresión, una afirmación de su ego. En mi opinión, la creatividad y la sensibilidad neandertales trascienden con mucho las producciones egotistas de nuestras sociedades para alcanzar una especie de universalidad de lo bello en la que el ego ya no está en el centro, sino solo en la periferia. Una lógica en la que el arte, el símbolo y el signo simplemente no parecen discernibles de las creaciones artesanales cotidianas. No tienen esa necesidad. Forman parte de una misma función. Tanto las expresiones técnicas como las artísticas están integradas en una misma lógica global, total. El arte por el arte habla del artista. El arte neandertal —el arte fusionado en la técnica— ya no habla de la persona, del individuo, del ego, sino solo de la forma de estar en el mundo del grupo en su conjunto.

Si estas conclusiones son correctas, nos hallamos ante una definición un tanto inesperada de nuestra propia especie, así como de una caracterización de la humanidad muy diferente, para la que no serían operativas las definiciones demasiado estrechas de arte y de símbolo que han establecido nuestras sociedades. La cuestión del arte neandertal tiene un eco perfecto en la definición del arma neandertal, tal como acabamos de plantearla. Del mismo

modo que sucede con las armas, si hay un arte neandertal, parece estar limitado a bien poca cosa: acopio de objetos destacables, raspados y trazos indefinibles cuyo sentido último sigue siendo discutible. Objetos singulares —conchas, garras, minerales— cuya finalidad objetiva, cuya intención nunca es afirmada por el artesano ni puede demostrarse objetivamente. Seguimos esperando encontrar el primer agujero neandertal para colgar un diente, una concha, un hueso. Y seguimos acumulando empuñaduras y trazos vagos indefinibles para hacerles decir: «Mirad, son como nosotros», que es lo que ya hemos hecho con sus armas. Y cuantas más armas acumulamos —armas raras y heteromorfas— y más artes acumulamos —tan paradójicas, tan poco convincentes—, más nos damos cuenta de que esta población desborda nuestros estrechos marcos interpretativos, nuestras casillas simplificadoras.

No, el neandertal no es un sucedáneo del sapiens. No solo parece diferente, sino que en muchos aspectos de genio parece que lo haya superado: por su creatividad total, permanente y esencialmente liberada del ego que estructura la necesidad del sapiens de diferenciarse, tanto a nivel de grupo como de individuo. En este sentido, y comparativamente, esta población —nuestra población— es creativa de un modo superficial, muy artificial. De ahí que pueda postularse que tal vez el sapiens, en el terreno de la creatividad, a las poblaciones neandertales no les llega ni a la suela del zapato, y que en ese sentido nuestros antepasados se vieron en neta inferioridad intelectual. Aunque es probable que no fuera así en lo tocante a la racionalización material del mundo, ante la cual quizá el neandertal tuvo que cederle el paso.

Parece que nosotros los sapiens tenemos problemas de forma intrínseca con la diferencia, lo que ya de entrada hace muy difícil cualquier tipo de representación de otra humanidad, así como de otra etología. No somos capaces de concebir diferencias reales sino con gran violencia. Pero al remontarnos en el tiempo, no debemos concebir las humanidades pasadas como un bloque monolítico y sin variaciones. Eso supondría un Creacionismo 2.0. La paleogenética no nos dice que un neandertal sea *Homo sapiens*, sino que ambas poblaciones divergieron durante cientos de milenios y evolucionaron de manera diferente: en paralelo, adaptándose por su cuenta a entornos diferentes.

Lo que describe la genética, esas diferencias biológicas de las poblaciones, tiene su reflejo en todos los ámbitos organizativos de esas sociedades humanas, tanto en el ámbito de la artesanía o de las armas como del arte. Cada vez que un equipo científico ha tratado de encontrar los elementos de semejanza que nos unirían con los neandertales, no ha

encontrado más que variaciones en torno a unos pocos temas simplificados, que en mi opinión no permiten en absoluto concebirlo como otro nosotros-mismos. Y si lo piensas bien, mejor así… Unos cuantos trazos en un pedazo de hueso o en una roca no pueden establecer la demostración —en el sentido estrecho en que hoy la entendemos— de concepción artística alguna. Entre nuestros últimos neandertales de la cueva Mandrin y los artistas de la cueva Chauvet no transcurren *más que* seis mil años, es decir, ¡nada en absoluto! Sin embargo, esos últimos neandertales tienen la misma forma de estar en el mundo que las poblaciones de hace cien, doscientos o trescientos mil años. Y ese contexto, si no hacemos el esfuerzo de concebir esas sociedades a partir del conjunto de su producción material —y no centrándonos en unos pocos rasgos poco significativos marcados en algunos huesos—, si no hacemos el esfuerzo de considerar esa producción material en tanto lo que es en su totalidad, el asunto no puede sino escapársenos entre los dedos. En primera instancia, no se trata de saber en qué se parece la producción neandertal a la nuestra, sino de descubrir cuál es su estructura profunda. Centrarse en unas anécdotas confusas interpretadas subjetivamente como marcadores simbólicos es como analizar la hoja de un árbol sin analizar el bosque en el que está anegada, y del cual forma parte activa. El neandertal nos ha legado millones de piezas artesanales trascendentales que nos informan millones de veces, y de un modo millones de veces más ilustrativo, sobre cómo era la estructura mental de estas poblaciones. Y este debate, esta (ausencia de) reflexión sobre lo que fue fundamentalmente el neandertal, se centra una y otra vez en unos pocos objetos, en unos pocos conceptos obsoletos, en unos pocos yacimientos excavados en épocas muy pretéritas: los adornos y la industria ósea de Arcy-sur-Cure, la cuestión del Châtelperroniense y de su artesano neandertal…, elementos muy concretos en los que todo radica, pero que nunca permiten considerar directamente las estructuras fundamentales de estos pensamientos y de lo que fue esta humanidad extinta.

# CONCLUSIÓN

# LIBERAD A LA CRIATURA...

Hay otros enfoques posibles, y deben ser defendidos. Llevo casi treinta años excavando en yacimientos neandertales —entre dos y cuatro meses al año— y lo que intentan vendernos en cuanto a la naturaleza neandertal no es lo que yo compruebo sobre el terreno. Es lamentable que ese punto de vista tan unilateral sobre lo que fue esta humanidad sea prácticamente el único que hoy en día se propone al público. Cierto que ese pensamiento amable nos muestra a un neandertal presentable, limpio y arregladito, bien parecido y respetable, tan parecido a nosotros. El argumento para obrar así suele articularse alrededor de una supuesta rehabilitación del neandertal, partiendo de que la diferencia —entendida como bestialidad— sería el legado de ciertas perspectivas racistas de los siglos XIX y XX. Pero al desconfiar de ellas demasiado aprisa, lo que estamos haciendo es negarnos a analizar qué es el racismo.

Como también nos negamos a analizar los profundos procesos de proyección que tienen lugar delante de nuestras narices. El racismo, el auténtico racismo, es rechazar la diferencia. Rechazar la diferencia, apartarla lejos de la humanidad. Racismo son esas viejas imágenes de los indios de las llanuras vestidos con trajes de tres piezas. Como nosotros.

Limitando el neandertal a nosotros-mismos, lo que estamos haciendo es hacer aflorar el racismo inconsciente que esencialmente sigue estructurando los esquemas de nuestra propia sociedad, incapaces como somos de concebir cualquier forma de alteridad y cualquier diferencia. Puesto que limitamos la definición de humanidad a nuestra realidad más estrecha, ninguna diferencia puede ser humana.

He aquí, pues, las dos concepciones sobre el asunto: completamente opuestas. Tal como yo lo veo, la que yo defiendo no es solo una forma de percibir realidades subjetivas. En tanto que es fruto de una reflexión sin

ningún *a priori* —madurada progresivamente durante casi treinta años en contacto diario con los vestigios de esas poblaciones—, es una concepción objetivada. Todo ello me ha llevado a considerar que han existido distintos grados en la forma de estar en el mundo. No existe ninguna razón objetiva, lógica, racional, para que unas poblaciones que evolucionaron con independencia unas de otras durante cientos de miles de años acabaran desarrollado exactamente las mismas formas de estar en el mundo que resulta que son las nuestras. Una vez más, las estructuras inconscientes que subyacen en tales pensamientos revelan la persistencia en nuestra sociedad de concepciones inconscientes creacionistas, según las cuales todas las criaturas inteligentes tenderían a convertirse de forma natural —y a limitarse de forma estricta— en aquello en lo que nos hemos convertido nosotros.

Tenemos todos los elementos encima de la mesa: etologías, tradiciones y sistemas técnicos, contemporaneidad de dos poblaciones en un mismo territorio y clara asimetría entre las poblaciones.

¿Qué ha sucedido con el neandertal?

Si partimos de nuestros famosos estudios de hollín de la cueva Mandrin, los representantes de estas dos especies humanas se encontraron físicamente en ese territorio, e incluso puede que en esa cueva. En el ejemplo que suponen los procesos de colonización de América, se aprecia el desequilibrio general que ha desestabilizado a todas las sociedades tradicionales. Lo cual no nos dice nada sobre el conjunto de anécdotas relacionadas con los momentos concretos de estos encuentros más o menos por toda Europa, pero sí nos ofrece los elementos de comprensión básicos que permiten abordar las principales inflexiones de esa sustitución de la población en ese espacio geográfico concreto. La cueva Mandrin registra un conjunto de mecanismos antropológicos que son extrapolables a otros lugares del continente, aunque siguiendo procesos históricos necesariamente divergentes que aún hay que definir región por región. Esos mecanismos y procesos son los que condujeron a la última gran extinción de humanidad, y, para quien sabe descifrarlos, están atestiguados a la perfección en los archivos arqueológicos, con cuarenta mil años de desfase.

Se vislumbran nuevas perspectivas. ¿Estará el neandertal a punto de ser liberado del lamentable rol de mimo que le hemos encasquetado a la fuerza? ¿Será por fin liberado por completo?

Es de esperar. Pero, de momento, me temo que la criatura aún permanecerá atrapada un tiempo —mucho tiempo— por nuestros prejuicios. Desprenderse de uno mismo no es tan sencillo…

# PROPUESTAS DE LECTURA

Cada uno de los capítulos de este libro se fundamenta en un amplio corpus documental que, no obstante, no resulta accesible sino en revistas especializadas de lengua inglesa, y este ensayo sobre el hombre de Neandertal va dirigido a un público más amplio. Los pensamientos aquí vertidos sobre estas lejanas poblaciones son estrictamente personales y evocan algunos de los caminos que fui tomando durante mi carrera de investigador. Así pues, este texto no se inspira en ninguna obra ya escrita sobre la estructura profunda de las sociedades neandertales, ni intenta tampoco dar cuenta de las grandes corrientes de la investigación, ya sean dominantes o marginales.

Este texto se expresa pues con total libertad, explora facetas inesperadas de esta humanidad extinta y nos devuelve una imagen a menudo cruda de nuestra propia humanidad. Las referencias que propongo a continuación ofrecen tanto perspectivas como experiencias humanas que exploran al hombre, y que aunque sea de manera ínfima, hacen aflorar algunas de las estructuras profundas de nuestra propia forma de estar en el mundo que, al hilo de mis reflexiones, han sido abordadas en este libro.


Albert, Bruce, Simone Dreyfus-Gamelon y Jean Patrick Razon, eds., «Chroniques d'une conquête», *Ethnies*, 1993, 7 (14), págs. 1-118.

Artières, Philippe, *Le Dossier sauvage*, Gallimard (Verticales), 2019.

Bachelard, Gaston, *La Formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance*, Vrin, 2004. [Hay trad. cast.: *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento*, Planeta DeAgostini, 1985].

Beuys, Joseph y Volker Harlan, *Qu'est-ce que l'art?*, L'Arche, 2011.

Caratini, Sophie, *Les Non-Dits en anthropologie, suivi de Dialogue avec Maurice Godelier*, Thierry Marchaisse, 2012.

Descola, Philippe, *Par-delà nature et culture*, Gallimard, 2015.

Descola, Philippe y Anne Christine Taylor, eds., *La Remontée de l'Amazone. Anthropologie et histoire des sociétés amazoniennes*, número especial de *L'Homme*, 1993, 126-128, abril-diciembre.

Godelier, Maurice, *La Production des Grands Hommes*, Flammarion (Champs), 2009. [Hay trad. cast.: *La producción de los grandes hombres*, Ediciones Akal, 1986].

Godelier, Maurice, *Les Tribus dans l'histoire et face aux États*, CNRS Éditions, 2010.

Hell, Bertrand, *Le Sang noir. Chasse et mythe du sauvage en Europe*, Flammarion, 1994.

Kroeber, Theodora, *Ishi, Testament du dernier Indien sauvage de l'Amerique du Nord*, Plon (Terre humaine), 1968. [Hay trad. cast.: *Ishi, el último de su tribu*, Antoni Bosch Editor, 2021].

Lee, Richard Borshay e Irven Devore, eds., *Man the Hunter*, Aldine Publishing Company, 1968.

Lévi-Strauss, Claude, *Les Structures élémentaires de la parenté*, Presses Universitaires de France, 1949. [Hay trad. cast.: *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, 2012].

Lévi-Strauss, Claude, *Race et histoire* (1952), Denoël, 1987.

Lévi-Strauss, Claude, *Tristes tropiques*, Plon (Terre humaine), 1955. [Hay trad. cast.: *Tristes trópicos*, Paidós, 2006].

Lévi-Strauss, Claude, *Anthropologie structurale*, Plon, 1958. [Hay trad. cast.: *Antropología estructural*, Siglo XXI de España, 2009].

Lévi-Strauss, Claude, *La Pensée sauvage*, Plon (Terre humaine), 1962. [Hay trad. cast.: *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica de España, 2005].

Lévi-Strauss, Claude, ed., *L'Identité. Séminaire interdisciplinaire dirigé par Claude Lévi-Strauss, professeur au Collège de France. 1974-1975*, Grasset, 1977.

Lévi-Strauss, Claude, *Le Regard éloigné*, Plon, 1983. [Hay trad. cast.: *La mirada distante*, Argos Vergara, 1984].

Lewis, Meriwether y William Clark, *Far West. Journal de la traversée du continent nordaméricain 1804-1806*, Phébus (Libretto), 2000, 2 vol.

Loeb, Avi, *Le Premier Signe d'une vie intelligente extraterrestre*, Seuil, 2021.

Malaurie, Jean, *Les Derniers Rois de Thulé*, Plon, 1976. [Hay trad. cast.: *Los últimos reyes de Thule*, Grijalbo, 1981].

Malaurie, Jean, *L'Appel du Nord. Une ethnophotographie des Inuits du Groenland à la Sibérie: 1950-2000*, La Martinière, 2001.

Malaurie, Jean, ed., *De la vérité en ethnologie… Séminaire de Jean Malaurie 2000-2001*, Centre d'études arctiques/EHESS/Economica (Polaires), 2002.

Morris, Desmond, *Biologie de l'art*, Stock, 1961.

Morris, Desmond, *Le Singe nu*, Grasset, 1968. [Hay trad. cast.: *El mono desnudo*, Debolsillo, 2003].

Musée de l'Homme (catálogo de la exposición), *Arts primitifs dans les ateliers d'artistes*, Société des amis du musée de l'Homme, comisario general de la exposición Marcel Evrard, 1967.

Plumet, Patrick, *Peuples du Grand Nord*, Errance, 2004, 2 vol.

Quppersimaan, Georg, *Mon passé eskimo*, Gallimard, 1992.

Sahlins, Marshall, *Âge de Pierre, âge d'abondance. L'économie des sociétés primitives*, Gallimard, 2017. [Hay trad. cast.: *Economía de la Edad de Piedra*, Akal, 1983].

Solecki, Ralph, *Shanidar, the First Flower People*, Alfred A. Knopf, 1971.

Wachtel, Nathan, *La Vision des vaincus. Les Indiens du Pérou devant la Conquête espagnole, 1530-1570*, Gallimard, 1971. [Hay trad. cast.: *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española*, Alianza, 1976].

LUDOVIC SLIMAK es arqueólogo y paleoantropólogo, y uno de los mayores especialistas en las sociedades neandertales. Vinculado al CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) y a la Universidad de Toulouse-Le Mirail, es también miembro del equipo SMP3C (Sociétés et milieux des populations de chasseurs-cueilleurs-collecteurs). Desde hace más de dos décadas, dirige las excavaciones en la cueva Mandrin de Malataverne, en la Drôme. Gracias a su labor investigadora, se ha redefinido profundamente la manera de entender cómo se relacionaron las dos ramas de la humanidad, remodelando el marco cultural e histórico de las últimas sociedades neandertales y de la colonización de Eurasia occidental por parte de los sapiens.

# Notas

[1] Ishi es el nombre del último representante de los indios yahis, de California, una sociedad poco conocida que, a principios del siglo XX, se extinguió con Ishi. <<

[2] Poilus significa ‘peludos’, pero también es el nombre que se les dio en Francia a los soldados de la Primera Guerra Mundial que lucharon en las trincheras. *(N. del T.)* <<

[3] Carleton S. Coon, The Races of Europe, Macmillan Company, 1939 (actualización de un libro de William Z. Ripley de 1899). <<